



NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura



TIPOS Y TIPEJOS

POR

F. MOJA Y BOLÍVAR

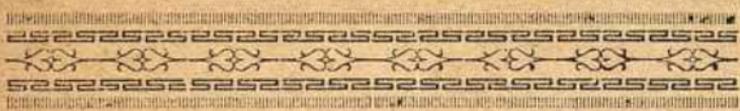
R. 17.735



MALAGA.—1885

TIPOGRAFÍA DE «LAS NOTICIAS»
CISTER, 9.

Es propiedad.



CUALQUIERA



El señor de Cualquiera acaba de morir. Ha muerto de la última enfermedad, con el cuerpo insensible y el espíritu en perturbacion.

No le ha faltado ningun requisito, ningun auxilio de la ciencia, ningun consuelo de la religion.

La familia le veló por las noches, propinándole las medicinas á su hora.

Varios doctores, presididos por el de cabecera, tuvieron consulta para convencerse de que ninguno de ellos podia salvar la vida del

paciente; diagnosticaron y pronosticaron, no obstante, según las reglas, y se empleó todo el tratamiento que los autores prescriben para combatir la enfermedad hasta la última trinchera. De modo que el enfermo se murió, sí, pero perfectamente curado, según célebre frase de un médico celebérrimo.

La ciencia, en otra de sus manifestaciones, le prestó sus auxilios. Hablo del escribano que intervino en el testamento del moribundo.

Despachados los asuntos terrenales, terminada la misión de los sacerdotes de la ciencia, les tocó el turno á los sacerdotes de la religión. Uno le confesó, otro le dió el Viático y otro le aplicó la Extremaunción, leyéndole la recomendación del alma.

Cuando instintivamente percibió que podía morir tranquilo, volvió la cara hacia la pared y se sumergió en la eternidad.

Nada deja tras sí que honre su memoria en el mundo: nada le precede á la vida de ultratumba.

En los libros parroquiales fué una *partida*, en los municipales un *cabeza de familia*, en las listas electorales un *elector elegible*, en la nación un *contribuyente*, en el barrio un *vecino*, en su casa el *amo*, en la estadística de defun-

ciones un *caso*, y en el cementerio será un *ni-cho* más.

Puede resumirse su biografía, que lo mismo da llamar vegetación, en las siguientes operaciones.

Nació, fué presentado en la iglesia por sus padrinos, el cura le puso un nombre, el sacristan un mote, llamándole *bolo* (con *v*,) y atrajo algunas murgas á la puerta del hogar.

Mamó despues, porque tuvo hambre; durmió, porque tuvo sueño; lloró, porque fué mortal; hizo unas gracias, porque tuvo padres. De nuevo fué llevado á la iglesia, quedando confirmado en la fé de Jesucristo, mediante el bofeton simbólico que le dió un señor obispo.

Aprendió á hablar, porque tuvo lengua; á leer, porque tuvo ojos; y á escribir, porque tuvo manos.

Su infancia fué el preludio de su niñez; su niñez, el puente para la adolescencia; de adolescente llegó á jóven y de jóven á hombre, siempre por sus pasos contados, sin que en ninguno de esos momentos históricos traspasara la línea con que la sábia naturaleza tiene marcadas las fronteras de nuestras épocas.

Como infante, dió mucho que hacer y mucho que limpiar á nodrizas y criadas; como niño,

fué impertinente; como adolescente, insustancial; de jóven fué aspirante á hombre; pareciéndose en esto á la inmensa mayoría de los jóvenes, y, hombre ya hecho y derecho, buscó una mujer, se casó con ella y se reprodujo. Ni siquiera se casó por el interés mezquino que á muchos egoistas anima; no por pescar la dote de rica heredera, tampoco por tener quien le pegara un boton, ni aun como requisito oficioso para ser concejal; se casó por naturaleza, por urgencia.

Y, como iba diciendo, se reprodujo.

Su hogar fué un modelo de hogares. Allí no hablaban los criados delante de los amos, ni los niños delante de los mayores, ni el inferior se subia á las barbas de su superior, ni el superior descendia á bromear con el inferior. Todo estaba tirado á cordel, lo mismo lo material que lo moral. Cada quisque funcionaba en su esfera propia, formando entre todos una familia automática, semejante á esos grupos de figurillas de órgano que se mueven al compás de la música, sin extralimitarse nunca.

El señor de Cualquiera no tuvo ni buena ni mala fé en sus negocios. Atenido á la estricta legalidad, obraba dentro de ella, sintiéndose incapaz para diferenciar lo legal de lo justo, y

para definir lo que es ley y lo que es derecho.

Siendo muy limitada su inteligencia, sirvió para calcular algo; pero no para pensar. Teniendo una imaginación muy pobre, soñó dormido, jamás despierto.

Poseyendo un corazón de carne, solamente de carne, inútil es añadir que el amor fué para él una de esas entidades fantásticas, de esas palabras huecas, de esos vanos conceptos que tan de continuo nos asedian, sin que podamos razonarlos.

Católico al pié de la letra, oyó misa todos los domingos y fiestas de guardar, comulgó todas las Pascuas floridas, compró bula todas las Cuaresmas, cumplió, en fin, como pudo los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sin llevar su deseo de perfección un ápice más allá del sentido literal que encierran las palabras de los preceptos divinos y eclesiásticos.

No leyó, temiendo la corrupción del siglo; no habló de política, porque de los pacíficos es el reino de los cielos; no averiguó los males del prójimo, por no meterse en vidas ajenas; á nadie aconsejó, porque lo mejor de los consejos es no darlos; no hizo un favor, porque el mundo está lleno de desagradecidos; no prestó un ochavo, porque el que fía no cobra, y si co-

bra no todo; no alivió una miseria, porque la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

En su concepto, la ciencia es la que nos vuelve locos; las artes, pasatiempos de tarambanas; los productos de la industria, invenciones del demonio, que cuando no tiene que hacer espanta las moseas con el rabo.

Del pasado no se ocupó para nada, y apenas si tuvo nocion concreta de lo que fué el pasado; el porvenir..... tampoco tuvo nocion concreta de lo que seria el porvenir; el presente era un conjunto de hechos y personas desprovistos de interés, excepto en los casos en que el hecho era suyo y la persona estaba en directa relacion con él.

¡Nacer, crecer, nutrirse, vejetar y morir!

¿Estriba en estas operaciones la vida del hombre sociable?

¿Porqué se desarrollan tales excrescencias afeando la fisonomía de las sociedades?

Mientras la filosofia no combata las tendencias de la mayor parte de esas máximas, comprendidas bajo la denominacion de *sabiduría de los pueblos*, comunes á las inteligencias atrasadas; que al lado de una verdad proclaman cien errores, y que juntas componen el

Código del egoísmo; mientras ciertos publicistas que llaman hombría de bien al indiferentismo en materias políticas no cambien de conducta, despertando el interés de los apáticos, y demostrando que á todos conviene intervenir más ó ménos en la gestion pública, ya que todos sufren sus consecuencias; mientras el hombre no vea en la religion sinó una série de prácticas exteriores que cumplir, y en la sociedad otra série de formalidades que llenar, dificulto yo que á la vuelta de cada esquina no nos encontremos con tipos semejantes al Sr. de Cualquiera, que acaba de bajar á la tumba.

Aún están calientes sus cenizas y ya se han secado las lágrimas que salpicaron el rostro de la viuda.

Los parientes y *amigos* allegados se impacientan por conocer el testamento.

Los médicos han pasado la cuenta de las visitas, y la parroquia la del entierro.

Los criados llevan el luto con la misma tristeza con que tiraron del carro fúnebre los caballos cubiertos con gualdrapas y penachos negros.

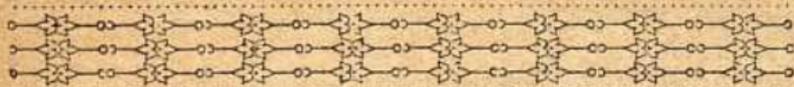
—¡Murió el señor de Cualquiera!— dicen las gentes.—¡Allá nos aguarde muchos años!—

Tampoco merece más quien puede ser descrito con estos tres rasgos:

Tuvo figura de hombre, corazón de perro,
y alma de cántaro.

Séale la tierra leve.





PIRATAS CALLEJEROS

ARTURO

Se planta en la calle nuestro Arturo, ¡créame V., lectora! decidido á conquistar la primera mujer que le guste. Para ello cuenta con una figurilla de escarapate, con el pelo rizado por hábil mano, con una ropa ajustada al cuerpo y á la última moda, con un junquillo inquieto, con veinte años de edad, y con la cabeza montada al aire.

Nota importante.—Tiene un corazon en buen uso.

Acaba de ver el vestido de una dama eleganti-

te, esbelta, jóven, coquetona en el andar, con una charla ligera, como la música de Offembach, y una mirada profunda, como la filosofía alemana.

Arturo ignora estas cualidades y no vé más que el vestido; se adelanta, cruza la calle, la-dea el sombrero, coloca en los lábios una sonrisa de repertorio, va á acercarse á la bella, y le pisa la cola de la falda.

—V. dispense.

—No hay de qué.

—(¡Cielos, qué hermosa!)

—(¡Demonio, qué bestia!)

Acto continuo pasa á la otra acera, llevando el consabido poema de amor en el pecho.

En el momento que describo, la mujer elegante y esbelta, piensa esto:—¡Cuidado que es majaderia! Esté V. arreglándose dos horas, para que un mequetrefe descomponga los pliegues más laberínticos y graciosos. Los pollos del día son insoportables: para ellos no hay transición: se lanzan desde el ama de cria á la señora, con más atrevimiento que un gimnasta. Son los Leotards de las faldas..... Si al menos tuvieran mucho dinero; pero ¡quía! ¡tardan tanto en ser mayores de edad! Veamos este.—

En el momento que describo, Arturo era por

dentro de la manera siguiente: la sangre agolpada á la cabeza y al corazon; los nervios temblones; un ligero castañeteo de dientes; un deseo saliendo de la voluntad y pasando á la imaginacion, donde se convierte en esperanza, la cual pasa á la fatuidad, trocada en esta frase: --He hecho una conquista.--

Al cabo de media hora, la mujer, cuya charla es como la música de Offembach, juguetona, excitante y sarcásica, se ha parado con seis amigos, ha mirado el reló siete veces, ha cambiado ocho de acera, y ha echado á Arturo nueve miradas con la oreja.

Porque las mujeres, para saber si las siguen, miran con la oreja, y así ocultan la intencion.

Mientras tanto, nuestro héroe no ha cesado en sus batimanes, escarceos, cambios de frente, meneo de junquillo, traslado de sombrero, palpitacion cordial y golpes de bombo.

Al mismo tiempo ha ideado un plan, plan diabólico, que prueba la razon que tienen los tontos al decir que estamos al borde de un abismo, y que la sociedad está minada por la mismísima base.

.
Hecha la exposicion, permite ¡oh lectora!

que pase al acto segundo; y como este no tiene nada de particular, me voy al tercero, derecho al desenlace.

La jóven, cuya mirada es un tratado de filosofía alemana, penetra en el portal de su casa, convencida de haber pescado algo.

Arturo se precipita, pero de repente le falta el valor.

¿No has visto cómo un aire violento limpia en pocos minutos el cielo anubarrado, dejándole puro como una patena de oro, ó, lo que es más poético, como el pensamiento que brotó en tu cabeza de quince años al contemplar por primera vez una estrellita que tiembla siempre que la miras y brilla cuando la miras temblorosa?...

Pues, lo mismo se quedó Arturito cuando el viento del miedo limpió su fantasía de las caliginosas nubes que la fatuidad y el ardimiento amontonaran en ella.

Cara á cara con la portera, se limitó á preguntar, mientras la jóven desaparecía, el precio de alquiler del entresuelo de la casa.

SANABRIA

Quando se concluyó la guerra de Africa tenia veintiseis años. Allí se ganó el empleo de capitan de caballería, y una herida de arma blanca, hácia la sien izquierda, que pudo costarle el pellejo, y que para bien del paciente se cicatrizó pronto, aunque dejando la señal.

En la última guerra carlista, fuese porque sus simpatías le llevaban hácia el campo del Pretendiente, fuese porque estaba ya harto de gloria, optó por el retiro de coronel, evitando con esto que se traslucieran sus opiniones políticas. Desde que es retirado, lleva con frescura sus cuarenta y pico, siendo uno de los Tenorios que piratean con provecho en el revuelto mar de nuestras costumbres galantes.

Ni sus amigos de café, ni sus compañeros de armas y fatigas pueden contar con este solteron á la hora en que se hunde el astro-rey, dejándonos sumidos en la anarquía de la noche. Las dos manos en los bolsillos del pantalon ó del gaban; recto el baston, como arma al brazo; los bigotes engomados y puntiagudos, el

pelo sobre las sienes, para ocultar la gloria cicatrizada; el sombrero sobre las cejas, andando firme y como sin rumbo, se lanza el bueno de Sanabria en persecucion del primer ejemplar del bello sexo que tiene la desgracia de agradarle.

Su especialidad son las jamonas de regular volumen y regular apariencia social, que ni toque en las avanzadas de la aristocracia, ni se confunda con las pupileras de á ocho reales con principio. Bastante jóven para ellas, bien portado para no desmerecer á su lado, con el soplo marcial que aún le queda de los antiguos aires, el ex-coronel de caballería se trasfigura á la luz artificial de las calles, ganando mucho terreno en poco tiempo.

No siempre todo el monte es orégano; muchas, las más de las veces le suele salir el tiro por la culata; pero, así como la esperanza es la virtud que en alto grado practican los merodeadores amorosos, tambien la resignacion y la mansedumbre les suelen venir en ayuda, cuando el frágil barco que creian haber hecho presa les larga una andanada que les obliga á retirarse para reparar vergonzosas averías.

PEPE SUAREZ.

Literato, más bien jóven que viejo, rudimento de melena, bigote solo, pantalon con rodilleras, copalta sempiterno, en todo tiempo, en todas las estaciones, ante todos los fenómenos atmosféricos. Algo corto de vista, padece lamentables equivocaciones de las que no siempre sale bien librado.

Por aquello de que el artista concibe un ideal á que sólo alcanzan los arrebatados vuelos de su ardiente fantasía; y por aquello de que en este mundo de mezquindad y prosa no tienen los seres otro idealismo que el que graciosamente les presta el alma sublime del poeta, Pepe Suarez atribuye á cuantas mujeres vé por ahí las preciosas cualidades que él no más lleva en el interior esplendoroso de su espíritu, metiéndose, por ende, á conquistarlas, á idealizarlas, á elevarlas hasta él.

Desfachatadas hijas del pueblo, pudorosas señoritas, dignas solteronas, melancólicas viudas; las que gastan pañuelo á la cabeza, las que llevan mantilla, las que rematan el bello edificio con rica capota; sin distincion de eda-

des, de condiciones, de aspectos, y hasta de grados estéticos; altas y bajas, gruesas y delgadas, rubias y morenas, todas son buenas para el diablo de Pepito.

Es de verle en seguimiento de cualquiera de sus víctimas. Primero lanza la magnética mirada que ha de conmover las fibras mejor dispuestas á conmocion. Despues se pone al paio, afectando indiferencia, pero mirando de reajo, á ver si es objeto de la misma táctica. Luego, se aproxima á rio revuelto y desliza al oido de la víctima una frase elaborada, que jamás produce gran sensacion, como no sea atrevida al par que literaria. Estas operaciones se repiten si á la primera no se ha adelantado un paso.

Cuando la víctima pica el anzuelo, Suarez se arregla; se compone la melena, toma una resolucion, se atreve, y se pone al habla. Lo que dice no lo sé, aunque me lo figuro. Lo que le contestan, tampoco entra bajo mi dominio, pero lo sospecho.

Unas le dicen que están comprometidas, y que haga el favor de retirarse; otras, que su clase no pertenece al señorío; otras, que no hay que fiarse de los hombres; otras, que se dirija á la familia de la interesada; otras, que no

pueden hablarle en público, y convendría entrar en algun restaurant discreto; y otras que le conocen ¡horror de los horrores! le dicen ¡¡¡que se vaya con su mujer!!!

Porque el tuno de Pepe Suarez es casado.

MATUSALEN.

Todo es teñido, menos el pelo, que es postizo.

Va todo doblado, menos el busto, que se esqueta dentro de un fuerte aparato ortopédico.

De irreprochable gusto y limpieza, ni una arruga en la pechera blanca, ni una mancha en las flamantes prendas de vestir.

Oro en las antiparras, en los botones de la camisa, en la cadena, en el puño del baston, y dentro de los bolsillos del chaleco.

Su dulce mania son los pimpollos de quince años, que van esparciendo fragancia por donde pasan.

Suele hacerles cucamonas, y cuando las niñas son más traviesas que pudorosas, le miran á la cara, se rien de él, le llaman ¡viejo Matusalen! y asunto concluido.



LEPE, LEPIJO Y SU HIJO.

I.



LEPE nació con este siglo de los aprovechados, en una importante villa de España, clerical, como la mayoría de las poblaciones españolas en aquella época. Dos particularidades relativas á su niñez han llegado hasta nosotros: durante la lactancia fué el niño más lloron de su pueblo, conociendo instintivamente que el que no llora no mama; ya crecido, supo repicar y andar en la procesion. De estas condiciones características á su primera edad conservó algo en el resto de sus dias.

Después de haber aprendido á leer y á escribir, cuentas y gramática parda, se mostró tan despabilado en el desempeño de cuantos negocios tuvo y cometidos evacuó, que le pusieron en la villa el apodo de *listo*, con el cual se viene designando allá á cada individuo de su descendencia.

En los primeros años de la vida de Lepe era tan azarosa la política en España, que los aprovechados no sabían á qué carta quedarse. Tras la preponderancia de las camarillas, que alejaban de la Córte á los patricios insignes por el saber, cerrando las universidades del Reino, vino el rey José con su Constitución; al intruso siguieron los asesinatos de afrancesados; tras estos crímenes se verificó la supresion de los frailes, y luego terminaron este periodo las derrotas de los franceses. Nuestro hombre, cuando comenzaba á apuntarle el bozo, tuvo la suerte de que volviera á España Fernando VII, y se entregó en cuerpo y alma á la Iglesia, no para servirla en el estado eclesiástico, sino para explotar la influencia clerical, siempre pujante y entonces como nunca.

Conocido el ódio del soberano y de las clases bajas, agitadas por el sacerdocio, á todo lo que olía á libertad,—idea y convicción que sola-

nente las clases ilustradas sentian, á despecho de palaciegos, clérigos y vasallos—Lepe comprendió que desaforados vivas al rey absoluto, secundados por visible adhesion á los apostólicos, podrian servirle de perillas en sus asuntos; no tan incondicional la adhesion que el adherido perdiera influencia y con ella la facultad de mirar por su casa con esa exageracion que diferencia á las hormigas de los otros seres creados.

Porque Lepe, al cumplir los treinta, poseia ya casa propia. Dedicado á la lucrativa profesion de procurador; amparado por el clero regular y secular, cuyas disensiones presenció siempre desde la barrera; observando la neutralidad más estricta, se casó, con objeto de adquirir ese carácter sério que el sétimo sacramento imprime á los que le reciben; y se casó con muchacha de alguna posicion, á fin de que la eficacia del santo matrimonio no resultara puramente espiritual. De este modo convirtió en propia la casa de su mujer, y aún la misma mujer, con la que, segun malas lenguas, se habia encalabrinado algunos meses ántes del sagrado vínculo un capitán de caballeria, destacado con su escuadron en el pueblo. Lepe, cuyos sentimientos religiosos eran proverbial-

les, estendió el manto de su acendrada caridad sobre la flaqueza de una arrogante moza acaudalada, la cual, aunque enjuto, feo y rasurado como un presbítero, le aceptó por bueno para marido.

Sabiendo al dedillo los numerosos recursos del espedienteo, y las varias zancadillas que la práctica de curia echa á los ignorantes, Lepe adquirió gran notoriedad en su profesion, tan grande como la fama que de buen cristiano le alcanzaron su presencia en las ceremonias religiosas, el severo pié en que habia planteado el hogar doméstico, y el presidir una confraternidad cuyos miembros gastaban sayal y corozca cuando se lanzaban al aire libre en las procesiones solemnes. Respecto á la severidad dentro de casa, habia sus más y sus ménos, en opinion de algunos vecinos; pues estos afirmaban que todo era bulla á ciertas horas, y á duras penas contenida, oyéndose tales carcajadas y tan alegres gritos de la consorte, que indudablemente debian atribuirse al buen humor de Lepe, extremando sus recursos para divertir á la amada compañera.

En sus tratos, siempre legales, no podia el espíritu escrupuloso del moralista decir que Lepe faltaba á la justicia de los hombres, aun-

que la eterna justicia ó el ideal que de ella nos representamos no entrase para nada en los cálculos y negocios de aquel. La honradez de los cucos, esa virtud que consiste en no delinquir contra el Código, pero que permite perjudicar al prójimo de buena fé, tenia digno representante en nuestro tipo.

Mirando de reojo las veleidades políticas de su rey y señor, los arranques plausibles de Maria Cristina, el despotismo ilustrado de Zea Bermudez, y los conatos representativos de Martinez de la Rosa, no menos que el fanatismo de los carlistas en armas, y los triunfos militares de Espartero, tuvo Lepe la habilidad de ir tirando sin soltar prenda, cada dia más acérrimo partidario de la santa causa de la Iglesia y del esplendor del Trono. Grandes equilibrios se vió obligado á hacer en tan dificultosas mudanzas, y gran arte necesitó para nadar en aquel mar revuelto de las opiniones, guardando la ropa; pero, firme en su propósito, ni se olvidó de anteponer en cada momento el bien propio al ageno, ni cesó un minuto de continuar acogido á la proteccion del clero, sin enemistarse con un solo de los miembros que componian tan respetable clase en la villa.

A la abdicacion y destierro de la reina Cristina, cumplió diez años Lepejo, nacido á los siete meses cabales de celebrado el matrimonio, sintiendo Lepe por su vástago un amor entrañable, y desplegando en su educacion tanta maña como habia desplegado en la marcha de la vida.

Comprendiendo Lepe que las cosas tenian que dar una vuelta en esta nacion, supo ir preparando á Lepejo para que, sin separarse de la ortodoxia y del culto, buscara en el elemento seglar el apoyo que su padre habia buscado con satisfactorio éxito en el eclesiástico. Al efecto, y alternando con la enseñanza religiosa, le obligó á estudios profanos que el jóven realizó con singular aprovechamiento, poniéndose en disposicion de cursar en una Universidad de provincias la carrera de abogado, que habria de llevarle un dia al desempeño de altos cargos públicos. Era la época en que declarada la mayor edad de Isabel II, y llamada Cristina á regir los destinos de España, con la ayuda de Martinez de la Rosa y del partido moderado, Lepe evolucionaba insensiblemente hácia el régimen constitucional, sin menoscabo de su profunda piedad, á todas luces ejemplar, y aumentada por el dolor que le habia causado

la muerte de su querida esposa, acaecida en la madurez de su belleza.

Despues que su hijo recibió la toga y sostuvo en la villa varios pleitos importantes que le alcanzaron fama, poniéndole en disposicion de ser pronto un notable padre de la patria, murió Lepe en olor de santidad, rico, considerado, sin haber pertenecido á ninguna bandería, y clasificándole cada cual como de los suyos. Solamente despues de trascurridos algunos años se supo que habia matado á su mujer haciéndola cosquillas, único medio que le pareció oportuno para deshacerse de ella sin que la gente sospechara el ódio que por sus faltas de moza la tuvo siempre. Esto arrojó gran luz sobre las carcajadas y gritos que los vecinos oian á deshora en el hogar de familia tan decorosa. Tambien se hizo público que, á pesar de sus opiniones contra la desamortizacion, habia Lepe comprado sigilosamente bienes nacionales en otra provincia, para que sus paisanos no se enteraran y se escandalizasen.

II.

Lepijo no pudo nunca, en el curso de su feliz existencia, sustraerse al influjo del astro

que presidió á su nacimiento; y á no ser porque Lepe le dedicó al foro, cuando la voluntad del estudiante estaba por debajo del mandato paterno, de seguro que se hace cadete en cualquiera de las armas que en tiempo de guerra cubren de laureles el nombre español y en tiempo de paz atizan la tea de la discordia en nuestro campo político.

De arrogante figura, como su madre, con un par de patillas macarenas que pasaban de castaño oscuro, resuelto en el proceder y seguro de sí mismo en el determinar, Lepijo utilizó sus triunfos forenses para entrar de lleno y con algun prestigio en la política, impresionado por los sucesos del 54, aunque inclinándose á las soberanas decisiones del sable, personificado en el celeberrimo Narvaez, y en los otros generales que recogieron un poder que Bravo Murillo no supo conservar.

Nada tan á propósito como su aspecto y formas sociales para ganarse la voluntad agena. La soltura en la palabra y la franqueza en el trato, unidas al rumbo de su persona, hacian que se le quisiera apenas conocido, y se le rindieran los ánimos más prevenidos en su contra. No obstante de estas prendas recomendables, la primera papilla, el disimulo de

su padre según la iglesia y el mundo, fermentaba en lo íntimo de su alma, obligándole á plegarse á las circunstancias que le favorecieran. Así consiguió desprenderse de algunas veleidades esparteristas, que le tuvieron un tanto dominado, para decidirse por O'Donnell y poner al servicio del Jefe de los unionistas su modo complejo de ser, complejidad indispensable á cuantos se proponen medrar sin fijarse en los medios ni comprometer su reputación.

A los veintisiete años fué nombrado gobernador de la capital de su provincia, puerto de bastante movimiento comercial. Al poco tiempo de mandar, y quizás por el solemne garbo con que llevaba el baston en las procesiones, se casó con una cubana viuda que residía en la población, la cual contaba un lustro y varios millones más que su gallardo esposo. Era la interesante americana muy amiga de figurar, de lucir el marido y de verse lisonjeada, con que no pudo tropezar para el caso con hombre de mejores requisitos.

Poniendo en juego la influencia de su cargo, la que le daba el ser propietario en la provincia, y la que le sobrevino con el dinero de su esposa, consiguió Lepijo salir diputado por un

distrito de la capital, marchando á la Córte en derecha, á fin de que la vanidosa cubana maniobrara en esfera correspondiente á sus ambiciones. Unas temporadas en Madrid y otras en el puerto, fué el gran cacique de su provincia, en la que no ocurrió suceso político de alguna entidad sin que dejará de poner en él la mano, y sin que su crédito disminuyera un ápice. Para ello, se mostró siempre gran partidario del principio de autoridad con faja y entorchados, y poseído de grandísimo respeto hácia la sotana, con la que estrechó relaciones como individuo de la sociedad de San Vicente de Paul.

Lepijo no era hombre superficial para dedicarse á la vida pública por el mero gusto del relumbron. A lo dulce mezclaba lo útil, con tal acierto, que acrecentó considerablemente su fortuna, explotando el apoyo que prestaba á las situaciones unionistas. Con objeto de dar la última mano á su redondez, y complacer al mismo tiempo á su vana esposa, quien satisfecha ya de la Córte aspiraba á ostentar su importancia en el país natal, aprovechó la última elevacion de O'Donnell á la Presidencia del Consejo de Ministros y se calzó el primer puesto civil en la Isla de Cuba.

Muy á su sabor vivia en la Habana, cuando la rápida caída de D. Leopoldo amenazó arrastrarle al abismo de los cesantes. Por fortuna, Lepijo tuvo la prudencia de enviar su ilimitada adhesion al general Narvaez y al orden de cosas establecido por la furiosa reaccion de los moderados, quedando así en el goce de la ínsula que su cara mitad deslumbraba por el fausto.

La gloriosa Revolucion de Setiembre le cogió en la flor de su edad, en el apogeo de su bonanza. Algo superior á los cálculos de los hombres, algo que ni la desvergüenza, ni la hipocresia, ni el pasarse de listo tienen fuerza suficiente para contrarestar, le obligó á dimitir ántes de ser dimitido, y á encerrar en un camarote de primera clase las ilusiones y el boato de la cubana.

Después de desembarcar en Cádiz, tomó el tren en direccion á la capital de su provincia, centro de las antiguas maniobras. Agazapóse en el hogar mientras duró la tormenta, y cuando comenzó á clarear para los reaccionarios, salió del dorado escondrijo donde se consumiera en la amable compañía de su señora y de un niño de diez años que se caía de mimoso.

Inclinado, según costumbre, al militarismo, representó su distrito en varias legislaturas, mostrándose benévolo con los dictadores que directa ó indirectamente impusieron al país la supremacía de la espada. Las condiciones de su carácter, y el haberse rebajado la talla de los estadistas, le habrían alcanzado una carrera, con gran contentamiento de la familia, si la Restauración no hubiera segado en flor las aspiraciones que se habían desarrollado en su pecho. Pero, como hábil y conocedor del mundo que era, pensó obrar con cordura, retrayéndose de la política activa, con lo que aún podía conservar su buena fama sin exponerla á que se rompiera el espinazo en el último y más peligroso de los equilibrios.

Prefirió acertadamente retoñar en su hijo.

III.

El hijo de Lepijo resume lo avisado de la línea paterna y la jalea empalagosa del lado materno en un temperamento vivo, flexible, artero. El inmenso caudal de sus padres, definitivamente establecidos en la Córte, le proporciona barro á mano para satisfacer sus muchos

no, caprichos de los que ninguno llega á vicio pe-
as, ligroso.

que Es de mediana estatura, bien formado, ma-
la nos y piés como una señorita, color pálido
de mate, y sedosa barba negra de corte nazareno.
de A los atractivos físicos une la seducción social,
te el brillo de su fortuna, y los rosados horizon-
si tes de un porvenir fascinador. No es de estra-
las ñar que, aun conservando la fé de sus mayo-
su res y el r speto   la fuerza armada, como  ni-
n- co sosten de la sociedad, busque fuera del cle-
n- ro y del militarismo el apoyo que todo jóven
lia necesita para abrirse un camino en el mundo.
ue Su elemento vital es la mujer.

ue A los veinte años march  de agregado   una
de las embajadas principales que el gobierno
jo. de la Restauracion sostiene en Europa. Pronto
le veremos de secretario, y ántes de mucho
tiempo ocupar  alguna plenipotencia; ántes,
mucho antes de que precoces hebras de plata
alteren la uniforme negrura de sus cabellos en-
la re los que se pierde voluptuosa más de una
lo mano femenina y aristocrática.

r- La ambicion en él es de raza, aunque modi-
fi- ficada por los tiempos y sus variaciones. Lo
o- que espole  al abuelo para salir de la oscuri-
os dad, y al padre para aumentar fortuna y

poder, espolea hoy al nieto de Lepe, al hijo de Lepijo, para contraer alianza con la nobleza de la sangre. Aspira con sobra de merecimientos á la mano de una ilastre titulada, que corone dignamente el edificio lepino, á costa de tantas habilidades levantado.

Y lo conseguirá. El dia en que se firme el contrato matrimonial, la cubana reventará de orgullo, su esposo se atusará satisfecho las patillas grises, y los huesos del procurador se estremecerán en su tumba, como raices del árbol de los listos, superior á todos por la frondosidad en esta tierra de garbanzos.





REVERBERO,

POETA Á NATIVITATE

Su primer manera fué sencillísima. Se manifestó en el período de la lactancia, determinándose por una esclavitud sin ejemplo al asonante. Los progresos que hizo en esta época fueron asombrosos. *Papa* y *mama* salieron espontáneamente de su boca, ya que no de su pluma; á dichas voces siguieron *tata* y *chacha*, y así se fué enriqueciendo su rima, con asombro de cuantos trataron al coplero en mantillas.

La zoología literaria, que es una rama del gigantesco árbol de las ciencias comparadas,

tiene observado que el animal racional padre es eminentemente prosáico. Tuerce el gesto, gruñe, se desespera ante los versos del hijo, y sólo transige con ellos cuando oye el aplauso, ó cuando vé el empleo con que, por lo comun, se remunera en la Península á los poetas de oficio ú oficiales. No así el padre de Reverbero. Con un instinto que le honra, protegió el balbucir poético del vástago, viendo coronados sus esfuerzos cuando la musa del chico soltó los andadores y se lanzó al terreno de la aleluya, crizado de inmensas dificultades, que no á todos los génios es concedido vencer.

Por aquel entonces, andaban de moda los cantares, género que la literatura erudita robó á la literatura popular, echando á perder así las clasificaciones de los didácticos, empeñados en levantar la muralla de la China entre una y otra. Reverbero, dando al olvido el octosílabo pareado, se dedicó infatigable á emborronar papel, imitando cantares; porque es de advertir que su segunda manera fué la imitación, como fué su ángel tutelar el ripio, que nunca le abandonó en los mayores peligros de la vida métrica.

La variante que más le cautivó en el género susodicho es el cantar-bisagra, acreditado por

algunos líricos germanos, y llamado de este modo porque se compone de dos cantares juntos y sujetos en el medio por un pasador. Ejemplo:

Los suspiros que volaron
desde el fondo de mi pena
fueron, ingrata, á estrellarse
en los hierros de tu reja.
En los hierros de tu reja,
duras prisiones de amor,
donde encierras los encantos
que mi pecho codició,

Siguiendo los impulsos de su nuevo estilo, imitó Reverbero todo lo imitable: el soneto filosófico-humorístico, que suele constar de once tonterías poéticas y tres prosáicas; las llamadas por excelencia rimas, importación extranjera, en que sobresalió un malogrado poeta de gloriosa recordación; las doloras, composiciones que un ilustre vate llama de ese modo porque son dolores del alma y para diferenciarlas, tanto de las Dolores, que no atormentan más que á los hombres, como de los dolores que por igual se ceban en cuerpo de hombres, mujeres y niños, Además. Reverbero llenó una página del álbum de cada amiga suya; mandó un engendro de su chirúmen á cada consisto-

rio de los muchos juegos florales que se celebran en España, sin que la poesía adelante un paso; añadió una siempreviva marchita á cada corona fúnebre, entrelazada por la adulacion ó por la vanidad; finalmente, puso en verso, y *motu proprio*, todos los argumentos dinásticos suministrados por la *Gaceta Oficial*, obligatorios á los poetas mayores de quince años y menores de setenta que viven del presupuesto.

Su infeliz musa, que habia salido medianamente librada de la denticion-aleluya, de la escarlatina-cantar, del sarampion-rima, del garrotillo-soneto y de la viruela dolora, sufrió una terrible prueba, de la que pudo escapar con vida, aunque muy quebrantada, gracias á la resistencia literaria de Reverbero. Cayó víctima de la poesía científica, realista ó naturalista (los autores no se han puesto aún de acuerdo sobre el calificativo), especie de cólera morbo-asiático que se desencadenó hace poco sobre el Parnaso español. Tomando por ciencia la ignorancia individual, por realismo la falta de númen peculiar y exquisito, por materialismo los sofismas de cuatro extranjeros, mal traducidos en libros ramplones ó en Revistas confeccionadas gratis, los poetas científicos de esta pobre nacion se entregaron al delirio en

letras de molde, con grave riesgo de su reputación y de su entendimiento, el que los tenía.

Reverbero, cuya modestia no le permite figurar entre estos últimos, no fué en zaga á nadie; por el contrario, descolló en la especialidad, siendo como era apto para imitar en el arte de los renglones cortos. Sus famosas obras de entonces son una *Oda á la luna*, verdadero capítulo de astronomía; las *Décimas á sus ojos*, análisis de las córneas, del iris, del nervio óptico, de la retina y de los humores que constituían los ojos de su novia; y un célebre madrigal aritmético, que se ha hecho popular entre las chicas que juegan al corro por esas plazuelas, el cual dice así:

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho,
y ocho diez y seis,
y ocho veinticuatro,
y ocho treinta y dos,
etcétera.

A pesar de sus triunfos, nuestro poeta se creyó en el caso de renunciar para siempre á las imitaciones serviles, entrando animoso en la

tercera manera, ó sea en una imitacion creadora, si asi puede llamarse, con permiso del sentido comun y del Diccionario de la lengua. No satisfecho con la denominacion de *infimo* ó de *mínimo*, que algunos mal aconsejados jóvenes dan á los que ellos llaman poemas, y que en realidad son caricaturas de los *Péqueños poemas* campoamorinos, con que se enriquece nuestra moderna literatura, Reverbero fué, cogió é inventó el *Poema feto*, lo más menudo que le pareció en la clase. Para muestra del portentoso descubrimiento allá va ese boton:

ANGELITOS AL CIELO.

I.

En la tarde del dia cuya noche
aún asombra mi loco entendimiento,
se paró ante la casa cierto coche,
cansado de rodar el pavimento,

II.

El infeliz cochero no sabia,
en medio de su atroz filosofia,
que todo lo ignoraba,
si el cadáver que al hoyo conducia

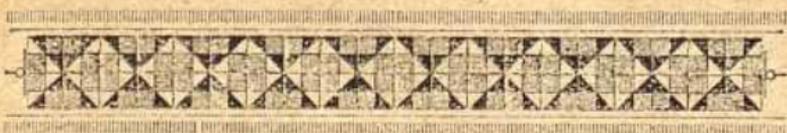
era un sér de la Muerte que reia,
ó imágen de la Vida que lloraba.

III.

—¡Sela llevan!— gritaron los chiquillos
que alegres jugueteaban en el patio,
sin pensar que sus términos sencillos
son de la humanidad *ultima ratio*.

Aunque no está muy fuerte en pronuncia-
cion latina, detalle que, por otra parte, no es
de absoluta necesidad para el cultivo de las be-
llas letras, Reverbero hace furor con sus *poemas*
fetos, y no veo lejano el dia en que el gobierno,
teniendo en cuenta los méritos y servicios del
vate, le dé un alto puesto en la Administracion
del Estado. A estas fechas no es más que auxi-
liar de vigésima clase y caballero de Isabel
la Católica.





EL DÉCIMO DE NAVIDAD

(Confidencias de un jóven pobre).



UNA sola conversacion llega hasta mí, una sola ambicion, la Lotería. La criada quiere jugar conmigo, y la portera se enfada porque no le doy parte: ambas ignoran que no tengo una peseta, lo que materialmente se dice una peseta, para formar compañía ni con ellas, ni con la série de servidores que empieza en el aguador y acaba en el sereno. He suspendido mis visitas, en lo que va de Diciembre, para no hallarme comprometido. He re-

nunciado á la tertulia de confianza, porque de ella no hubiera librado con honra, á menos de entregar un centen para el billete entero que cada año juegan los dueños de la casa y los contertulios. A la peluqueria no se puede ir, sopena de pasar por roñoso; ni al saloncillo del teatro de tercer órden, donde acudo casi todas las noches á enamorar á una damita jóven, que, segun lenguas, es una buena pieza. Tanto en el saloncillo como en la peluqueria hay un úmero pegado á la pared, *para el que quiera algo de él*. Escuso decir que no se puede andar por las calles, ni de dia ni de noche, en esta época del año, ni sentarse en el café, ni pararse con un amigo, sin que los gritos de los vendedores á la puerta de las Administraciones os molesten, pregonando billetes; sin que los granujas os persigan, metiéndooos por la cara el premio gordo; sin que os ofrezcan los diez millones hombres y mujeres que necesitan una propina de cuatro cuartos para no morirse de hambre.

No es que la tristeza del bien ageno, que la flaca, amarillenta envidia estruje mi corazon con sus descarnados dedos, no; lo que yo siento estos dias es melancolía, por la estrechez en que vivo; ganas de llorar ¿porqué ocultarlo? al

comprender el ridículo papel que hago en el mundo; pues no todas las personas que me conocen atribuyen mi retraimiento loteril á indiferencia por el dinero ó á genialidad que no debe tomarse en cuenta; muchas de ellas, más perspicaces ó maliciosas que las demás, lo atribuyen á su verdadera causa, á que soy un pobreton que no tiene sobre qué caerse muerto, ni dos cuartos para mandar tocar á un ciego.

—Así las cosas, me despierta el 22 una voz familiar, entregándome *carta de fuera*. El olvido en que echamos los de la corte á las sencillas gentes que nos aman desde un rincón de provincias, oscurece mi memoria de tal modo que tengo que ver la letra del sobre para presumir de quien sea. ¡Pobre tía Brígida! Me envía cincuenta pesetas por el Giro Mútuo para que celebre las Pascuas! Es una tía solterona, alta, enjuta, gran nariz, el pelo en dos bandas que cubren las sienes y el talle desgarbado. Ni toma rapé, ni lleva el negro vestido manchado con lamparones. Sabe sostenerse en ese justo medio de la devoción, tan alejado de la beata como de la puerca. Ama al prójimo como á sí misma, y á los animales ménos que al prójimo; diferenciándose en esto de aquellas solte-

ronas piadosas que ponen al perro y al gato por encima del hombre y al nivel del Redentor. Suele escribirme de Pascua en San Juan para recordarme los ejemplos de virtud aprendidos en el seno de la familia, ó la eficacia de la religion contra los peligros cortesanos; y yo suelo contestarle, con esa impertinencia á veces excusable en los que luchamos contra la miseria y la oscuridad, que lo que me hace falta es dinero y no consejos; en tono mitad cariñoso, mitad zumbon. La buena tia Brígida no echa en saco roto mis observaciones agri-dulces, y de cuando en cuando se descuelga con algo tangible, sonante, que sirve para echar un remiendo á mi crédito, destrozado por las deudas.

Como la buena pieza del teatro de tercer orden me trae á mal traer desde principio de Otoño, el recuerdo de mi tia se me habia borrado casi por completo, máxime haciendo cerca de medio año que no recibia carta ni noticias tuyas. Vuelto de mi sorpresa, leo la epístola, me congratulo de su contenido, la beso, elevo mentalmente una accion de gracias á la cariñosa tia, salto de la cama, me visto, cojo la cédula de vecindad, y me encamino directamente á las oficinas del Giro. Desgraciado del

que tiene que aguardar, primero á sus puertas, y mezclarse despues con un revoltillo de menesterosos estrujados en el local infecto; pero más desgraciado aún el que sólo tiene que cobrar una ó dos pesetas, y no cincuenta, como las que me entregan en ruidosa plata, total de mi fortuna en dichos instantes.

Sin saber cómo me veo en el dintel de una Administracion de Loterias en la Puerta del Sol, impulsado por oculto resorte de la voluntad. El caso es que me detengo, vacilando entre dejar mi dinero sobre el mostrador ó apelar á la fuga. Afectando seguridad, me pongo á leer la lista de los premios. Llego maquinalmente á pasear mis ojos por el papel, mientras el alma divaga por no sé qué regiones. Dos señoras que entran en el despacho me llaman fuertemente, con su hermosura y elegancia, hácia la realidad del momento, y no siendo dueño de mí, penetro en el antro de perdicion. Pido con natural desembarazo un décimo, entrego el dinero sin miedo ni arrogancia, guardo el documento en mi cartera y salgo sin tropezar, llevándome una mirada furtiva de la señora más fresca. Rasgo de admiracion de la dama por el jugador ó por el millonario en ciernes, que no por el modesto jóven. Al pronto olean mi

espíritu aires de alegría, viéndome ya poseedor de un tesoro; pero á los pocos pasos me confieso reo de un delito de alta tontería.

Con los diez duros perdidos para siempre, podía pagarse la mitad de la capa que llevaba puesta, ó el alquiler mensual de mi reducida habitación. Podía, también, apartándome de la espinosa senda de la virtud, y aventurándome corto trecho por la florida del vicio, convidar á cenar la noche del 24 á mi dama joven, libando el champagne en la copa que sus labios tocaran.

—La reacción se verifica poco á poco. Las personas que trato y de que me sirvo, ignoran que juego á la Lotería de Navidad. Esta ignorancia de los demás acerca del secreto que fomenta mis ilusiones es una de las causas que embellecen mis horas presentes. Acabo de oír en la mesa del café una série de cálculos, hechos por mis compañeros, sobre lo que pesa el premio mayor en oro, plata ó cobre. Para traerle en esta última materia serian necesarios algunos camiones. Igualmente han perdido el tiempo calculando lo que se podía hacer con diez millones de reales. Allí se ha optado por la revolución, por el serrallo, por la vuelta al mundo, por la propiedad urbana, por la rúe

ética, por el matrimonio aristocrático, por gastarse los réditos conservando el capital, por encerrar el capital en una caja de hierro, y sacar puñados de monedas hasta que se acabaran; o por la caridad, por la venganza, por los deleites, por la fama, segun el carácter ó las aspiraciones de cada cual. Bajo estas impresiones sueño despierto hasta que me quedo dormido en busca del día siguiente, del gran día.

¿Que haré del millon que la suerte me tiene destinado? Pagaré mis deudas, prestaré á plazo indefinido á mis amigos pobres, dejaré mi empleo sin molestarme en escribir la renuncia, no seré altanero con los que me han negado su apoyo, me mostraré agradecido con los que me lo han tendido una mano al borde de la miseria. Regalaré toda mi ropa á un indigente, vistiéndome de nuevo, desde los piés á la cabeza; de rebulo fino la ropa interior, ó de delicada franseña, segun la estacion; la exterior de pieles, sastenes, terciopelos, merinos costosos, ó sedas sables; segun que haga frio ó calor. A Fulano le regalaré un reló de oro, con gruesa cadena de lo mismo; á Mengano una coleccion de clásicos, encuadernada en tafilete; á Zutano un barril de manzanilla; y asi de los demás amigos, atendiendo la inclinacion del sugeto y su



mayor ó menor afecto hácia mi. A la criada, una libreta de regular cantidad, en la caja de ahorros para que vaya formándose un dote; á la portera, un ajuar que sustituya al viejo, súcio y recompuesto que usa ahora. A mi dama jóven, medio aderezo de valor, un vestido de seda, un abrigo de lujo, cuatro pares de botas imperiales, y algo en dinero para sus urgencias. (Me arrepiento de esta determinacion, después de haberla tomado, porque es fácil que mi novia me la pegue, apenas reciba el beneficio.) Me desharé de cuanto libro, trastajo, utensilio, papel ú objeto de uso me estorbe, alquilando un cuarto para vivir con un doméstico, que haya sido asistente, si es posible, lo cual garantizará en parte su honradez, expedicion, mundo y habilidad, lo mismo para un fregado que para un barrido. Comeré en la fonda, si gusto de salir, ó haré que me traigan la comida de la fonda, si no quiero molestarme.

La habitacion constará de cocina reducidísima, para lo que ocurra; de una pieza para el criado y otra para comedor; de gabinete, con alcoba, para trabajar y dormir yo; y de sala para recibir á los amigos. En mi dormitorio habrá pila de mármol, cama de acero bruñido, con fuertes barrotes y sin adornos, lavabo

grande y un paje. En el despacho habrá vis á vis, mesa para escribir, casillero para los papeles, librería, chimenea marmórea y alfombra blanca. Los muebles serán todos de pequeñas dimensiones, fuertes, elegantes y de caoba. Las paredes, decoradas ligeramente al fresco por mis amigos pintores; tintas claras y asuntos paganos. La sala formará en invierno una tienda de campaña. Desde el centro del techo bajarán anchas telas de fuerte lana hasta el suelo, tapizado de moqueta, color sangre de toro, que es muy resistente. Un divan circular de reps encarnado, media docena de banquetas agrupadas alrededor de un gran velador de roble, y un enorme globo de luz esmerilado, con franjas de débiles tonos, suspendido del techo, compondrán el mueblaje de la tienda; destinándose los ángulos de la sala á colocar la estufa y aparadores con cajas de cigarros y colecciones de vinos y licores esquisitos. En dicha tienda recibiré á última hora media docena de amigos, para entretenernos en discutir sobre los artistas del Real, los estrenos, las noticias políticas, las debilidades humanas, tanto femeninas como masculinas, reforzando la discusión con un trozo de fiambre, un par de tragos y un veguero. Sin prescindir por esto

de los banquetes que se celebrarán en las solemnidades, de pocos y sabrosos platos, que sirvan de pretexto para beber el Champagne en copas apateradas, el Rhin en vasos verdes, la manzanilla en cañas, la cerveza en jarroa de estaño, y el chacolí en tazas de barro. La reunion terminará pronto, porque las malas noches y el vino con exceso abrevian la vida, circunstancia muy de atender ahora que puedo pasarla contento.

Mis ocupaciones diarias se reducirán á visitas, paseos, disfrute de espectáculos públicos, y partidas de placer improvisadas; empleando una buena porcion de tiempo en el pasto espiritual. Al efecto, estaré suscrito á las mejores ilustraciones y periódicos humorísticos que se publiquen en español, francés, inglés é italiano, que son los idiomas que conozco. En mi librería habrá tres órdenes de obras: recreativas, instructivas y especiales. La primera seccion contendrá á Apuleyo, Aristófanés, Plauto y Horacio, bien traducidos; Boccacio y parte de Maquiavelo, con los cómicos del Renacimiento toscano; Rabelais, Molière; los escritores satíricos de Alemania, partidarios de la Reforma; los humoristas ingleses, políticos y críticos; las novelas picarescas españolas, y la

mejor de cada contemporáneo en España, Francia, Italia é Inglaterra. Las obras completas de Balzac, Gautier, Hoffman y Heine. Como instructivos, buscaré la enciclopedia más moderna, los viajes verídicos por todo el mundo, usos, costumbres é iconografía de los diversos pueblos y épocas; tratados sobre las ciencias naturales, y resúmenes de historia política, literaria, artística y filosófica de la Humanidad. Mis libros especiales tratarán de cuestiones lingüísticas en relacion con los idiomas que he cultivado como base de mi porvenir.

Acabado el invierno, se quedará el criado cuidando la casa, con encargo de remitirme la correspondencia, y yo pasaré la primavera en Paris, y el verano en una playa del extranjero, en busca de aventuras amorosas. Preferiré el cariño de alguna señora francesa, de esas que pinta Feuillet en sus novelas; pues las italianas son muy exaltadas y vehementes, las inglesas muy ceremoniosas, las polacas muy originales, las rusas vanidosas, y las alemanas vulgares. No pienso en las españolas, porque al tornar á la pátria me expondría á tropezar con mi amor, y el idilio se convertiría en broma pesada. Tampoco me fijo en la muchacha

del pueblo, porque soy incapaz de una infamia; ni en las cortesanas brillantes, porque es una majaderia hasta convidarlas á cerveza.

Luego.... ¡pero cuánto da de sí un millón! luego de mi vuelta á Madrid, levantaré casa, depositando el menaje en una de confianza, con objeto de vivir fuera de España para perfeccionarme en la pronunciacion de los idiomas que me han de llevar al desempeño de una embajada, andando el tiempo. Un año en Francia, otro en Italia, una escursion desde Francia á Alemania, y una escapada desde Italia al Austria, bastan para mis planes. En Inglaterra no me atrevo á pensar, porque el paso de Calais es peligrosísimo, y las cuestiones de higiene trascendental me preocupan desde que tengo dinero. Quiere decirse que tomaré en Paris un maestro de Inglés, legítimo, sin mezcla de raza latina.

Harto de bromas con los amigos, de viajes por naciones adelantadas, sabiendo perfectamente tres lenguas estrañas, un poco de mundología y alguna nocion de perfidia mujeril, sentaré mis reales en Madrid, bajo un pié sério que reconstituya mi fortuna de los descabros sufridos en el período de expansion. Entraré de lleno en la política elevada, sin escl-

vizarme á los caprichos de un jefe de fraccion, llegando en virtud del mandato electoral á los primeros puestos cuyo acceso me facilitará mi independencia pecuniaria. Para entonces trataré de casarme con alguna señorita de la alta sociedad madrileña, ó alguna provinciana con pingües rentas, despues de haber gozado soltero la primera juventud. Al comenzar el crepúsculo vespertino de la vida me veré rodeado de un coro de niños rubios, en lujosa habitacion de la capital ó en vasta casa campestre; lleno de influencia, de robustez, de adulaciones, de mimos y de onzas de oro. Lloverán sobre mí los honores, y cuando esté de humor atrabiliario, ó me impresione en demasia alguna lectura filosófico-llorona, iré al cementerio á inspeccionar las obras del panteon de familia, ó á hacer un cumplido al escultor encargado de las figuras alegóricas que han de llorar mármol sobre las cenizas de los míos y sobre las mias propias.

—Como guardé el décimo en la cartera, y la cartera en el pupitre, sin mirar el número, á fin de conservar esa vaguedad misteriosa, necesaria á las concepciones de pura fantasía, ignoro si me ha tocado algun premio, y eso que tengo delante la lista del sorteo, publicada por

La Correspondencia de España. Quiero permanecer ignorándolo hasta ver la lista oficial. Un compañero de hospedaje lee que el gordo ha caído en Valencia, el segundo premio en Puenteáreas, y el tercero en Madrid. ¿Podrá dudarse de que he nacido para ochavo? ¿Pues no he sentido un movimiento de alegría al saber que no me ha tocado el millon, y que por ende me veo libre de las morosidades, trabas, expedienteo é irregularidades de que el pícaro gobierno se vale para retardar el pago? Al fin, tendré que contentarme con cuatro ó seis mil duros, con ménos, con veinte mil reales, con diez mil, con los necesarios para cubrir trampas, vestirme bien, é ir el verano á San Sebastian.

Así voy conformándome dia de Navidad por la mañana, camino de la Puerta del Sol, mientras estrujo bajo la capa la cartera con el billete. Diviso un grupo á la entrada de la Administracion de loterías. Es gente que se come la lista con los ojos. Nadie se desmaya, nadie salta, nadie se desata locuaz, ponderando su buena suerte, nadie palidece de emocion. Nadie ha salido de pobre. ¿Cómo es posible que salga yo? Un temor imperceptible me acomete, y dificultad en el respirar. La lengua se me seca, frias

angustias me suben del pecho á la garganta. ¡Oh, Dios mio! con mil reales me doy por satisfecho! Amparad á un desvalido... Saco apresurado el billete, leo el número, le miro bien, y le busco inútilmente en la lista. Hay un claro horrible entre tres ó cuatro números anteriores al mio y otros tantos posteriores. Adios, ilusiones. Adios, mi dinero. Me quedo un rato como embobado, hasta que una pobre mujer me saca de mi abstraccion, diciéndome:—¡Usted, al menos, no ha perdido nada! Ha sacado usted el reintegro!—Y es cierto. Mi número termina en siete, lo mismo que el favorecido con el premio grande; termina en siete, la cifra predilecta de Alfonso el Sábio. En su consecuencia, despues de una jaculatoria en honor de la Divinidad, recobro los diez duros del mismo escribiente que los habia echado las uñas dos dias antes. La realidad vuelve á apoderarse de mi ser y con ella las esperanzas y alegrías de la juventud. He decidido guardar cinco duros en el baul, convidando con los otros cinco á comer esta Noche-buena á un amigo bohemio que hace la seccion de provincias en un periódico de escasa circulacion. No convido á la dama jóven, ni acaso vuelva á enamorarla, en desagravio de las infidelidades

que la ha supuesto cuando me soñé rico. Terminadas las Pascuas volveré á la oficina, donde no pensé volver jamás, á ver si para el año próximo me ascienden á los seis mil redondos.





EN INVIERNO.

Á 20 GRADOS SOBRE CERO.

BONITO gabinete de una marquesa; atmósfera embalsamada; objetos de arte; refinamientos del lujo; recuerdos gratos, intriguillas y geniecillos que en el ambiente pelean, cruzan, chocan, escarcean y se afanan por apoderarse de la imaginacion de Amalia.

Amalia tendida indolentemente sobre una butaca; sus cabellos imitan el bello desorden del gusto exquisito; cada pliegue de su bata cae con gracia, como un gladiador elegante; una sonrisa indescriptible frunce sus labios. Entra un señorito.

—¡Señora marquesa!

—¡Señor vizconde!

—¡Aunque sola, la supongo á usted acompañada!

—¡Caballero! (*con indignacion cómica*).

—¡Sí! acompañada de seductoras imágenes, recuerdos de una noche de coquetería...

—¡Qué poco talento suelen tener por la mañana los vizcondes! ¡Já, já, já! Te figuras que anoche... que aquel pollo estúpido, aquel Arturito de novela vulgar...

—¿Es decir que no le amas?

—Ni siquiera tengo presente si es moreno ó rubio. Ojalá pudiera decir lo mismo de una jóven misteriosa...

—Todas las jóvenes son misteriosas.

—¿Tambien yo?

—¿Porqué has de ser la excepcion de la regla? ¿Qué es una jóven? Nube de ropajes que oculta un cuerpo, que es nube en que se oculta un corazon que sirve de nube para ocultar un misterio.

—¿Y no hay quien sepa penetrar ese misterio á través de tanto celaje?

—Está penetrado ya. Ese misterio es el capricho, más impenetrable aún que las nubes que lo guardan.

—Luego tú no eres más que un capricho; ¡tú, el misterio de mi corazón! Pobre vizconde, tan joven y ya tan desgraciado. Reducido á la categoría de capricho... (*con monería*).

—Amalia, no seas celosa y nos entendéremos.

—Eso digo yo, Carlos. ¿Sabes qué significa lo de anoche? Táctica, pura táctica femenina: nubes, como tú dices, para ocultar el misterio de mi corazón, para que no vean mi capricho, para que permanezcas invisible.

—¡Amalia mía! (*con pasión*).

—¿Reparaste qué necia estuvo anoche la Gildarini?

—¡Pero qué bien cantó el rondó del acto segundo!

—No digas eso, Carlos: ¡Cantar bien con aquel peinado de torbellino!

—Es un peinado que vale veinte mil duros.

—El duque del Parapeto se ha empeñado en arruinarse.

—En compañía de un banquero.

—¡Jesús, María y José! No me hables de esas mujeres, ni de esos hombres.

—Y lo grande es que se me ha olvidado agregar un capitán general.

—Esa mujer puede formar un ministerio con sus amantes.

—No lo creas, ninguno de ellos goza de la confianza de la corona.

—Pues ¿cuál es la más negra? (*con envidia, celos y otras menudencias*).

—Hay un artista de por medio.

—¿Cantante?

—No.

—¿Músico?

—Tampoco.

—¡Poeta no será!

—¿Porqué?

—Porque es de mal gusto querer á poetas.

—Hay hombres que nacen poetas y hombres que se hacen poetas: el amante de la prima donna es un poeta en construccion; se forma ahora, y entrará en la Academia.

—¡El baron del Ripio! (*con no se sabe qué*).

—El mismo.

(Valiente majadero! (*con disimulo*). ¡Es un botarate! (*con ira expresada*). ¡Un Tenorio de postdata! (*con ira reprimida*). Un Lovelace de similor! (*con sonrisa diabólica*). ¿Cuándo se marcha esa aventurera? (*con ansiedad*).

¿Tienes interés en ello, amor de mis amores?

—Tendria un sentimiento en que no estu-

viera aquí hasta que se acabara la temporada teatral. ¡Qué ratos voy á pasar sacando á relucir los trapillos del baron! ¡Qué dirán mis amigas! Vamos, Carlitos: eres un hombre de pró: la noticia vale un imperio.

—Vale dos, porque no hay tres personas que estén en el secreto.

—¡Oh, mañana tampoco las habrá! ¡Pobre baron! ¡já, já, já! (*¡Maldito y odioso baron! dice la marquesa en el fondo de su alma*). ¿Te diviertes mucho (*afectando distraccion*).

—Muy poco; me fastidio á todas horas: la ópera me cansa, los bailes me aburren, los paseos me empalagan, las visitas me encocoran. ¡Ah! si al ménos se pudieran correr patines... pero nada, ni un poco de frio para un remedio.

Estos países meridionales son insoportables: lo único que está aquí bajo cero es el buen tono.

—¿Con que te aburres... á todas horas?

—¡A todas horas, no! (*comprendiendo la indirecta*) porque las que paso á tu lado no son horas.

—¿Son siglos?

—Son soplos, ingrata.

—Ya no me quieres.

—¿Qué no te quiero? (*Cogiendo una mano de la marquesa*).

(Como empiezan las gachas, y no estamos convidados, debemos irnos con la música á otra parte).

Á 15 GRADOS SOBRE CERO.

Una sala como otra cualquiera. Gran brase-ro, y tertulia.

—Desengáñese usted, D. José, esas son utopias; mientras las clases trabajadoras...

—Qué clases, ni qué zarandajas. Los conservadores se dividen en dos grupos; los que tienen y los que á todo trance quieren tener: el medio importa poco. Se comercia con los productos, con el crédito, con los nombres, con las ideas y con el decoro. Todos los que comercian son conservadores; el que gana conserva lo ganado, el que pierde conserva las ganas de conservar cosa más positiva. Las clases desheredadas gritan, y gritarán, porque esas no pueden comerciar con nada.

—Pero hay momentos históricos en los cuales no es conveniente gritar: estamos al borde de un abismo....

—Y las pasiones exageradas....

—Y los derechos adquiridos....

—Y las reformas en proyecto....

--Pero, señores; ¿y los que se mueren de hambre?

—Nadie se muere de hambre.

—Es una frase que repiten los egoistas despues de una buena digestion. ¿Y los que se mueren de frio?

—Otra exageracion: si me hablara usted del polo Norte, pase; pero en España, ¿quién se muere de frio en España? etc., etc.

Á 2 GRADOS SOBRE CERO.

Guardilla artística, llamada así por ser el amor el principal mueble que la adorna, Varios objetos de menaje, muy limpios y muy usados, señales infalibles de pobreza decente.

—¡Dios mio, qué frio tengo!

—¿Tienes frio, hija mia?

—Mucho.

--¿Estando yo aquí?

—Aunque no llega al corazon, es frio de sobra para una mujer delicada.

—¿Te acuerdas del primer dia de nuestras relaciones? Llevabas unas botitas muy monas; una falda muy arregladita; la cara, como siem-

pre, cara de cielo; los ojos, los de hoy, negros como la noche. Yo me acercaba y sonreía: tu te ponías colorada; tu mamá torcía el gesto.

—Me acuerdo como si fuera ahora.

—¿Y te acuerdas de la primera vez que reñimos?

—De eso no me acuerdo; ¿cuándo hemos reñido nosotros?

—¿Que cuando hemos reñido? ¡Vaya una cabeza de chorlito! Aún no me había declarado á tí; pero era lo mismo: te adoraba y le sabías. Una mañanita de esas en que la aurora y tú os levantábais de la cama casi al mismo tiempo, como hermanas gemelas que sois, saliste á regar los tiestos del balcon; yo me coloqué en buen sitio, y me puse como una sopa, radiante de felicidad. En cambio, tú te pusiste furiosa.

—¡Habrás visto tontería semejante!

—¿Llámame á eso tontería?

—Es con la boca chiquita.

—Pues dame un beso con la grande.

—Tómalo, y ciento detrás.

(Como sube la temperatura de esta habitación, debemos trasladarnos á más frías latitudes.)

Á 2 GRADOS BAJO CERO.

Puerta del Sol á la una de la noche. Un perdido, con la levita abotonada hasta el cuello, el sombrero calado hasta las cejas, y las manos escondidas en los bolsillos del pantalon, recorre á grandes pasos las aceras, murmurando un monólogo. Tiene por horizonte físico las manzanas de casas, y la miseria por horizonte moral.

—Todo por la maldita sota en puerta. Jugar á sotas es una majaderia; por eso dicen los franceses que *sotisse* es tontería, y tienen razon.

¡Nadie! ¿Quién va á pasar á estas horas por aquí? ¿A quien pediré medio duro para ponerlo á una carta? A los tres golpesson cuatro duros: observo la marcha del juego, nada de sotas, hago la mia y me armo. En siendo punto fuerte, ya puedo gallear. Indudablemente, siguiendo mi sistema desbanco al banquero. Desbancar al banquero es un bello ideal como otro cualquiera; es la rubia de ojos negros, sentimientos angelicales y ochenta mil duros de fortuna, soñada por el artista; es el turno armónico de los partidos medios, soñado por

el doctrinario; es la cuadratura del círculo, soñada por el alumno de matemáticas; es lo imposible.

¡Desbancar al banquero! Podría yo vestirme; no, comer, comer primero, vestirme después; pagar mis deudas... ¿Pagar? ¿Hasta qué punto sería decente pagar mis deudas? Instalarme en una vivienda confortable, como dicen los ingleses ¡¡¡los ingleses!!! ¿y qué tengo yo que ver con ellos? En desbancando al banquero.... Habría una mesita, por distracción no más, para los aficionados, y ¿quién sabe? podría llegar á ser un capitalista. Nada de *pegos*, eso no; el más insignificante *pego* sería indigno de mí; yo soy un caballero, aunque dentro del mínimo grado posible de caballerosidad. Con dinero ya sería otra cosa; es decir, sería caballero autorizado por la sociedad, con el correspondiente *Visto Bueno* de los hombres de orden; llegaría... ¡sabe Dios á dónde llegaría!

¡Desbancar al banquero! Para eso hay que escalonar las montañas y yo soy un pigmeo; hay que mover el mundo, y me falta el punto de apoyo, el medio duro, el punto de apoyo....

(Le falta el punto de apoyo, sintiéndose atacado de una pulmonía fulminante que luego le conduce al hospital.)

Á 5 GRADOS BAJO CERO.

Brillan con intensidad las estrellas. Paraje desierto en las afueras de Madrid. Un mendigo moribundo, aterido por el frío. Como se le helarian las palabras en la boca, habla mentalmente á Dios.

—¡Señor, recoge mi espíritu! ¡Qué cruel es la sociedad! ¡La sociedad ó el Destino! ¿Quién será capaz de adivinarlo? ¿Quién se acordará de mí? ¡Dios mio! ¡Tú solo; en tí confío, en tus brazos muero!





HOMBRES DE ÓRDEN



I.



o he visto jamás á un pobre, á un estafado, á un verdadero artista que dijera: Yo soy hombre de orden, yo vivo del orden.

En cambio conozco muchos ricos, muchos prestamistas, infinitos hombres metódicos y ramplones que explotan el orden.

Hombre de orden, en la acepcion punible de las palabras, es sinónimo de egoista que tiende á aumentar lo que tiene, sin exámen de los medios que conducen al fin. Todo lo que sea averiguar la procedencia de lo que otros poseen, discutir la legalidad de la adquisicion, es

minar la sociedad por sus bases profundísimas; y ya se sabe que no puede haber en el mundo criminal tan grande como el minador de bases sociales. El único que podía hacerle alguna competencia, por los puntos de contacto que tienen, es el libre-pensador. Dos clases de criminales que han brotado en la sociedades modernas al par de los hombres de orden y de los partidarios de la libertad bien entendida, como brotan las espinas con las rosas, ora para hacer resaltar su hermosura, ora para amenguar con sus crueles punzadas los deleites que las últimas proporcionan.

Habia yo de vivir tantos años como Matusalen; habia de presenciar tantas escaramuzas contra la tiranía como generales hay en mi pátria; habian de darme los hombres políticos tantos desengaños como juramentos de fidelidad llevan prestados la mayor parte de ellos á la mayor parte de las altísimas personas y venerandas instituciones que nos han regido y vienen rigiendo; y aunque cada año viera que hacian traicion á sus compromisos veinte gruesas de hombres de orden; aunque observara que tras de cada escaramuza se alzaba un millar de reaccionarios con la situacion; aunque supiera que firmísimas columnas del po-

der se partian en provecho propio y se componian en un periquete para sostener al último que mandara, y dar con él en tierra luego, quebrándose para recomponerse y estar en aptitud de sostener al amo postrero, yo, impertérito y recalcitrante, seguiría afiliado á esos benditos séres que una divinidad especial conforta, anima y hermosea, para que sean objeto de las amorosas ánsias de cuantos tienen hambre de rectitud, sed de justicia ó rabia de tranquilidad.

Yo admiro al hombre de órden, porque sé que está á caballo mientras los demás están á pié; porque acapara mientras los otros derrochan; porque no se extralimita un ápice del justo medio. El sabe diferenciar la libertad de la licencia, pegar un puntapié á la escalera de que se ha servido para subir, cambiar de ideas para adaptarse á las circunstancias, vestir á la perfeccion los varios personajes que representa en la farsa política. Yo sé que cuando todo se haya destruido, y no queden más que un rayo de luz, un trago de agua, una ráfaga de aire, un bocado de pan, un harapo en el mundo, y un solo hombre sobre su faz, este hombre que quedará sobre la faz del mundo para aprovecharse del último rayo de luz, refrescar

con el último trago, alimentarse con el último bocado, y reanimarse con la última ráfaga, será uno de esos maravillosos individuos, aceite de las sociedades, que flotan sobre todos los miserables, y que han nacido para gozar de lo supérfluo mientras la mayoría de los racionales á él distintos, carecen de lo necesario. Tengo la íntima convicción de que será un hombre de orden al uso.

II.

A lo mejor os encontrais con un caballero bien comido, bien bebido, bien vestido, escrupulosamente rasurado, que con un habano en la boca, benevolencia en la mirada, y felicidad en el estómago, os dice, poseido de insigne mala fé, digna de mayor ilustracion:

—Yo soy liberal: quiero para mi país orden, moralidad, un sistema ámplio en que quepan las numerosas individualidades, bajo el que puedan desarrollarse los grandes elementos de vida que la nacion cuenta en su seno. Pero temo que ustedes... porque el país no está preparado... y las masas inconscientes... y luego la deuda pública... y despues la funesta propaganda de ciertos principios... en fin, que la

libertad es una camisa que nos viene muy ancha.—

Por el corte de las frases y vuelo de las ideas, sabreis deducir que el caballero es un albañil que amontona vulgaridades, las cubre con pelladas de patriotismo, las blanquea con lechada de temores, y así construye en un dos por tres la pared que le separa de los hombres cándidos.

Harto de declamar contra sanguinarias medidas, contra injustos destierros á países inhospitalarios, contra la explotacion del hombre por el hombre, contra el desnivel entre el proletario y las clases productoras, basta que un beodo dé un grito disonante en la plaza pública, ó que un periódico saque á luz unas verdades, no en cueros, sino en paños menores, para que, espeluznándose, exhalando miedo por todos sus poros, se agite y profetice el fin del orden, con la consabida destruccion de lo existente, y los obligados rios de sangre y mares de lágrimas.

En su concepto, hace falta palo, mucho palo; y cuando los gobiernos liberales pegan maldice de ellos. Conviene hacer economías; y se desmaya al pensar en el porvenir mísero de los estanqueros, si los reformistás suprimen dos

entancos. Hay que dar impulso á las artes, á la industria, á las fuerzas vivas del país; y si los partidarios del progreso abren un poco la mano, se aterra del desbarajuste. Ha llegado la hora de extirpar los abusos de arriba; y protesta porque se toca al pelo de la ropa de algun cacique díscolo. Es preciso destruir la fatal influencia del militarismo; pero en refundiéndose dos direcciones, teme el choque terrible del elemento pacífico con el guerrero. Reclama dignidad para la nacion; mas si el poder avanzado habla gordo á un cónsul extranjero, predice la intervencion de las potencias que han de dividirnos, tríturarnos, deglutirnos, digerirnos y asimilársenos.

Reconoce la ciencia de este demócrata, la prudencia de aquel, la elocuencia del uno, la consecuencia del otro, la magnificencia de las doctrinas modernas; es más: en sus lucubraciones se entusiasma con el progreso; y, sin embargo, teme que la nave del Estado corra con demasiada precipitacion por el revuelto mar de las innovaciones prematuras, y que no pudiendo resistir los excesos de las tormentas revolucionarias, se hunda en el vertiginoso abismo de la más desenfrenada de las reacciones.

Para él, progresar es que se agarrote al cri-

minal en vez de ahorcarle; que el lápiz del fiscal destroce lo que la censura eclesiástica carcomía; que la influencia logre lo que ántes se daba á la sangre de color de añil; que un ministro abuse de lo que abusaba en aquellos tiempos un rey absoluto: porque, eso de pasar repentinamente del patíbulo á la correccion humanitaria, y de la fiscalía á la limitacion por el Código, y del favor al mérito, y de la irresponsabilidad á la barra, da muchas desazones, pervierte el espíritu nacional, presta alas á la demagogia, abre las cataratas y enciende los volcanes.

III.

A veces, sin que el hombre de orden lo desee, la libertad se sienta á la mesa del presupuesto, y manda. Entónces, el pobre hombre de orden nota con extrañeza fingida que los pulmones funcionan, que la vida se manifiesta, que llueve hácia abajo, como ántes, que los rios no se salen de madre, ni las cosas se caen del lado contrario al que se inclinan.

Puede ir á paseo, de tertulia, al teatro, sin que los demagogos le asesinen en la vía pública; puede viajar sin que los foragidos le roben;

puede leer y escribir lo que se le antoje, sin que la frontera le intercepte los libros, ni el gabinete negro le abra las cartas, ó la censura le destroce el pensamiento.

El hombre de órden, en semejantes casos, se arrima á la libertad para explotarla y destruirla. Desde el festin, mira de reojo al proletario que entra en la taberna á refrescar proletariamente. Desde la orgía, se preocupa porque el descamisado baila una habanera desenfadada en mitad de la calle, al son de una murga. Desde el carruaje en que muellemente le trasportan dos bestias con arreos, presididas por otros dos brutos con librea, se asusta cuando algunos individuos del pueblo corren más de lo regular. Desea estancar la vida, el movimiento, la expansion, para gozarlos único, sin permitir al infeliz el menor resuello, figurándose que el mundo saltará hecho pedazos si aquél se desahoga.

A la postre, cuando no hay otro remedio, se liberaliza, se convierte en sócio industrial del progreso, ó pone el fuego, como el pequeño aprovechado del cuento.

Melchor, Gaspar y Baltasar eran tres chicos que en las horas de recreo la corrian juntos. Melchor parecia simple, Gaspar bondadoso y

Baltasar travieso, siendo en realidad el más listo en la trinca.

Una sola cosa echaban de menos cuando, acabada la escuela, se perdían en las arboledas cercanas al pueblo, ó se ocultaban en las portaldas de los barrios extremos; esta cosa era el cigarro.

El día en que decidieron entregarse al vicio, se propuso que cada cual aportara algo de lo indispensable para fumar en comunidad.

—Yo, dijo el listo de Baltasar, pongo lo principal.

—Pues yo, añadió, Gaspar, pondré el papel.

—Y yo las cerillas, añadió Melchor, no teniendo que escoger.

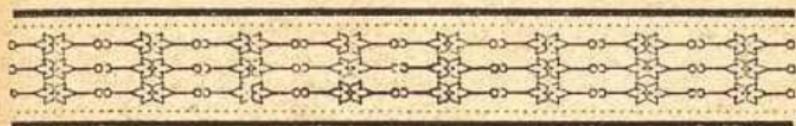
—¿Cómo que las cerillas? exclamó Baltasar sulfurado. ¿No acabo de decir que pongo lo principal? Y ¿qué es lo principal para echar un cigarro? El papel no, porque pueden servir las hojas de maíz. El tabaco tampoco, porque se puede fumar hojas secas de rosa, ó anís. Lo principal es el fuego; sin fuego no hay humo, no es posible el cigarro, ni una chupada siquiera.

Desde aquel día, el simple Melchor cargó con el gasto del tabaco para los tres; el bondadoso Gaspar proporcionó el papel para los tres;

y el cuco de Baltasar proporcionó el fuego, con el cual había para encender lo mismo un cigarro que tres, y que era además el artículo más barato.

Baltasar es el embrion del hombre de orden al uso; es sofista, cuco, principal elemento en el usufructo, y último en contribuir al bien comun.





CLOWNS.



A TRÁS, ilustres guerreros, que eeducidos por la aureola de una gloria ficticia habeis caminado sobre montones de cadáveres, y vadeado rios de sangre.

Atrás, profundos políticos, que habeis creido encontrar la panacea universal para curar las enfermedades sociales, amasando las insipidas ideas que bullian en vuestros secos cerebros.

Atrás, todos los que os habeis encargado de labrar en este mundo el palacio de la felicidad, bajo el que heinos de cobijarnos los mortales.

Plaza al clown; plaza al que borra nuestro mal humor y excita nuestra risa.

El clown no es un tipo presentado por la antigüedad, bosquejado despues y detallado hoy, no; el clown ha existido siempre; mas como ha sido necesario el trascurso de muchos siglos y el gasto de mucha luz par  llegar á uga clasificacion en la ciencia social, hemos visto desaparecer en la oscuridad de los tiempos,   en la sombra de la ignorancia, muchas notabilidades, que,   vivir hoy, tendrian que ganar el pan en el redondel de un circo, arrojando el manto real, la t nica filosófica   la guerrera armadura con que se engalanaron en su época.

Diógenes, representando la pantomima c nica y haciendo payasadas en el tonel ante Alejandro, es tan clown como Toni Grice, desapareciendo en el tonel ante la majestad del público; Simon Mago al elevarse por los aires, parodiando la divinidad, es tan clown como Braguet, dando saltos mortales; D. Pedro el Cruel, farsanteando con la justicia para cometer mil tropelias, en nada cede   Wilden-Hyden, de cómica memoria; Talleyrand, atando   la cola de su t nica eclesiástica la ficcion liberalesca, no es ni más ni m enos que Kennebel jugando con la mariposa.

 Creeis que la verdadera crítica de la histo-

ria que se ha de escribir andando el tiempo no participará de estas opiniones?

¿Han sido muchos de los hombres célebres menos clowns por haber tenido el mundo por público?

El clown gimnástico de hoy es esencialmente imitador. Se pinta la cara, como las mujeres; se peina, como los maridos condescendientes; viste con extravagancia, como los elegantes; habla gerigonza, como los académicos cultos; hace reír con sandeces, como los periodistas hueros; y se aplaude, como algunos escritores dramáticos. Este clown es el quita-pesares de niños, provincianos, horteras y doncellas de servicio; cuesta dinero y no tiene matiz determinado.

Hay clowns especialistas, diseminados por esos mundos, puestos al alcance de todas las fortunas; clowns de la ciencia, de la industria y de la política.

Los médicos charlatanes, los abogados difusos, los filósofos oscuros que imitan el lenguaje, las costumbres científicas, los defectos, las genialidades de los sábios. Los eruditos de lance, ratones de biblioteca, cuyos escritos son literarias tortillas de prosáica materia original con tropezones de pensamientos, máximas y dísti-

cos ajenos; caricaturas del hombre de ciencia y benedictinos de pastaflora. Los críticos entecos, que faltos de vigor para derribar de un golpe una reputacion falsa ó un nombre robado, se entretienen en hacer reflexiones sobre la pobreza de los argumentos, la falsedad de los caracteres ó la puntiagudez de los chistes. Los moralistas de folletin; los censores que en libros con dedicatoria á personaje encopetado pretendan igualar la elevacion de los filósofos, y solo consiguen, á fuerza de bailar la paradoja sobre el alambre del insulto, hacer reir al lector que les tolera sus bromas. Hé aquí algunos ejemplares de los clowns intelectuales.

Son clowns especialistas industriales, baratos y más económicos que los citados, esos anunciadores de la isla de Jauja, que en proyectos y periódicos encomian empresas, levantan el crédito de sociedades, ensalzan maravillas de medicamentos, pregonan inverosímiles cualidades de cosméticos, centuplican la confortabilidad de una fonda, y prometen hacer felices á los hombres con sus incomparables productos, originarios de cualquiera de los reinos animal, vegetal ó mineral; de cualquiera de los mundos de la materia ó del espíritu; de cualquiera de los órdenes, séries ó géneros en

que puedan clasificarse las invenciones, trabajos ó charlatanería de la humana industria.

En la política abundan mas los clowns. El necio que caracolea ante la opinion en proclamas hinchadas y huecos manifiestos. El que finge noticias importantes, emanadas de los altos círculos. El que atribuye extravagantes planes á determinados diplomáticos. El que ignora lo que todos saben y marca el dia de un levantamiento. El que habla con misterio, aventura medias palabras, exige el mayor secreto y, pare un raton... Ese es un clown.

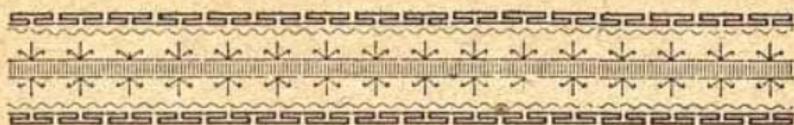
El que se llama D. Nadie, y se apellida don Candidato para llamarse despues Sr. Diputado. El que conoce de vista á los ministros, sus actos de oidas, y vende proteccion. El que no ha leído la historia y la aplica á todas las situaciones, solo porque ha escuchado el rum-rum. El que truena contra la administracion y solicita un empleo. Ese es un clown.

El que no cree en la virtud cívica. El que desconfía de la fé política. El que niega el criterio general. Ese es un clown.

El que relata sus méritos para atenuar una apostasía. El que renuncia un sueldo de tres pesetas por no estar conforme con la política del Gabinete; clown, y clown.

Basta de payasadas; á divertirse, pues; ya conoceis los clowns especialistas, en los teatros, en los congresos, en los ateneos, en salas y salones, calles plazas y plazuelas, trabajan gratis, ó por poco dinero.





UN ASESINO DE CORAZONES.

SERÁ bueno que el lector suelte tres carcajadas previas antes de pasar adelante, y si no está de humor para ello, la soltaré yo, que no me cabe la risa en el cuerpo desde que he conocido á un asesino sobre cuya cabeza llueven los epigramas de cuantos tienen el gusto de tratarle.

Es el tal, no diré un hombre, pero sí un mozo empedernido en el feo vicio de las conquistas femeniles; de alma atravesada, y corazón de hiena, que hechiza con la apostura, hiere con la sonrisa, mata con la mirada á cuanta boba núbil, jamona angustiosa y carantoña ri-

ca tiene la desgracia de penetrar en el círculo magnético que le envuelve.

Pertenece á esa raza de criminales llamados asesinos de corazones, acerca de los que conviene disertar un poco por via de introduccion.

El asesino de corazones es un tipo aclimatado en todas las clases sociales. En las altas, bajas é intermedias se encuentran variantes de este individuo, nacido siempre de un abrazo que el amor propio da á la estupidez. Apenas viene al mundo, la ignorancia le amamanta; luego, la ociosidad le educa, la exageracion le viste, la fatuidad le insufla y la fachenda le perfila. Su padre le presenta en sociedad, y lo demás corre de cuenta propia.

Si su posicion se lo permite, trabaja en grande escala; si su estado es precario, se contenta con lo que tiene; pero no pierde de vista un solo momento el fin para que ha sido creado. El término de sus aspiraciones es la satisfaccion; y para lograrla se vale de la mujer, explotando la figura con que la naturaleza le dota en cambio de la inteligencia que le niega.

Es ignorante como los asesinos de hombres, estúpido como muchos buenos mozos, iliterato como los ociosos, presumido como los elegantes obligados, vulgar y casquivano como las muje-

res que seduce. No sé por qué se le llama asesino de corazones; pues las inocentes y taimadas que sacrifica suelen carecer de corazón, y á lo más tienen en su lugar un pedazo de carne.

Los hombres sensatos le ponen coraza para que sirva de irrisión; las mujeres decorosas, empalietadas con la estimación propia, aguantan sin zozobrar las andanadas que despide.

Es el único asesino que goza de impunidad, porque los castigos que el código del buen sentido le impone, le afectan poco: él mismo es su mayor castigo; y cuando sus facultades físicas se eclipsan, cuando vé palidecer el astro de su fortuna, se dedica á llorar la suerte perdida, colocando los restos de su grandeza donde los quieran tomar.

Este tipo existirá siempre. Mientras haya buenos mozos tontos, y mujeres antojadizas, habrá asesinos de corazones.

El *mío*, el original que yo poseo, y que mi buen humor explota hasta la avaricia, pertenece á la clase media, y es delicioso, aunque asesino. ¡Ah! Si le pudieras ver, lector amado! Si al menos le pudieras oír! Treinta años tiene el zángano; está en la flor de su edad. Acostumbra llevar las botas relucientes, el pantalón estirado, la levita sin arrugas, el sombrero derri-

bado, la corbata chillona, y cadena de reló con redundancia de dijes: adoba la cabellera con pomada y la barba con brillantina.

Mirado de espalda, todo es perfilado en él, desde los tacones hasta la copa del sombrero; contemplado de frente, todo es llamativo, de los piés á la cabeza; examinado ligeramente, todo es comun, desde la barbilla hasta las cejas: de aquí para arriba todo es cero.

La accion es afectada, la conversacion insulsa: su brillantez está circunscrita á la de las garrambainas que se cuelga; su agudeza reside en la punta de los bigotes.

Ha leído algunas novelas, releído varios libros inscritos en el índice de la Honestidad, y aprendido de memoria unas cuantas imitaciones ó falsificaciones byronianas y esproncediacas, resúmen de su educacion literaria.

Los tontos le envidian, los sensatos le ridiculizan, las listas le trastean, pero las bobas le entreven en sus ensueños.

He tenido ocasion de compulsar un libro recapitulativo de sus crímenes, en el que figuran cien víctimas, distribuidas en las siguientes clases: veintitres doncellas de labor, veinte modistas, diez y siete casadas á disgusto, trece patronas de huéspedes, diez actrices secundarias,

siete poetisas románticas, cuatro viudas propietarias, tres busconas de alto copete, dos marquesas viejas y una señorita andariega. Crímenes que le han costado amargos sinsabores, riñas tempestuosas, gazmoñas recriminaciones, patéticas escenas, abundantes cohechos, largas horas de velada, infinitos escarceos, innumerables fingimientos y pocos cargos de conciencia, porque ¡ay! hacen tan escasa resistencia estas infelices víctimas...!

Sin embargo, no ha podido realizar su bello ideal, que reviste tres formas distintas: robar al cláustro una vírgen consagrada, uncir á su carro una diva de *primissimo*, ó alcanzar la blanca mano de una rica heredera. Sus artimañas se han estrellado contra las paredes de los conventos; su petulancia le ha delatado en los cuartos de las cantantes; sus pretensiones no han logrado echar raíces en el ánimo de una jóven acaudalada. Acaso caiga de su pedestal sin haber realizado alguna de sus aspiraciones supremas.

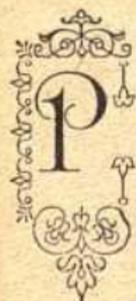
Pero mientras haya en el mundo mujeres que solo miren al hombre de abajo á arriba; mientras existan esos séres incompletos, de imaginacion escasa ó viciada, de virtud dudosa, ó de naturaleza volcánica; mientras se es-

tilen esos ángeles caídos que pierden las brillantes alas y el divino espíritu en sus luchas con la corrupción social ó con el fuego de las pasiones, no faltará materia para los asesinos de corazones, ni dejarán su oficio mozos que, como el delineado, pasan por la tierra sin haber arrojado en ella un solo grano de la semilla que produce el bien; y cuya memoria se extingue entre los sarcasmos de los que creen que el asesino de corazones es tan merecedor de un grillete como otro asesino cualquiera.



LOS DE PUEBLO.

PROEMIO



ASA con ellos como con el pueblo, que os le fingís poético ántes de llegar, en llegando, y despues de haber llegado, si es de noche, y á poco de conocerle se os viene encima. Hartos de contestar á las repetidas frases urbanas con que vuestros huéspedes os desean profundo sueño; quebrantados aún por el ajetreo de la diligencia ó gale-
ra, os asomáis al ancho balcon del ancho aposento que os destinaron. La limpidez de la luna en claro cielo os permite ver la plaza con los arcos y postes que sirven de sostén á los soportales de las casas y de adorno al sitio; la

espadaña de la humilde iglesia, que toma grandes porciones, elevándose sobre la masa del caserío, eleva también vuestro pensamiento, alzándole de la mezquina realidad sobre que abatió su vuelo. Estos detalles os predisponen á prometeroslas muy felices. No es verosímil que durante vuestra corta permanencia en el pueblo os suceda percance alguno. Esas gentes no pueden ser malvadas.

Malvadas, no; pero suspicaces, llenas de envidia, de ruín pensar, de escasa cultura y extraordinaria afectación, sí: defectos que os darán algún disgusto, ó arrojarán feas sombras, al menos, sobre el arcádico cuadro que habíais abocetado con la fantasía.

En la oscura masa de casas que delante de vuestra vista se extiende, hay una botica donde mañana se hará befa de vuestro aire y porte; una tienda mentidero donde, con antelación á vuestra llegada, se ha dicho que íbais al pueblo á buscar novia, á comprar una finca, un juez, ó algo vendible; á registrar papeles de herencias; á pasar una temporada á costa de alguien, esperando la fiesta del pueblo. ¿Quién es capaz de adivinar lo que habrán maliciado? No demoreis, pues, el meteros en la cama y descansar de las fatigas del viaje, y soñar con la sen-

cillez de los campesinos, que ya despertareis bastante á tiempo para que la iglesia os parezca pobre, ruinoso; la plaza desigual, horrible; las estrechas calles sucias, incómodas; los de abajo mentecatos, y los de arriba ridículos. Sin hacer mencion de las comidas, que serán detestables.

EN VISITA

El forastero.

Doña Balbina. Dueña de la casa en que se hospeda el forastero. Cincuenta y tantos años, corpulenta, morenota, totalidad del pelo, pero entrecano. Se balancea al andar. Sus manías son: mucho madrugar, mucho pan á los criados, y mucha ropa blanca en las cómodas. Aficionada á la iglesia. Muy redicha cuando hay gente fina. Lleva los calzones ilustradamente, sin hacer sentir la tiranía al marido. Bastante linajuda.

Don Eusebio. Dueño honorario de D.^a Balbina, que manda en él, y de la casa, donde no dispone nada. Es callado, se somete, y para que consten sus derechos, riñe todo el santo día á la servidumbre, que no le hace caso. No tiene pelo de tonto. En el pueblo es célebre por sus caídas.

El señor cura. Amigo de la casa, entrado en los cincuenta, también un poco redicho, carrera abreviada, algunos bienes, y sano como una manzana. Buenas costumbres, buen diente y buena puntería. Exceptuadas las personas de viso, llama de tú á todo el mundo.

Don Miguel. Cuñado de D.^a Balbina, por estar casado con una hermana de ésta. Es un extravagante que habla como si estuviera loco. Pasa por sábio, gracias á unas cuantas ideas extrañas que repite, y á algunas desvergüenzas que se le toleran. Su especialidad es tomar la palabra en medio de un corrillo de simples y de chicos, junto á la fuente ferruginosa de la alameda, intercalando cuentos, latinajos, picardías sobre las mujeres, y sucesos de cuando los frailes.

La familia de D. Liborio. Boticario, boticaria y heredera de la botica. Son conocidos por lo tragones. El jueves de cada semana hacen gran acopio de comestibles en el mercado; el viernes dan cuenta de ellos, y por la noche prepara D. Liborio, invariablemente, la toma de magnesia de que la familia hará uso el sábado por la mañana.

Lucía. Señorita de la casa. Veintitres años, buenas carnes, alta, blanca. No se ha casado

aún, porque las pretensiones de D.^a Balbina son injustificadas. En cierta ocasion pudo casarse la chica con un ingeniero agrónomo, que paró en el pueblo, en comision del servicio; mas enterada la buena señora de que el ingeniero no era sino un triste agrimensor, se opuso tenazmente á que continuaran las relaciones. Como golpe de gran efecto, cogió á Lucía de la mano, la sacó fuera del portal, le mostró el enorme escudo de armas que campea bajo un balcón, y le dijo, entre solemne y amenazadora:—¡No deshonres esas armas!—El escudo, acuartelado y lleno de chirimbolos, alusivos probablemente á los apellidos de los ascendientes de D.^a Balbina, propietaria del edificio, estaba rematado por una celada sin barretas ni rejilla, para indicar escudero ó noble de nuevo cuño; total: nada entre dos platos.

Lucía exagera la moda de la capital de provincia, donde ya exageran la de Madrid. Es apasionada del baile, vive en constante expectativa matrimonial, tiene la facultad de ver la parte cómica de las personas que la rodean, entiende de negocios agrícolas, se sabe de memoria los trajes y joyas de las señoras y señoritas de la localidad, así como los trapicheos de los jóvenes, á quienes alude indirectamente.

De piés y de manos no anda muy correcta aunque sí de cintura y busto.

Secundarios individuos de ambos sexos. Guasones, partidarios de lo antiguo, intrigantes, honrados á carta cabal, ridículos, etc.. que van entrando ó saliéndose de la visita. Algunas madres llevan niños de pecho, los cuales imitan en sus llantos y desahogos los sonidos que perciben. Uno, cuando se queja, imita al gato; otro gime como si piara un pollo; otro copia, al desesperarse, el chirrido de las carretas; y así de los demás.

La visita se verifica en una sala espaciosa, cubierta de esterilla blanca. Las paredes, empapeladas á grandes ramajes, con el color decaído por el tiempo. Sobre el sofá voluminoso, de antiguo raso amarillo, un mal retrato al óleo, descascarillado, del respetable padre de D.^a Balbina. Juego de sillería con el sofá. Cómoda con imagen de talla. Consola con floreros y espejo dorado.

El señor cura.—¿Conque el forastero piensa honrarnos una temporadita? Hasta concluidas las fiestas no debía Vd. abandonarnos. Verá Vd. á los jóvenes correr sortijas, dar alguna novillada...

Doña Balbina.—Y la procesion del Santo,

que es lo que hay que ver. En la villa, y eso que tiene colegiata, no se celebra con tanta pompa. El manto de la Virgen solo vale un dineral.

El forastero.—Es muy posible que prolongue mi estancia, abusando de la amable hospitalidad de estos señores.

Don Eusebio.—Nada de cumplidos.

Doña Balbina (echando una mirada á su cónyuge para mandarle callar).—La hospitalidad es de Vd., caballero. Aquí poco podemos ofrecerle, como no sea la buena voluntad. Ya sé que en la capital nos miden Vds. á todos los lugareños por un *brasero*; pero crea Vd., don Joaquin, que hay lugares de lugares, y personas de personas.

El señor cura.—¡Oh! en cuanto á eso, yo siempre he tenido un odio *cerval* á los que emiten juicios *supérfluos*, sin enterarse bien de las cosas. Pero de la murmuración nadie sale *iluso*.

Don Miguel.—*A fulgure et tempestate, liberanos, Domine.*

Lucía.—Ya dijo tío una de las tuyas. Hable Vd. de modo que lo entendamos todos.

Don Miguel.—Buenas estáis las mujeres. Del ganado rabon no hay que fiarse.



Una.—¿Pues, tan mal le ha ido á Vd. con ellas? Pequeña prisa se dió á casarse apenas enviudó.

Don Miguel.—Las garras de Luzbel alcanzan de muy largo.

Doña Balbina.—Tú siempre tan sentencioso, por no variar.

Uno.—¿Y qué le parece al forastero de este pobre corral de vacas?

El forastero.—A la verdad, aún no he podido apreciar...

El otro.—No tenemos una plaza como la de Berruenco, ni una campana como la del Cristo de Ruidaza, que se oye desde aquí, cuando hay calma; mas en lo tocante á casa consistorial y cielo, ya nos las podemos apostar con cualquier pueblo de la provincia.

Lucía.—Algo habría que decir sobre eso del cielo, y ya ven Vds. que yo soy de aquí. En verano hace un calor que se asan los pájaros, y en invierno...

Una.—Hija, no digas que hace frío en invierno.

Doña Balbina.—En invierno no puede hacer frío, porque llueve más que el Tostado. Sólo que á ésta, desde que estuvo hace cuatro años á pasar un mes con sus primos de Valladolid,

todo le parece mal en el pueblo que la vió nacer. Pues, aquí has de morir y vivir, como no venga algun *argonáuta*, de esos que andan por las novelas que lees las muchachas de ahora, á casarse contigo.

Lucia.—No me hacen á mí falta argonáutas, ni tipos semejantes. Pienso que me entierren con palma, que es lo más grato á los ojos de Dios.

Una.—Vamos, que eso lo dirás con la boca chiquita. Ahí tienes á la del sordo que decía lo mismo, y acaba de casarse ¿con quién? con un oficialillo de la remonta.

Doña Balbina.—Oye, Crescencia, mi hija no tiene necesidad de oficiales, ni de remontas, para maldita la cosa. El buen paño en el arca se vende. Que comer no le ha de faltar; y la consideracion á que es acreedora per su nacimiento. De modo que puede y debe esperar un buen partido hasta las *calandrias* griegas.

La otra.—¡Jesús, María y José! ¡Aunque hubiera dicho yo alguna herejia! La del sordo...

El forastero.—Vd. dispense que la inturumpa. ¿Ese sordo es aquel magistrado que se retiró de la Audiencia por no sé qué chanchullo en que no quiso intervenir?

El señor cura.—El mismo: persona de su-

mo repeto y carambolista de primer orden. Pero han dado las hijas, como se ven sin madre, en abusar del pobre Valderraza, y aunque la casa está *herméticamente* llena de todo, y podían ser las reinas del pueblo, las malas lenguas les atribuyen no sé qué devaneos...

Una.—Y no es eso solo. Ellas fueron la causa de que su papá riñera con el hermano que tiene aquí, D. Sandalio, esc ricachon de la quinta que habrá Vd. visto al empezar la carretera. Por cierto, que las hijas de D. Sandalio y ellas ni saludarse, ni oirse mentar unas á otras. Ese es el mal que tenemos aquí. cuatro familias, como quien dice, y cada una por su lado.

Don Liborio.—Los pícaros intereses. ¡Y qué poco los hemos de disfrutar! Pasan los años en un periquete, y en este mundo se ha de quedar todo para que lo gozen, acaso, los menos dignos.

Don Eusebio.—Por eso es mejor comérselo en vida: ¿verdad, boticario? Y, á propósito, Balbina. Podían sacar unos bollos y unas copitas, á ver qué le parece á D. Joaquin el barril de lo añejo.

El forastero.—Agradezco mucho el obsequio, por mi parte.

Doña Balbina.—Pero, un par de bollos y un sorbo... Eso abre el apetito, y aún falta una hora para comer.

El forastero.—¡Ay! señora. Si me han hecho Vds. tomar á las siete un enorme jicarón de chocolate, con un púlpito de leche, y á las nueve y media magras fritas.

Don Miguel.—No se ande V. con melindres, que en este pueblo no hay más teatro que el comer, ni más diversiones que el beber. Es necesario pasar el tiempo como Dios dispone en sus altos designios. Allá, en la ciudad, tienen Vds. paseos, bailes, espectáculos á porrillo; á los pobres lugareños nos no quedan otros recursos que la tajada limpia y el trago tendido.

Doña Balbina.—Ya sé que D. Joaquin tomará un par de bollos, aunque no sea más que porque yo misma los he hecho.

El forastero.—Oro molido que fuera.

El señor cura.—En eso doña Balbina, y no es porque esté presente, es una *incompatibilidad* como hay pocas en la provincia.

(Se reparten bollos y copas á los concurrentes.)

.

EN EL CASINO

Despues de comerse media docena de bollos y tirarse al colete otras tantas copitas, con un cumplido por bollo á doña Balbina, y un elogio por copa á D. Eusebio, el forastero come en familia, atragantándose á cada plato. Concluido el feroz martirio de la comida, le llevan á dar una vuelta por mal empedradas calles, en una de las cuales se sostiene en pié cierto casaron destartalado, donde la juventud tiene su casino. Un billar desnivelado y con el paño roto, media docena de mesas cojas, con sillas de paja alrededor, componen el mobiliario, que desaparece totalmente cuando se dan bailes de sociedad. Sobre una mesa, mayor que las demás, colocada en habitacion aparte, que se llama gabinete de lectura, hay un número estropeado de *La Ilustracion*, y cuatro periódicos políticos, dos de ellos recomendados por el Ministerio de la Gobernacion al Ayuntamiento.

En el Casino tiene que volver á tragar el forastero una cantidad de líquido, si es tarde en que, por fortuna para él, no hay organizada alguna merienda, producto de alguna apuesta

irracional. Allí conoce á la nata y flor de la juventud, á la generacion que hará la felicidad del municipio, de un dia á otro. Los futuros alcaldes, propietarios, influyentes, están allí en gestacion, sin contar á los que estudian fuera, porque esos, exceptuando un seminarista y dos ó tres abogadillos de lujo, no radicarán en el pueblo cuando hayan tomado el título.

Allí verá al señorito de pueblo, vago por excelencia, desaliñado, que se cree bien ante las damas, presentándose de cualquier manera. Caza y monta con afán, si no con habilidad, y malgasta el sentimiento en aventuras amorosas de baja ralea. Porque así como á la señorita de aldea se la supone hábil para casarse con un quidam (aunque D.^a Balbina no lo piense) al señorito jamás le encuentra la familia novia correspondiente á sus méritos.

Tambien hará relaciones con el solteron, misterioso caballero del vecindario, á quien roban los criados y maneja una anciana que le vió nacer, ama de llaves en el hogar doméstico. Tiene por rasgos distintivos la pesadez en el andar y en el obrar, como si la pereza y la vagancia le hubieran convertido en plomo.

Igualmente conocerá al negado, especialidad en comenzar varias carreras y no poder con-

eluir ninguna; jóven de quien los padres ya no se prometen nada, y cuyo porvenir es una boda de conveniencia. Y al forzado, el primero en tirar la barra, el único que desenclava la mesa del billar, y se lleva un pollino debajo del brazo.

Entre las personas establecidas, le serán presentados: el abogado vulgar, que pasa por un Licurgo; el escribano travieso, de quien se cuentan horrores; el médico hablador, sospechoso por sus tendencias volterianas; el comerciante cuco, dueño de la única tienda de camisería, trajes y modas, que embellece la plaza, y en cuyo escaparate se lee en letras doradas, sobre bruñido cristal: *se habla español*, á imitacion de algunos establecimientos lujosos que el dueño vió en su viaje á París.

Y así sucesivamente, irá conociendo la sociedad escogida en cuyo contacto ha de estar mientras sus negocios le obliguen á ello. Menos mal si no tiene que habérselas con los gramáticos pardos de la escala inferior, porque entonces sacará en limpio lo que el negro del sermon. ¡Tanta es la suspicacia y mala fé de los lugareños entre merced y señoría!

¡ADDIO!

Teneis por singular placer, á gran dicha, el abandonar aquel hacinamiento de casas y de miserias humanas. Cualquiera que sea vuestro medio de transporte, vais dejando atrás, con mayor ó menor velocidad, quintas, huertos, plantíos ó mieses.

Ya no sumergís vuestra atencion contemplativa en el puro seno de la naturaleza, como ántes; ni busca vuestra mirada la línea ondulante de colinas y crestas montañosas que recortan el cielo. Cuanto habéis oído en el pueblo se os agolpa á la memoria, y todos los terrenos que váis perdiendo de vista, se os antojan semilleros de discordias en las familias, surgientes de odios entre vecinos, túnica de la diosa Ceres, sobre la que echan suertes desalmados campesinos.

Es necesario un gran trascurso de tiempo para que el olvido cicatrice en vuestro poético organismo las heridas que la realidad abriera; mas nunca dejaréis, aún despues de curadas, de reconocer que cuantomás grande es la poblacion que visitais ó en que vivis, mayor cultura une á los hombres, dulcificando las costumbres y

suavizando la lucha de los intereses encontrados.

No pueden las almas delicadas ofrecerse á los amorosos regalos con que la naturaleza las solicita sino es en la soledad, apartadas de esos grupos de seres racionales que constituyen los lugares y aldeas, los cuales seres, por sí, y por regla general, desconocen la tranquilidad de que los suponemos disfrutando.



EL PARAISO DEL REAL.



Así se llama la *cazuela* del teatro de la Opera.

Algunos intransigentes, de esos que hacen ascos á las palabras, y se embadurnan con las cosas, exigirán la supresion del término *Real*, y me llamarán reaccionario; pero yo, rindiendo culto á la costumbre, cargaré con los ocho cuartos y medio de oscurantismo, toda vez que en buena moneda no forman una partícula del oro de la reaccion.

I.

El Paraiso del Real, como todo lo grande, es

indescriptible; puede tomársele bajo sus múltiples formas, y ser examinado bajo diversos puntos de vista; jamás se dará de él una idea exacta, ni una completa descripción.

Visto desde el escenario, tiene la figura de un bordado en cañamazo para zapatillas; lleno de gente, se asemeja á una de esas *glorias* con que los pintores han cubierto techos y paredes de suntuosas iglesias, escalonando los santos, alineando los mártires, y agrupando las vírgenes; gloria ó *paraiso* donde no se percibe á Dios, ni se vé el cielo abierto, y donde, á decir verdad, abundan los santos varones, y se compensan la falta de vírgenes con sombra de mártires.

Como todo lo complejo, socialmente hablando, el *Paraiso* está lleno de contradicciones. Sus pobladores se hallan encumbrados sobre el resto de los asistentes á otras localidades, y, sin embargo, son los más pobres. Llámase *paraiso*, y es infierno por el calor, purgatorio por lo incómodo y limbo por lo inocente de sus costumbres. Admirable lugar que oponiéndose á todas las teogonías resume las mansiones de los goces y de los tormentos en una sola, lo cual se habia tenido siempre por imposible.

Allí llega el sonido más tarde, y se aplaude primero.

Nadie se inspira ni respira en el Paraiso, solamente se aspira; pero á cosas bajas, y no á *la más altas empresas*, como es esencial de las aspiraciones nobles.

Carece de atmósfera, y es el más habitado de los planetas; contradicción terrible que da al traste con las teorías y prácticas que han labrado la popularidad de Flammarion.

Llamo planeta al Paraiso, y daré mis razones... imaginarias.

El teatro de la Opera es un completo sistema solar. El aparato de alumbrado es el Sol, porque da luz á todos los cuerpos opacos; las tres herraduras que forman los palcos y plateas, constituyen á Saturno, de anillos brillantes; el cuerpo de baile, es Vénus; el escenario, lo más apartado, con su imponente maquinaria y fábrica de tempestades, es Jupiter el Tonante, *Deus ex machina*; los cantantes, desde el primero hasta el último, componen á Saturno, que es un mundo de satélites; Mercurio, Marte y Neptuno, ocupan el *parterre*; y el Paraiso es la Tierra (nueva contradicción), siendo la Luna la orquesta, de la cual nunca vé ni verá el Paraiso más que la mitad; luna que sigue las re-

voluciones de este, le encanta por las noches, protege á los enamorados que alberga, é influye en sus marcas.

En el Paraiso hay luz, calórico y electricidad: mareas...de sudor; cordilleras, que le accidentan en su extension, y particularmente una zona tórrida, que no quiero indicar, donde se colocan aquellas criaturas que necesitan muchos grados de calor para su medio ambiente.

II.

Así como las teorías de Darwin suponen que el hombre procede del *mono*, (lo cual no es tan disparatado como afirmar que procede de una pella de barro, buena, cuando más, para fabricar un puchero) yo supongo que el concurrente al Paraiso, procede del *a-mono*, esto es, hombre sin moneda.

Las radicales *mon* entran á componer la palabra *moneda* en casi todos los idiomas europeos. No digo en todos, pues ignoro cómo se dice moneda en ruso y en polaco, aunque bien podría aventurarme á asegurar que en ruso se dice *monoff*, porque en la lengua rusa bufan de frío la mayor parte de las voces; y en pola-

co *monoski*, puesto que el diccionario en Polonia es un hospital de palabras constipadas.

Efectivamente, concurrente á Paraiso del Real, es sinónimo de tronado. Díganlo por mí los empleados de corto sueldo, los estudiantes humildes, las señoritas menesterosas, los pollos de poca pluma, los aficionados de enjuta bolsa, y cuantos pueblan la vasta superficie de aquella localidad.

III.

Para hacer una exacta clasificacion de los habitantes del Paraiso, es necesario un método.

Conste que, careciendo de método, opto por el capricho.

Se dividen, pues, en hombres, mujeres y neutros.

Los hombres se subdividen: en inteligentes de veras, inteligentes por sufragio universal, abonados y buenas personas.

Las mujeres: en artistas, alumnas, aventure-ras y discos.

Los neutros: en viejos, viejas, niños, mamás de tapiz, provincianos y primerizos.

Los inteligentes de veras son unos desgra-

ciados que entienden de música, se apasionan del arte, y sufren torturas horribles por no poder arrellanarse en una butaca del parterre. Son enemigos mortales de la *claque*, ignoran que al Paraiso van mujeres, y escuchan con religiosa atencion los menores detalles de la orquesta, y los infinitesimales escarceos de la escuela de canto de cada artista. Suelen apoyar la cabeza en las manos y cerrar los ojos, para oír mejor.

En sus conversaciones artísticas manifiestan un desprecio profundo hácia los críticos musicales; pues saben que estos señores trabajan por la *buona mancia*, generalmente hablando.

Los inteligentes por sufragio universal son todos aquellos que aplauden ó silban porque les da la gana.

Hay una preocupacion en el público madrileño, y es la de creer que el Paraiso del Real es inteligente en música. Merced á este sufragio universal, los más solemnes botarates del colegio de San Carlos, de la Universidad, y de otros centros donde se reúne la juventud entendida con la holgazana, se creen autorizados para exhibir su ignorancia artística en el Paraiso, mediante los cuatro ó seis reales de entrada, y la osadía que jamás les abandona.

Los abonados viven completamente aburridos; van al teatro por costumbre, por no saber qué hacer, por matar el tiempo, por enamorar, y por no tener más que una peseta ó peseta y media para sus vicios nocturnos.

Se les conoce en la actitud; están siempre echados sobre las gradas, mirando al techo, á las paredes, á las chicas; viviendo en las Batauecas, en íntima relacion con las musarañas.

Y esto se comprende. Que la compañía sea buena ó mala, que haya mucha ó poca gente, se tragan todas las temporadas media docena de óperas, repetidas hasta la saciedad. Saben de memoria el libreto, la partitura, las decoraciones y los trajes.

De las buenas personas no debiera hablar; son unos tunantes que van al teatro, porque en la escuela de las costumbres se pueden aprender las buenas, y practicar las malas.

Con aire de candidez, están á la que salta, inspiran confianza al verles profundamente atentos á la música, engolfados en las sublimidades del divino arte; y luego resulta que el que no corre vuela... con las manos y con los piés.

Estos bribones son las almohadillas de los

discos. Los que sepan lo que es una máquina eléctrica me comprenderán.

IV.

¡Pobres mujeres! Tan delicadas, tan sensibles, expuestas al calor, á los pisotones, á los ensamblamientos, por no decir estrujones, del Paraiso!

Y á pesar de tales inconvenientes van allí. Exigencias del *sacra fames*, que dijo un poeta latino, de *la maldita necesidad*, que dicen los prosistas españoles.

Van las artistas, porque en su pecho llevan un instrumento de sin igual armonía, el corazón, que vibra unísono con las pasiones amorosas que el canto expresa. Van las alumnas, porque dedicadas á la carrera teatral, necesitan aprender de los artistas notables, y recibir impresiones que modifiquen sus estudios y alienen sus facultades.

Pero las que no debían ir nunca, para las que se debía poner á las puertas del Paraiso del Real un guardia civil con sable desenvainado, á semejanza del ángel de flamígera espada, que, según las crónicas, puso el Señor á las puertas del Paraiso terrenal para impedir la

entrada á Adán y Eva, son las aventureras y los discos.

Las aventureras buscan novio, ponen en juego sus atractivos para flechar á un incauto, ó representan el papel de víctimas, llenas de gozo interior, papel que se reduce á sufrir las impertinencias de los hombres atrevidos. Su bello ideal es acoger benévolas una declaración amorosa, de esas que los Tenorios de ciento en boca llevan siempre dispuestas en la punta de la lengua ó en el tarjetero; porque hay hombres que llevan en el bolsillo el amor hecho y en papeletas como dosis medicinales.

Las mujeres discos son más punibles que las aventureras, pues, como hemos indicado ya, se cargan de electricidad por el sistema de las almohadillas.

Al género neutro pertenecen los viejos inofensivos, las viejas rodrigones, las mamás que permanecen neutrales en las batallas de amor que entre sus niñas y los hombres se libran, los provincianos que van al Paraiso, atraídos por la fama que de espacioso tiene el teatro Real, y los que por primera vez se aventuran á pasar cuatro horas agridulces.

Los provincianos y los primerizos son conocidos al momento; tienen, durante el espectá-

culo, estereotipada en el rostro una expresion que tira á significar la siguiente interpelacion: —¿Este es el careado coliseo?

V.

La materia es inagotable, variados los tipos del Paraiso.

Hay una *claque* organizada, indigna, como todas las *clagues*, que atormenta al público, é inspira tédio por las empresas.

Hay los que á fuerza de gritos, silbidos, y otras manifestaciones impropias del teatro, pretenden apagar el fragoroso manoteo de los aplaudidores de oficio.

Cuando los entreactos se prolongan un poco, no falta su docenita de alborotadores, que á compás hieren el suelo con el baston; produciendo un ruido digno de la Plaza de Toros. ¿Qué digno? originario de allá, porque eso es lo que tiene el *espectáculo nacional*, una virtud civilizadora que convierte á los caballeros en jayanes. Sólo por el maravilloso efecto de cultura que causan las corridas taurinas en el pueblo y en la juventud estudiosa merecen conservarse. No sé cómo hay naciones que puedan ir á la cabeza de la civilizacion sin contar

en su seno con una partida de artistas taurómacos.

Cuando los *bastoneros* concluyen, satisfechos de la broma, empiezan los imitadores de animales. El uno hace el gallo, el otro la codorniz, el de más acá el grillo, y el de más allá remeda el canto del burro.

Creer las personas de buena fé, que si los muchachos dotados de tan felices disposiciones continúan cultivándolas con aficion, llegará noche en que se oirán ladridos de veras, y rebuznos propiamente tales.

De esta manera, aquella localidad se convertirá en una copia exacta del Paraiso terrenal, en cuyos ámbitos, lo mismo que en los del arca de Noé, resonaba de continuo la más sublime melodía zoológica.

Hay los que durante la representacion leen el libreto de la ópera, quedándose en ayunas del argumento, por atender á la música, y de la música, por atender al libreto.

Hay los partidarios inconscientes, para quienes es buena la música de un autor determinado, y pésima la de los restantes.

Hay los inocentes, que resplandecen de alegría cuando oyen á los cantantes palabras italianas como *fra*, *caldo*, *guarda*, y se maravi-

llan de comprender el italiano lo mismo que el castellano.

Hay los cursis aristóceratas, que no se descalzan el guante, y no cesan de lamentarse de las incomodidades que el Paraiso proporciona.

Hay un tipo magnífico, el desmemoriado, el que todas las noches dice que no se puede parar de calor, de opresion, de aburrimento, y que todas las noches vuelve á repetir sus quejas, olvidándose del tormento de la víspera, y prometiéndose frescura, desahogo y emociones para el dia siguiente.

Hay en el Paraiso una historia, una tradicion, que conservan los antiguos concurrentes. Ellos saben cuál fué la temporada de mayores ingresos para la empresa; qué ópera es la que no se canta hace años; qué artista ha sido el más aplaudido; qué invierno hizo más calor; qué Tenorio ha llevado más sopapinas por meterse en la esfera de accion de las damas decentes; qué director de orquesta es el que hace más gimnasia sobre la silla; qué motines se han armado en aquel planeta; y en qué puntos se ve más racion de escenario.

Hay los misterios de aquellos palcos tenebrosos, abiertos en las paredes laterales, y des-

de los cuales los empleados de la casa ven la gente, y oyen la obra, sin ser vistos ni oídos, á traicion.

Y sobre todo, hay que subir más de cien escalones para llegar á él.

VI.

Para oír una ópera en el Paraiso, es preciso llevar botas y sombrero usados; americana ó chaqué; capa que se dobla y sirve de almohadon; tapabocas para lanzarse á la calle; un puro de estanco, malo, escogido entre los peores, de los llamados *salidas de teatro*, que se enciende al salir y se tira en la plaza de la Comedia; medio duro para entrar, y para convidar á agua á las amiguitas que lo deseen. En la cabeza debe llevarse el argumento completo y detallado de la ópera, para suponer lo que pasa en el escenario; y ántes y despues de todo esto, un grande, inmenso, infinito amor al arte.

Con tales elementos, aún queda tela cortada para renegar de la suerte que prohíbe la entrada en los palcos ó en las butacas á los hijos del dolor y de la mala sombra.

DE LAS BELLAS ARTES

ENTRE LAS CONTEMPORÁNEAS.



¿PORQUÉ se pintan las mujeres?

Por parecer hermosas.

¿Y á quiénes tratan de parecer hermosas?

A los hombres.

Luego los hombres deben agradecer á las mujeres que se pintan el que se pinten. Luego son unos ingratos los hombres que echan en cara á la mujer el menjurje con que se la ilumina.

No hay que darle vueltas. La que se pinta es porque juzga conveniente ó imprescindible poner algo entre el cútis de su rostro y el aire

de la atmósfera, la luz del cielo y la mirada masculina.

Todas las mujeres se han pintado, se pintan y se pintarán de una manera ó de otra. Desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias, y desde nuestros dias á los dias de los demás.

Que las mujeres antiguas se han pintado, lo afirmo por induccion. Si las viejas que yo conozco, pertenecientes á la antigüedad próxima, lo hacen, es claro que lo han hecho tambien las viejas de la antigüedad remota, aquellas que no he podido conocer, porque se han perdido en la noche de los tiempos.

Respecto á las mujeres del porvenir, como la raza humana va degenerando, tengo por indudable que necesitarán los auxilios del arte con necesidad superior á las mujeres de la Era moderna.

Al decir, de una manera ó de otra, significo que unas emplean el carmin de la droguería, y otras el carmin del pudor en sus facciones; colores ambos que ejercen soberano influjo en el tierno y voluble corazon de los hombres. Y si las que no se pintan materialmente (de los polvos ninguna reniega) protestan de mis afirmaciones rotundas, no hallo reparo alguno en

rectificar y contraerme á la cuestion, diciendo que solo se pintan las señoras que lo han menester.

Es preciso convenir—y esto desarmara á los enemigos del procedimiento—que las contemporáneas no se tiñen sino las uñas, los lábios, las mejillas, las cejas, las pestañas y el cabello. No son como las paganas que cambiaban el color de sus ojos á voluntad; ni como las neo-clásicas que guardaban los lunares en una caja. Tambien ha llegado á mis oidos cierto rumor sobre restauraciones, de que en mi calidad de demócrata procuro hacer caso omiso, pues no es prudente nombrar la soga en casa del ahorcado.

Ocioso sería hablar de los medios que nuestras esposas, hijas, hermanas, amigas ó simples conocidas emplean al suplir faltas de la naturaleza, ó al reparar injurias del tiempo. Están bajo el dominio comun y al alcance de todas las fortunas.

Lo mismo digo de los materiales que usan las que se dedican á la escultura individual, ó sea al arte de modelar su propio cuerpo. Porque tambien las hay que, simultánea é independientemente del manejo del pincel (instrumento que embellece lo que toca, lo que existe)

manejan el algodón ó cosa parecida con que se finje lo que no existia; viniendo á ser este arte, cultivado por la mujer, más ilusorio que el de la pintura, y eso que habla, no tan sólo á la vista, sino al sentido del tacto, que es de los más prácticos y seguros que se conocen.

Mucho tacto, á la verdad, se necesita para no incurrir en inconveniencias de bulto, tratándose de ir al mismo. Le escurro, pues, consignando que si la mujer se pinta sola,—y basta para ello con aplicarse los ingredientes delante de un espejo --no le es dado con tanta facilidad modelarse. Al efecto, es indispensable el concurso de la modista, cuya mision en este planeta consiste en ajustar las modas á los cuerpos, y á veces en construir el cuerpo para ajustarle á la moda.

Los resultados de semejante arte influyen, como la pintura, en los ánimos varoniles, y acaso más, supuesto que las contemporáneas, hallando demasiado ámplia la túnica greco-romana, se van aproximando en sus trajes á la apretada sencillez egipcia, delatora de lo que ha de cubrir. Menos mal que las señoras mujeres se modelan y enfundan para agradar á los caballeros, quedando así justificados los medios, en atencion á la rectitud del fin.

Mucho han debatido los estéticos sobre la prioridad entre las bellas artes. La opinion general es que la arquitectura es la hermana mayor, toda vez que el hombre ha construido primero la casa y despues ha inventado las pinturas y las estátuas para adornarla por dentro y por fuera. Pero entre las mujeres, sea porque hacen las cosas al revés de los hombres, como sostienen algunos autores, ó sea porque presiden á sus actos leyes diferentes de las nuestras, las bellas artes han nacido juntas. La arquitectura al par de la pintura y de la escultura, como se desprenderá de lo que sigue.

Sabido es que lo que principalmente determina un estilo arquitectónico es la columna, compuesta de basa, fuste y capitel, y que lo que principalmente distingue el estilo en la columna es el capitel. La mujer, aunque no muy fuerte, al fin es columna de la sociedad; y aunque de poco fuste, por lo regular, y de basa menuda, consta de un hermoso capitel cuyos adornos, suministrados por la misma naturaleza, se prestan á los diversos órdenes que predominan en el arte de construir. Desde el momento en que una mujer quiere producir buena impresion sobre el sexo contrario, tiene la revelacion

de las tres llamadas por excelencia bellas artes. Se pinta, se modela y se construye; quiero decir: se arregla de piés á cabeza, de una vez y todas las veces.

En lo referente al arreglo del capitel, tengo observado que las contemporáneas propenden á lo dórico; dando al olvido, por trabajoso, aquel peinado corintio que usaban ántes, y por absurdo, aquel otro peinado compuesto en que, sobre complicaciones de cabellera, se alzaban triunfantes dos enormes volutas, capaces de amedrentar, por la alegoría, al marido más confiado.

Afortunadamente, las volutas ó cuernecitos son hoy patrimonio de los gomosos, pollos y gallos, que están graciosísimos con los rizos que les pone el peluquero.

Siendo el hombre enemigo natural de la mujer, y vice-versa, he de dar á mis contemporáneas un consejo para que le tomen. Todo lo que sea agrupar con orden el cabello sobre la coronilla, es pureza de estilo, y amontonarlo sobre la frente, es perversion de gusto. Véanse los figurines de la Grecia preponderante y de Roma en decadencia.

Si no es posible acomodarse al clasicismo griego, por lo ménos debe tenerse en cuenta el

italo-greco, que aún es elegante y hermoso, procurando, y esto lo pido postrado de hinojos, no estirar mucho el cabello desde la nuca á la coronilla, dejando escueta aquella region, como lo practican algunas cuellilargas, que parecen mangos de violin.





GARCIA.

(ESTILO CORTADO.)



ació tonto de capirote, y, segun confesion propia, es hijo de padres únicos.

En su adolescencia no pudo aprender el *quis vel qui*, á pesar de los esfuerzos que el dómine de su pueblo hizo para enseñársele.

Por esta razon, la familia determinó que no servia ni aun para cura de misa y olla, que es cuanto hay que decir.

No vaya á creerse que Garcia estaba desprovisto en absoluto de ingenio.

Tenia de cuando en cuando unas salidas que paraban á cualquiera.

Jugaba inconscientemente del vocablo.

Celebrándose una vez en su casa el santo de papá, Garcia, que ya contaba sus doce años, fué admitido á la mesa de los mayores, mientras que en otra aparte se despachaba la familia menuda.

A los postres, cuando chicos y grandes excitados por el banquete armaban una batahola infernal, Garcia se encaró con el autor de su existencia, para interpelarle.

—Dime, papá: ¿No se puede cambiar de nombre á voluntad?

—No, hijo mio. ¿Porqué me lo preguntas?

—Porque yo quisiera llamarme Domingo para celebrar mi santo todas las semanas.

Como se vé, el ingenio de Garcia tiene la propiedad de poner en evidencia su estupidez.

Siendo una carga pesada, los parientes determinaron enviarle á Madrid, despues que por efecto de la suerte se libró de quintas.

Es muy posible que yendo á servir al rey se hubiera despabilado, puesto que dicho servicio suele hacer de los tontos listos y al revés.

No fué así, y Garcia llegó á Madrid con una carta de recomendacion para un personaje influyente.

Era por los años de la última dominacion

moderada, cuando obtuvo una plaza de cinco mil reales en Correos.

Garcia no verificó ninguna reforma trascendental en el ramo de Comunicaciones.

Lo único que se cuenta de él es que escribió *Administracion de Correos* en esta forma: *Hazminystrazion de Koreos*, dando señales de una fantasía á prueba de reglas ortográficas.

Durante el período revolucionario, Garcia fué uno de nuestros más consecuentes cesantes.

No porque rehusara prestar sus servicios á la causa de la Libertad, sino porque la Libertad no quiso aprovecharse de ellos.

Por eso Garcia llegó á desengañarse de la Libertad, y si le apuran mucho no cree hoy en ningun hombre político.

Estas dudas fueron el principio de su sabiduría.

Oyéndole un reaccionario barbarizar contra la Gloriosa, le nombró secretario particular suyo.

Todo el trabajo consistia en copiar al pié de la letra las cuartillas que su protector embozonaba para un famoso periódico clandestino.

Así fué tirando hasta que vino la Restauracion y le pegó un puntapié.

Acabado el periódico y despedido de la secretaría particular por inútil, comenzaron las desgracias sin cuento de nuestro hombre.

Entre la buena sociedad que al aire libre se reúne en la Puerta del Sol ha sido un punto muy conocido.

Por allí se paseaba, sucio el gaban, verduoso el sombrero de copa, triste la mirada, desaliñada la barba, salientes los pómulos, y flojo el andar.

A pesar de su decadencia, la brillante imaginación que tantas galas derramó sobre el lenguaje escrito, en una oficina de Correos, se manifestaba á veces, dejando atónitos á los circunstantes.

Perorando en un corrillo de amigotes, dijo en cierta ocasion esta profunda paradoja:

—Dios ha podido arreglar el mundo de otro modo. Si en invierno hiciera calor y en verano frio, viviríamos en una especie de paraiso terrenal. —

Próximo á sucumbir al hambre, se le tendió una mano caritativa y se agarró á ella.

García entró en la redaccien de una Revista de modas, titulada: *EL HOGAR DOMÉSTICO DE LA CASA, semanario indispensable á toda familia que vive bajo el mismo techo.*

Y entró en la redaccion, no sirviendo por su mala letra y peor ortografía para hacer fajas.

La Revista daba en cada número raciones de novela, moral, crítica, punto de crochet, noticias de la buena sociedad, pasatiempos y geroglífico, exornado el conjunto con poesías de los suscritores, figurines, y música para piano y canto.

Era el arreglo, el puchero espiritual de las familias honradas, á doce reales trimestre.

García se encargó de cortar de los periódicos acreditados cuantas noticias de bailes, teatros, conciertos, cacerías, carreras de caballos, etc. hallara en ellos. *La high life* y el *Sport* en sus espléndidas manifestaciones.

La estrella de García comenzó á brillar, disipadas ya las sombras que hasta entonces la oscurecieron.

Un dia en que el director y los redactores de la Revista se hallaban reunidos, giró la conversacion sobre la moneda falsa que en la actualidad corria abundante.

—Convengamos, dijo uno de los presentes, en que no hay medio de diferenciar las malas de las buenas.

—Si, señor, se distinguen perfectamente, replicó García, en que las monedas falsas no pasan y las buenas sí.

La carcajada que resonó inmediatamente fué casi general.

Casi, porque uno sólo de los que oyeron la réplica, el director, en vez de reirse se quedó pensativo.

Tanta impresion le habia hecho la ocurrencia de García, que llamándole aparte, le ofreció el primer puesto del periódico.

Le ocupaba á la sazón un chisgarabís literario, que bajo el título de *Murmurios del Manzanares* escribia unas revistas de Madrid que partian los corazones.

—Pero, señor director...—objetaba lleno de aturdimiento el pobre tonto...

—Nada, nada, Garcia, el género poético ha pasado de moda. Usted puede acreditar la revista brillante, original, de estupefaccion continuada.

—Haré un ensayo.

—Escribir como se habla, y hablar lo que se ocurre, segun salta en la mollera: esta es la mision del revistero ingenioso.

—Es que no tengo ortografía de ninguna clase.

--Los cajistas y el corrector suelen tener cuidado de eso.

—Tampoco sé una palabra de sintáxis.

—Suprima usted la sintáxis, amigo García.

—¿De qué manera, señor director?

—Empleando el estilo cortado.

En lugar de oraciones complicadas se hacen jaculatorias.

García puso manos á la obra, imprimió lo que buenamente se le vino á la punta de la pluma, y arrebató.

Hoy está á punto de formar escuela.

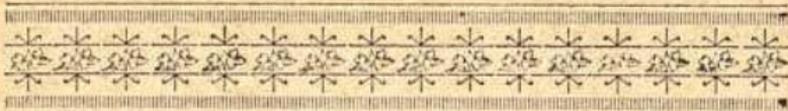
Ha perfeccionado el colmo complicándole, y cultiva el equívoco de doble suspension, con envidiable éxito y sin darse cuenta de ello.

Es el ornamento de los salones en los cuales se comenta la más insignificante de las pocas frases que salen de sus labios.

--¿Cómo no se casa usted, García?—Le preguntó no hace mucho una marquesa del tiempo de Calomarde.

—Señora, no tengo con qué, respondió en seguida el preguntado.

A estas fechas, ni García sabe porqué se rió tanto la marquesa al oír la contestacion, ni el corresponsal de *The New York Herald*, que estaba presente, ha comprendido la cosa.



EL RETIRO.

(TIPOS MITOLÓGICOS).



UEN rato hacia que el rubicundo Febo, despues de tirarse al coletto una copa de néctar *frappé* que Ganimedes le despachara, dirigia el radiante carro del Sol, conteniendo la fogosidad de Ethon y Flegon que á Eous y Pyrois querian anteponerse, y gritando el consabido ¡eh! á fin de que algunas errantes divinidades no fueran atropelladas, cuando me lancé á la calle.

Sin rumbo fijo, y llevado de mi aficion á divagar, marchaba cual otro Belerofonte persi-

guiendo la Quimera, caballero sobre el Pegaso de mi imaginacion.

De las alturas caí en el Retiro, en medio de las estátuas, apenas desbrozadas, aptas, á lo sumo, muchas de ellas para representar lo adunco del personaje que recuerdan.

—Frescas alamedas (dije para mis adentros al orientarme) por donde discurren los feridos de punta de amor; árboles lozanos, que algo pudiérais contar si se os acordase el don de la palabra, como en los tiempos fabulosos; tumultuoso estanque, tumba de arriesgados marinos; geométrico parterre, quincalleria de la naturaleza; intrincados laberintos, donde los que buscan encuentran á las que se pierden; aires embalsamados, que infiltrais la dulzura en el pecho de los madrugadores; pintados peces, pájaros canoros, bramadoras fieras, imperceptibles insectos, yo os saludo. Amenos jardines de las Semíramis de sotabanco, Hespérides de la gente de escalera abajo, Eliseos de los horteras, Chipre de los cesantes, Pafos de los provincianos, nunca bien ponderado Retiro, la paz sea en tus ámbitos.—

Satisfecho de esta muestra de urbanidad, me dirigí al estanque, que ofrecia un espectáculo singular.

Un caballero, llamado Ulises, que habia madrugado para proseguir cierta aventura amorosa, y cuya Penélope estaría entretenida en teger y desteger la urdimbre de la fidelidad, agitada por inquietos sueños, habia fletado un buque y en union de otros compañeros de fatiga surcaba las tranquilas aguas.

Internáronse en alta mar; asustando á los delfines, patos y peces colorados con la audacia de su empresa.

De pronto, los pellejos en que Eolo asegura los vientos se desataron; las enfurecidas ondas se arremolinaron, levantando montañas de espuma; el líquido elemento amenazó sepultar la débil cáscara de nuez en los antros de Neptuno. La tripulacion hizo el sacrificio de sus vidas á los dioses irritados. Su votos fueron oidos, aplacóse la ira olímpica, y el dios de los mares, metamorfoseado en marinero del estanque, acudió á prestar auxilio con una lancha, conduciendo á los infelices al embarcadero, donde una Calipso de los Bufos, que habia dado cita á Ulises en aquel punto, le acogió con la sonrisa en los lábios, desechado ya todo temor.

Calipso y varias ninfas de su séquito, acompañadas de Ulises y los náufragos, se fueron á la chocolateria.

Me interné en un frondoso bosquecillo.

Varios horteras, peripuestos ridiculamente, se entretenían con unas doncellas de labor, las cuales alborotaban la soledad con sus risotadas.

El más bello desórden reinaba allí.

Atalanta corría tras de Hipómene, recogiendo naranjas que este dejaba caer en la carrera, y enseñando las pintadas medias.

Hero y Leandor se distraían saltando un riachuelo, hasta que en uno de los saltos cayeron de patitas en el agua, echándose á perder los recortados zapatos de la doncella.

Filemon, tendido sobre el césped, jugaba con la sombrilla de Baucis que á su lado descansaba.

Ceix alegraba á Alcione, refiriendo anécdotas de color escarlata.

Eco, escondida tras de un árbol, llamaba á Narciso, quien permanecía sordo á los lamentos de la abrasada ninfa; y Píramo llevaba á los labios un pañuelo, regalo de su adjunta Tisbe, en cuyas puntas estaban bordadas las iniciales nominales de ambos sobre el consabido corazón atravesado por la flecha de siempre.

Llegué cerca de la fuente egipcia y murmuradora.

Sentados en banco de piedra se hallaban una robusta matrona y un mancebo como de diez y ocho años que la acompañaba, sin atender este los mal reprimidos afectos que serpenteaban en la conversacion de la dama. El honesto jóven, en amores con una niña, á la sazón ausente, se desentendia del diálogo semi-apasionado, hasta que la matrona, ofendida, le llamó alcornoque.

Tal suceso me recordó á Cibeles enamorada del pastor Atys, á quien convirtió en pino por celos de su amada Sangaris.

Proseguí mi paseo. Al entrar en cierta calle de árboles tropecé con una hechicera jóven que corria en pos de sus amigas. Tras ella renqueaba procaz Sátiro, empeñado en hacerle cocos, y cuya facha hubiera hecho reir á Heráclito. Era un pollo con la cabeza aplastada por los lados, el cuerpo deforme y las piernas en hélice. Llevaba torcidos los tacones de las botas, los puños de la camisa más sacados que limpios, el sombrero planchado á la *aguada* por la lluvia de la víspera, y el traje pidiendo sustituto. Esto no obstante, sobre su hombro izquierdo descansaba con inimitable gracia un gaban ligero, correctamente doblado para que solo se viera el forro de seda, que era apócrifo,

puesto que le habian arrancado de un paraguas inservible.

El sátiro tenia cara de lo que era: muchos pómulos, poca barba, y ojuelos encandilados. Tipos como este abundan en Madrid, persiguen á las bellas, y se divierten en limpiar las telarañas del palacio de la Moda, sin permiso para penetrar en el salon de honor. Tienen pretensiones en el vestir y apenas si comen, por ser los únicos sátiros que no han estrechado amistad con el dios Pan.

Despues dirigí el rumbo hácia el parterre, cuyas flores embalsamaban el aire. Allí ví un poeta melenudo, paseándose muy preocupado, y hablando solo. Era Apolo, distraido en construir endechas para quejarse de los rigores de Dafne la modista; ó en idear algun plan de ataque para vencer a la patrona Python, que le asediaba con sus cuentas.

En direccion al Telégrafo me sorprendió repugnante pareja. El esposo, viejo y contrahecho, llevaba del brazo á su consorte, delicada rubia, atraida al yugo del matrimonio por la accion magnética de dos millones. Iba tan satisfecho Vulcano con Vénus, que no reparaba en el cadete Marte y el pulcro Adonis, entretenidos en conquistarle la esposa. Esta sonreia,

mientras Marte concertaba el pretesto para un duelo con el vil tirano, y Adonis murmuraba el canto *A Jarifa*, abrasando con sus miradas á la víctima inocente...de su ambicion.

Al sentarme un rato, me pidió limosna Erecsiton. Socorríle como pude, y en señal de agradecimiento se sentó junto á mí para darme palique, única cosa que podia derrochar sin arruinarse. Su confidencia trató de cómo habia sido empleado en la direccion de Agricultura, de cómo le habian quitado el empleo, y de cómo en la actualidad, por no tener que comer, se comia los codos.

Céres, diosa de la Agricultura, condenó á Erecsiton á padecer un hambre tan cruel, que el desgraciado tuvo que devorar sus propios miembros, muriendo entre horribles dolores. El cesante habia empezado ya á cumplir la condena.

Enderecé luego mis pasos á los bosquecillos cercanos al patio grande, y me distraje mirando los infantiles juegos del aro y de la gallina ciega, á que se entregaban con ahinco faunos que peinan patillas y driadas que se pintan la cara.

Entré en la lechería por curiosidad. La mesa más próxima á la mia estaba cubierta de

gran número de vasos que llegaban llenos de leche y eran vaciados al poco rato. Cuatro señoras se dedicaban á trasvasar el sustancioso líquido.

Bebian, bebían y bebían.

Aquellas Danaides no colmaban jamás la medida del tonel de su estómago. Acompañaba á las condenadas un caballero que, temeroso de no poder pagar el gasto, se abstenía de beber, aunque se le pasaban muy buenas ganas de hacerlo.

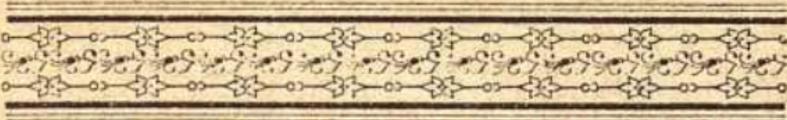
Dejé á Tántalo con sus martirios y volví á mis lares.

Confieso francamente que torné á casa sin envidiar la dicha de los enamorados que van al Retiro á navegar, á saltar, á correr, á engullir, y á *despoetizarse*, si es que la academia de la Lengua Española permite el italianismo.

*Sed me Parnassi deserta per ardua dulcis
Raptat amor,*

como dijo el Mantuano en el libro tercero de sus *Geórgicas*.





EL TREN DE LA VIDA.

(FILOSOFÍA RASTRERA).



La existencia de los humanos puede ser comparada á un tren que parte de la estacion llamada *cuna*, y cuya marcha termina en la estacion llamada *sepulcro*. Por algo se dice que un tren nace en tal punto y muere en tal otro.

Recorre el hombre el camino de su corta vida encajado en el carril del libre albedrio. Parece como que goza de omnímoda libertad para ser responsable de sus actos, á semejanza del tren que, arrastrado por la impetuosa locomotora, amenaza salirse de las débiles bar-

ras para echar por los trigos de Dios, en alas del vertiginoso vapor; y, no obstante, va el hombre dentro de una ley inflexible que determina su marcha, así como el convoy resbala sobre la vía férrea.

Porque el hombre es libre, relativamente á la presciencia divina, como suponen unos, ó al concurso de circunstancias morales ó materiales, como suponen otros. Lo cual equivale á afirmar que el hombre no tiene tanto albedrío, como la máquina no tiene semejante fuerza expansiva para rodar por donde se le antoje.

Buena prueba de ello es que cuando persona y trenes descarrilan, no son dueños de dar un paso mas, quedando limitados por la misma resistencia del objeto que intentaron avasallar.

Cada año que pasa por el sér inteligente de este planeta es una estacion que recorre dicho sér.

La vida de algunos es como el tren-correo que se detiene en todas las estaciones, dejando en todas ellas recuerdo de su paso; correspondencia que da y recibe; viajeros que salen y entran; equipajes que carga y descarga; documentacion que toma y entrega, brevemente, pero en regla. Así, los morigerados, los filóso-

fos moralistas, los hombres tirados á cordel, el que asiduamente trabaja, el que periódicamente produce, ese ente que con incalificable modestia se apellida á sí propio honrado, á falta de más autorizado calificador, van por el carril de la existencia un año y otro año, en continuo toma y daca, haciendo su negocio, poco á poco, como la vieja hilandera, pero dentro de la legalidad.

Al par que recorren tranquilos, sin esfuerzo ni alboroto, el trayecto de la vida, parándose en cada estacion, gozan de la belleza del país, disfrutan de las peripecias del viaje, conversan con los compañeros, sacan partido de todo, como gentes cucas, conocedoras del mundo y sus vanidades, pasando la vida á tragos, y mirando por el mañana.

En cambio, la vida de ciertos individuos es agitada y loca, no ya como el tren expreso que, movido por enérgica traccion, va dejando en su ligero curso pueblo tras pueblo, comarca tras comarca, aunque hace alto en las principales etapas; sinó parecida á esos trenes que conducen la *mala de Indias*, en pocas horas, de un confin á la capital de la nacion; compuestos solamente de máquina, coche y furgon; lo preciso, lo indispensable; que salvan frenéticos las



distancias, envueltos en el blanco penacho del vapor que los precipita; atronadores como la catarata, rápidos como el huracan; como si en vez de agua y fuego llevaran en las entrañas de su locomotora las ansias de la política y los afanes del ágio, condensados en la caldera. Trenes que al partir gritan, al llegar gritan discordantes; que no son vistos ni oídos más que en el momento de su tránsito fugaz ante los espantados ojos del vulgo, y que han de concluir por arribar alborozados á la estacion de término, ó por hacerse trizas contra algun obstáculo del camino que salvan anhelantes.

No á otra cosa ha de compararse la vida del génio desordenado, del imprudente libertino, del loco de atar, que van hácia una idea, hácia la realizacion de un deseo, hácia un despropósito, impulsados por sí mismos, prescidiendo del mundo que los contempla atónito, atropellando por cuanto embaraza su carrera, ó sucumbiendo á una dificultad superior á ellos.

Para estos seres no hay años, como para aquellos trenes no hay estaciones, ni paradas, ni descansos. Van envueltos en su destino arrebatador, como la arista liviana en la ráfaga de viento que la trasporta.

Y concluyen por estrellarse ó por llegar. En

el primer caso se les zahiere, en el segundo se les aplaude.

Para los que inocentemente marchamos hácia nuestro fin; que no somos cucos, ni indómitos génius, ni calaveras temibles, ni locos rematados, cada año que pasa, cada porcion de vida acabada es un paso jigante al sepulcro.

Los años se suceden, pero no se parecen, dijo un sábio. No obstante se parecen todos, por desgracia, en algunas existencias, como los huevos de una gallina ó las castañas de un castaño.

Parâ la mayoría de los humanos, ¿qué lances tiene esta vida mundanal?

Salir de la primera estacion, que es la cuna, en que nos adormecen un canto monótono y un movimiento uniforme. Allí lloramos y padecemos.

Entrar en la infancia, en que nos atormentan la insípida sabiduría del pedagogo y la presuntuosa autoridad de todo el mundo. Durante ese período, que más adelante llamamos feliz, deseándole como si en realidad le hubiéramos conocido y disfrutado, derramamos muchas lágrimas, sufrimos mucho.

Pasar por la adolescencia, cuasi continuacion de la infancia. Penetrar en la juventud, bello

país que el tren recorre veloz y que desaparece tan pronto, que apenas si deja memoria la vana fantasmagoría con que nos halagó unos instantes. Al recordarlas, las ilusiones perdidas, que llenan de escombros el alcázar de nuestra dicha, arrancan tristes ayes del pecho doliente.

Trascurrida esta época de la vida, se suceden, sí, los acontecimientos, pareciéndose también en lo desagradables, en lo míseros.

En la virilidad, se continúa padeciendo las molestias del viaje. Únicamente (y valga esta salvedad por lo que valiere) sale el tren de su pertinaz monotonía, cuando de directo se convierte en combinado. Al principio servía los intereses de una empresa tan solo, y después sirve los intereses de dos empresas mancomunadas.

Entra en la estación *Vicaría*, y cambia de rumbo.

Pero el hombre casado es infeliz antes, en y después del matrimonio, porque su condición humana no le exime del fatalismo que sobre él gravita, como tampoco la virilidad le disminuye una sola de las penas que van juntas á su desdichada naturaleza.

Llegar á la vejez, es el tormento de los tormentos, el dolor de los dolores. La decadencia

por ley, la debilidad por recurso, las sombras de la nada por horizonte: tales son sus gangas. El desprecio de los extraños y el abandono de los propios: he aquí sus atractivos. Estorban los viejos, entorpecen, incomodan.

El alma, que es el maquinista, se cansa de dirigir. El fogonero, que es el sentimiento, está entumecido por el frío, y apenas atiza el fuego. Las palancas se paran, los tornillos se aflojan, los tubos se atascan, las ruedas dentadas se enmohecen.

La vida se acerca al punto de destino; llega, y se descompone.

Cada año que pasa nos aproxima á la muerte.

El almanaque es el cartujo que nos dice: ¡morir tenemos!

Un año ménos de vida es un año más de edad: lo mismo que un duro más de gasto es un duro ménos de capital.

Y como no se puede contar por los años futuros, se cuenta por los vividos.

El viajero en ferro-carrilsabe por el horario cuándo llegará á donde desea, lo mismo que el hombre sabe por la experiencia que con la vejez viene la muerte indefectible. Lo que no puede asegurar el viajero es si llegará; como no

puede el hombre afirmar, aunque lo espere, si las canas enfriarán su cabeza y los años su corazón.

En esta horrible alternativa, colocado el hombre entre la vida que tiene y la muerte que le aguarda; entre la incertidumbre del presente y la incertidumbre del porvenir; aguijado por los acicates filosóficos de que cada año viene erizado; puesto á discurrir sobre trascendentales problemas á la hora solemne en que cada año se hunde en la eternidad para nunca más volver, ¿qué partido debe tomar el hombre que se respeta, conoce el terreno que pisa, y sabe por dónde anda?

Lo mejor que podemos hacer es dejar que ruede la bola, ó, por seguir la imágen empleada, dejar que el tren siga su curso.

Que va por buen camino. Pues, aprovechamos la ocasion para recrearnos en la contemplacion de las gracias de la hermosa Naturaleza. Que va por abruptos, áridos sitios, á la vista de pantanos cenagosos y montañas peladas. Pues, nada tan conforme á las leyes de la estética como mirar á la buena moza que viaja en nuestra compañía, si es que tenemos esa suerte.

Que hace calor. Sacamos la cabeza por la

ventanilla y tomamos el aire. Que hace frío. Entonces, se arrebujá en sumanta el que la tenga, y el que no la tiene se emboza en sí mismo.

Los túneles en la vía son como las pasiones en la vida. Se pierde la luz natural, como se pierde la luz de la razón, viéndose aquella reemplazada por los siniestros fulgores del petróleo, así como esta se sustituye por los relámpagos del instinto.

Se penetra en lo desconocido, caminando al fragor de la materia sacudida violentamente por entre tinieblas vaporosas.

No hay más que una salida, á la que se va recta, ciega, fatalmente.

Cuando han logrado volver al aire libre, á la claridad, al ancho espacio, el tren, lo mismo que el hombre, se regocijan de haber escapado con bien de un peligro.

Vayamos, por lo tanto, con piés de plomo en esto de los túneles y de las pasiones, si queremos conservar el pellejo.

No nos apresuremos á vivir, que la muerte vendrá bastante á tiempo, de seguro, por mucho que vivamos, ántes que nosotros la llamemos, si es que Dios nos deja de su mano.

Cuando corre, regocijémonos porque corre el tren; cuando va despacio, alegrémonos de

su parsimonia; cuando entra en un término medio, digamos que en el medio consiste la virtud.

Si llega el caso de combinarse, se combina uno, y san se acabó.

Que sale mal.—¡Qué remedio tiene!

Que sale bien.—¡Tal día hizo un año!

Que todo va por lo mediano.—¡Paciencia y barajar!

Si se muere alguno de los que nos acompañan en la jornada, se le llora; este mundo no es más que un valle de lágrimas. Si el llanto no acude á nuestros ojos, ponemos gasa en el sombrero por el buen parecer.

Los duelos con pan son menos. A rey muerto, rey puesto.

Cuando suena la hora de tomar un bocado, se desocupan las alforjas, y cada cual se despacha á su gusto. Luego, se empina la bota, ó el frasco (siempre habrá clases) y se echa un trago para que siente bien la comida. El que no puede hacerlo, por miseria ó por enfermedad, se aguanta y dice para su capote:

—¡Caramba! ¡De qué buena gana tomaria yo un pisco!—En la seguridad de que ya le tocará su día, pues, como dijo Confucio, á cada persona le llega su San Martín.

Nadie debe renegar de su suerte. Los que van en primera piensan que otros van en segunda. Los de segunda, acuérdense de los de tercera, y éstos sepan que

algunos en el estribo

se suelen quedar á pié,

que es algo peor que ir en tercera.

Cada clase tiene sus ventajas. En primera hay más comodidades; en segunda más libertad; en tercera mayor franqueza y alegría que en las otras dos clases.

Si alguno se apea pronto, se dice: — ¡Allá nos espere muchos años! —

Y si descarrila, que también se dan casos, ó se despeña el tren por un abismo, réstanos el triste consuelo de saber que dentro de cien años todos calvos, y que nadie ha de quedar aquí para simiente de rábanos.

Procedemos de muy poca cosa; vamos por una realidad que toma el aspecto de lo ilusorio, y daremos en la nada. El pasado, el presente y el porvenir, en resumidas cuentas, son tres momentos que se atropellan y confunden, hasta el punto de formar uno solo. El minuto que viene entra ya en la categoría del presente cuando pienso en él, y se pierde en lo pasado cuando me apercibo á gozarle.

Total: no hay ántes, ahora, ni despues; ayer hoy, ni mañana; pasado, presente, ni futuro. No hay más que lo que se ve, ni más cera que la que arde, en este pícaro mundo.

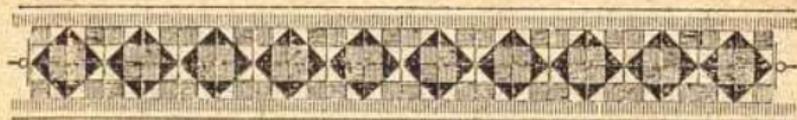
Por lo tanto, no hemos de devanarnos los sesos con entes de razon, delirios de chirúmea corto, ni utopias de soñadores.

Vivamos contentos y gordos, tomando los tiempos segun vienen, y considerando que el que más pone pierde más.

Despues, ya nos lo dirán de misas.

Nota importante.—Y cuando pasen rábanos comprarlos.





INOCENCIO.



PERMITIDME esta digresion erudita. Sé lo que vale la erudicion aplicada á la vacuidad. Una cita histórica ó, si es posible, un dístico de autor pagano, hacen sobre un párrafo sin ideas el mismo efecto que una condecoracion sobre una levita sin pelo; le dan cierta respetabilidad que se impone al vulgo. A pesar de ello, quizá porque no han llegado á saborear los refinamientos bibliográficos con que Dios recompensa á ciertos pobres de espíritu, hay gentes que aborrecen con todos sus cinco sentidos la erudicion inútil.

La posterioridad se ha mostrado siempre injusta con ella. ¿Porqué es grande el Dante, porqué su fama llena los siglos? No por suma

de conocimientos, sino por el alto vuelo de la sublime fantasía. ¿Qué ha quedado del Petrarca? El poeta, no el letrado. ¿Qué se celebra en Rabelais? La gracia desfachatada que por el ancho cauce de sus obras va confundida con un saber calificado de enojoso. Maquiavelo, ménos docto que Panvinio, ménos acaramelado que el elegante Bembo, inferior como humanista á cada uno de los famosos literatos que contribuyeron al esplendor del siglo de Leon X, es declarado génio por la profundidad y solidez del pensamiento. Erasmo, Porta y otros eruditos libraron de la oscuridad su reputacion por el ingenio, como el náufrago de quien cuenta Boccacio (en el mismo caso que los anteriores) que perdidas todas sus riquezas, y en peligro de perder con ellas la vida, se salva sobre una caja que despues aparece llena de ricas joyas. El errar la vocacion, posponiendo unas facultades á otras, ha sido y es más general de lo que se cree, no sólo en aquellos que cultivan la memoria á costa del entendimiento, sino en otros que se extravian por sendas dificultosas. Entre los contemporáneos son de notar: Balzac, emperrado en los negocios; Gavarni, matemático impenitente; Liszt, entregándose con desenfreno á la filosofía especulativa, y mu-

chos que callo para no incurrir en las iras de los *erudíforos*.

Confieso que las ciencias exactas y las naturales no halagan tanto la inclinacion del erudito como las históricas, sacras y literarias en cuyo conocimiento se puede fantasear y profundizar sin titánicos esfuerzos de la imaginacion ó del intelecto. La aridez de la ciencia natural y de la exacta no es de su agrado porque le place inquirir la verdad, mejor caminando por valles amenos y perfumados pensiles, que por angostas veredas abiertas en jarales ó peñascos. Ama la ciencia por lo que tiene de pasatiempo, al revés del sábio verdadero que la rinde culto por si misma y á pesar de su huraña condicion. ¿Y qué mal hay en ello, sino se siente fuerte para resistir las veleidades de la hermosa?

Se hacen cargos al erudito porque coquetea con la ciencia, sin poner en ella los ojos por completo, aparentando así una naturaleza distinta de su modo de ser real. Se acrimina á los doctos del Renacimiento porque fueron católicos, neoplatónicos y cabalistas á la vez; porque sus creencias pugnaron con sus principios filosóficos, y porque en ellos el fondo fué totalmente opuesto á la forma con que copiaron

serviles los mitos de griegos y romanos. El brillante Pico de la Mirandola se desconsolaba cuando la punta de la oreja herética daba en asomar en cualquiera de las proposiciones que su pueril arrogancia sostuvo contra los sábios del tiempo.

Tampoco veo delito en semejante dualidad ó pluralidad, si se quiere, de caracteres. Algun defecto han de tener los eruditos, como hombres que son, y á los pasados ha de agradecerseles el haber hecho de Ciceron el dios de la prosa, de Horacio el dios del verso, de un pedrusco desenterrado en el Foro la cuestion de las cuestiones, y de un pasage oscuro en algun escritor griego tea de la discordia y gérmen de implacables enconos.

La posteridad que inmortaliza al génio y respeta al talento, guarda sus desvios únicamente para el erudito. Este fenómeno se explica por el disgusto que siente el hombre viendo cuán pequeña y cuán vana es la sabiduria terrestre, que cabe completa en el cerebro de un sólo mortal, y á veces de un mortal adolescente, de este ó del otro sexo. Sin hablar de los antiguos, porque su ciencia fué muy corta en relacion al aparato de conocimientos con que se ufana la Era Moderna;

prescindiendo de sábios como Vives, que sin pasar de los veintiseis años no habia parte de la filosofía en que no estuviera singularmente versado, así como en letras y elocuencia; callando al Abulense, asombro del mundo y discutidor universal; omitiendo otros muchos, pertenecientes á diversas naciones y distintas épocas, que fueron estupefaccion de sus contemporáneos, habré de recordar algunos casos en que la pasmosa erudicion estuvo unida á la extrema juventud.

El suprascrito Mirandola poscia á los diez y ocho años veintidos lenguas. Casandra Fedele, tambien italiana, á los diez y seis fué gran celebridad en filosofía, elocuencia, teología, historia, letras griegas y latinas, popular improvisadora, y notable en la música. De Fernando de Córdoba, doctor á los veinte en artes, medicina y teología, se maravillaron los sábios parisienses, por lo versado que estaba en sagradas letras, en lenguas muertas y vivas; por lo vasto de su memoria, que retenia infinidad de autores sacros, paganos y modernos; por lo que sobresalió en armas, pintura y música: teniéndole unos por mago y otros por Antecristo. Méenos de veinte, diez y nueve años contaba un famoso madrileño (ni el nombre se conser-

va) que á principios del siglo pasado brilló por su precocidad, sosteniendo en Versalles, á la edad en que se inicia el uso de la razon en los niños, conclusiones sobre varias ciencias, y explicando lugares difíciles de poetas antiguos y contemporáneos. El conde Algarrotti, de la misma centuria, fué prodigio de memoria y de verbosidad, en su infancia, llegando á saber gran número de lenguas, á escribir innumerables versos, á tratar de múltiples materias, á sostener activa correspondencia con doctos y soberanos. Anibal Rinaldy, nacido en Damasco el 1844, y español adoptivo, ciudadano del mundo á los doce años, sabia, á los diez, seis idiomas, incluso el de los sordos-mudos, mereciendo, por el progresivo aumento de su instruccion, el favor de varios monarcas, junto á la admiracion de los hombres ilustrados.

Ahora, bien: de tanto saber acumulad en individualidades fenomenales como las citadas, y como tantas otras parecidas, sólo ha quedado el vano renombre en polvorientos infolios de compiladores. Ni la ciencia, ni la literatura, ni las artes les deben un paso gigante; no dejaron tras si aquellos individuos ninguna gran idea, ninguna célebre frase; no supieron crear, murieron estériles, y por tan disculpable falta,

las generaciones posteriores se muestran injustas con ellos, negándoles la apoteosis reservada á las mentes creadoras. Respetemos su fallo.

Inocencio Lopez Arbués era el mayor humanista de cuatro jóvenes que al aproximarse los tiempos revolucionarios vivían en un modesto hospedaje de la villa y córte, calle de Zaragoza, esperando celebridad. El de más años, Cipriano, concluía su carrera de Farmacia. Evaristo, ambicionaba la gloria del poeta. Federico, hacia á verso y á prosa. Inocencio, completamente imbécil, distraía á sus amigos y compañeros. El farmacéutico, gran violinista, y compositor romántico, se daba á los goces de la mesa, puramente metafísicos en una casa de huéspedes á diez reales diarios. El poeta, ganaba un mezquino sueldo en la secretaria de Gobernacion, aprendía el violin con el anterior, estudiaba francés, italiano, los poetas modernos, nacionales y extranjeros, escribía dramas, y recitaba con tono lloron en las tertulias excelentes composiciones y cantos de poemas que le habrían conquistado envidiable reputacion si la muerte no le hubiera arrebatado en la flor de la juventud. Federico, empleado en una

direccion de ferro-carriles, perdía la mayor parte del tiempo que le quedaba libre en devorar literatura, en rogar á Cipriano que tocara algun trozo de ópera, en admirar á Evaristo, y en reirse del estúpido Inocencio, con quien no pudo competir jamás hablando en latin.

El estúpido Inocencio, asegurada la vida, merced á una pension que le asignara su familia, residente fuera, temia á Cipriano, temia á Evaristo, temia á Federico, alababa sus romanzas, poesías y artículos, les servia en todo y de cabeza, y al acompañarles por la noche al café, se dejaba enseñar como un bicho raro á los amigos de sus amigos. Además, improvisaba décimas y redondillas sobre cualquier tema y con cualquier pié, maravillando á los circunstantes que le tenian por lo que en realidad era, por tonto de capirote. Muchas veces, el sombrero de Inocencio, colocado en tierra, recogia las colillas de todos los fumadores de la mesa.

La facultad de improvisar era tan poderosa, tan rápida en él, que eclipsaba el recuerdo de Méry, y del mismo Regaldi, célebre improvisador nacido en Novara, que llamó la atencion de los grandes círculos literarios en Italia, Francia y Grecia, ensalzado por Víctor Hugo

y Lamartine, y á quien Mme. de Girardin calificó en una de sus poesías de *errante como Homero y rubio como Apolo*. El pobre Inocencio, ni era errante como el griego, ni rubio como el dios olímpico; ántes al contrario, tenía amor á la querencia, y una abundante pelambarrera negra, digna de su triste catadura. Lo que el depósito de la memoria es al talento original, creador, viene á ser la facultad de improvisar, comparada con el estro del verdadero poeta: bien poca cosa. No es censurable, pues, que Inocencio fuera el hazme reir de propios y extraños, sobre todo teniendo en cuenta los juveniles años de quienes frecuentaban su trato.

Con todo su latin, con los textos de segunda enseñanza que tenia archivados en el cerebro, con su métrica eruptiva, figuraba siempre el infeliz muchacho en último término del cuadro casero. Cipriano, Evaristo y Federico, por el arte, por la sublimidad, por el ingenio, eran á los ojos del alma y corpóreos del improvisador, tres cumplidos caballeros, mientras que él era un escudero simple, admitido á la conversacion y á la mesa por excesiva condescendencia de los otros. Así lo llegó á creer el humanista, dando á cada uno de sus amigos un dictado, como en

las novelas caballerescas, y solicitando humildemente que se le armara caballero. Preparados los bártulos una noche, puesta sobre la mesa del gabinete una aljofaina, sobre la aljofaina un roten, y sobre el roten una gabina vieja, pasó el bueno de Inocencio las horas nocturnas en continuos paseos por la habitación, mientras los demás dormían, hasta que rendido al romper el alba, se le encontró roncando villanamente sobre un baul, descuido que le valió triple vapuleo, y el aplazamiento de su armadura para las Kalendas griegas. Continuó por tal inadvertencia llamándose Mendo, escudero del tardo paso y luengo gaban, *que alfombra de sus piés tal vez ha sido*, según un verso de Evaristo, sin omitir el tratamiento de Vuesa Merced con que designaba á los colegas de hospedaje, en privado y en público, con asombro ó risa de cuantos le oían.

Aunque las exigencias de aquel modesto cenáculo no fueran grandes, ni punibles los vicios, en varias ocasiones hubo necesidad de acudir á medios extraordinarios para nivelar los gastos con los ingresos. Bien para aplacar la gula abstracta del maestro, que de ordinario pecaba con la intencion, casi nunca de obra; bien para enriquecer con un autor la bibliote-

ca del vate; ya para que el polígrafo se luciera en un lance de galantería, á la que se mostraba muy aficionado, diéronse varios casos en que Inocencio tuvo que cargar con una capa, con un relój ó con el violin del discípulo (el de Cipriano era inviolable, un Guarnerius auténtico) y volver de la casa de empeño con la suma indispensable. De este modo, el erudito llenaba su mision sobre la tierra, que es la de servir en menesteres de escasa monta al artista y al escritor.

Por cierto que una vez se vieron los cuatro en peligro de no comer á tiempo, por desaparicion del violin. Evaristo tenia la costumbre de tocarle al caer la tarde, delante de un enorme libro con trozos escogidos. Lo mismo era vibrar las cuerdas del instrumento en el gabinete, interpretando un número de alguna ópera famosa, que disponerse la patrona á preparar en la cocina la sopa de los huéspedes. Al par que el espíritu de Evaristo se elevaba, y los de los circunstantes entraban en silencioso recogimiento, la temperatura del caldo se elevaba tambien; los fideos entraban en ebullicion. Seguia su marcha magestuosa el trozo escogido, y seguian las almas perdiéndose en las cerúleas regiones del arte, igualmente que la pasta en-

sanchándose en el hervoroso líquido; mas cuando las cuerdas heridas por el arco enérgico lanzaban al espacio sublimes notas de inspiracion potente, tocando ya los espíritus el límite infranqueable de la tendencia al infinito, la patrona comprendia que se acercaba el principio del fin, separaba del fuego la sopa, llegada al límite de la decoccion, y esperando á que se templaran almas y fideos, ponía la mesa despues que sonaba la última vibracion del instrumento. Por tal motivo, y sin tener en cuenta que era noche cerrada, la patrona olvidó preparar la sopa, una vez que el violin de Evaristo, bajo el *tabardo* de Mendo, acababa de cambiar de domicilio, sin despedirse de ella. Todos se impacientaban en el gabinete, las sombras de la noche caian lentamente sobre la ciudad, el comedor permanecia silencioso, y la patrona, distraida en la cocina, esperaba en vano la voz del violin. La comida pasó, por este contra-tiempo, á convertirse en cena.

La adulacion, que lo mismo marea al sábio que al erudito, al hombre de entendimiento que al de memoria, consiguió que Inocencio se separara de sus amigos. Despues de todo, habiendo sacado sobresaliente en cada asignatura del bachillerato, sabiéndose al pié de la letra

varios textos, incluso los de matemáticas, sosteniendo ventajosamente diálogos latinos, y por añadidura improvisando á diestro y siniestro, queda justificado el separarse de tres botarates que por ser artistas, poetas ó escritores de ingenio se divertian á costa de tan notable fenómeno, y le traian como criado, debiendo ser el principal entre los demás por sus raras facultades.

Desgraciadamente, las raras facultades de Inocencio eran de tan difícil acomodo en esta sociedad moderna, que tuvo que abrir un despacho de poesía, contando para los malos tiempos con la modesta pensión de su familia. El improvisador se dedicó á escribir declaraciones amorosas, felicitaciones por natalicios, epitalamios, solicitudes, acrósticos y demás piezas de la métrica popular, por corto estipendio, y la mayor parte de las veces cobrándose en especie sobre la mesa de un café.

A la entrada del portal de su casa ponía siempre un anuncio, declarando la profesion que abrazara, con las señas del domicilio, para que no hubiera falencia alguna. En esto surgian sus dificultades, pues indefectiblemente debian entrar en los versos del cartel el nombre y apellidos del vate, con el nombre de la calle,

y números de la casa y piso; pero quedaban vencidas, gracias á la expedición del memoria-lista rimado. Con intercalar, amen de los ripios de ordenanza, preposiciones y otras partes menudas de la oración, salía airoso del compromiso.

Véase la clase:

En la calle que llaman Fomento,
veinticinco, segundo, interior,
hay un vate que escribe de encargo
peticiones y versos de amor.

No dejes de subir á su casa;
es afable, pulido, cortés,
y se llama, por si alguien lo ignora,
Inocencio *de* Lopez *y* Arbués,

En la calle del Oso,
siete, tercero
de la izquierda, funciona
la agencia en verso.

De nueve á seis.
Inocencio *de* Lopez
y hasta de Arbués.

Este adverbio, que leyeron con escándalo cuantos entendían de achaques de rima, y acertaron á pasar por la calle del Oso, simbolizó, mediante la supresión de la primera letra,

convertido ya en sustantivo, el porvenir de Inocencio. A fuerza de escribir declaraciones amorosas, el memorialista se enamoró de una prójima que cosía para afuera, la cual habitaba un cuartito sobre el despacho de aquel.

Con toda la inocencia de su nombre de pila, con la seguridad que da la instrucción, con la ceguera del que en este mundo no ha hecho otra cosa que aprender en los libros la letra que mata, sin empaparse del espíritu vivificante del libro de la vida, Inocencio se casó con la primera mujer que le deparó su mala suerte. Juntos se comieron la escasa asignación del cónyuge, quien, por decoro matrimonial, cerró la fábrica de versificación.

Vivió luego poco ménos que en la miseria, sumiso á la voluntad de su mujer, resignado, como buen humanista, y *hasta* llegó á escribir una octava real sobre lápida marmórea, conmemorando las virtudes de la esposa, el día infausto en que ella le precedió al eterno descanso.

¡Pobre Inocencio!





EL DOCTOR CAMACHO.

Ni siquiera es un sábio traducido indirectamente del aleman, á semejanza de ciertos críticos que llenan con sus artículos las Revistas, y de varios oradores que molestan en el Ateneo con sus peroratas. El doctor Camacho no ha aprendido en las traducciones la ciencia universal; todo en él es propio, elaboracion de su cacúmen, parto de su ingenio.

Cursó medicina en San Cárlos, dejando fama entre los trasnochadores de la Facultad. En su pueblo se casó con una muchacha de posibles, convencido de que no existe el alma. Al frente de un establecimiento balneario, que le produce mucho dinero y ningun rompedero de cabeza,

se da mejor vida que un canónigo, pasándola á tragos menudos de lo bueno.

Durante el invierno, época para él de vacaciones, prepara una obra que le acarreará la inmortalidad, aunque está bien seguro de que muerto el perro se acabó la rabia.

Su biblioteca se compone exclusivamente de los libros de texto que se vió obligado á comprar cuando estudiante; ni uno más ni uno menos. ¿Para qué necesita quemarse las cejas y quedarse calvo, si la teoría que desarrolla en su *Filosofía de la nutrición* es sencillísima, y por la misma sencillez conmoverá fuertemente al mundo pensador?

En honor de la verdad, la teoría del doctor Camacho, si bien sacada de su cabeza, no resalta por la novedad. *Nihil novum sub sole*, como repite frecuentemente el doctor, para que sepan los que le escuchan que conoce el latín. En su concepto, los elementos que concurren á nutrir nuestro organismo pueden infundirnos facultades morales ó propiedades, dotadas de una virtualidad igual á la virtualidad característica del elemento predominante en la nutrición. Pitágoras, basándose en relaciones y afinidades de este orden, curó algunas enfermedades, empleando la música como agente terapéu-

tico. Porta, en la era moderna, combinaba las plantas medicinales con la melodía, por medio de un sistema más complejo que el pitagórico. El famoso médico atacaba la hidropesía con melodías tocadas en flauta de tronco de éleboro; la ciática, interpretándolas con algun instrumento de álamo; los síncope, soplando en caramillos hechos con caña de canela.

Cabanis, explicando la imaginacion y el espíritu, sin hipótesis divina, y atribuyendo al temperamento, á las enfermedades, á la comida, las virtudes, cualidades y carácter determinantes del individuo, es un precursor de Camacho, con quien el moderno materialismo fisiológico no tiene punto ninguno de contacto ni de comparacion. Además, que de tales escuelas ignora nuestro fisiólogo hasta el nombre y los corifeos.

El doctor opina y sostiene en su tratado, inédito aun, que el medio de adornar al hombre con las propiedades del animal que mejor le convengan para sus fines es darle á comer carne de ese animal. Así, para criar valientes, recomienda solomillo de leon; para acrecentar la astucia en los abogados, el guiso de zorra; para corredores de comercio, el de ardilla; para los aereonáutas, águila escabechada; para los

enamorados, pichon á todas horas; chuletas de burro, para los que se dedican á abstrusas especulaciones filosóficas; tórtola en salmí, para sostener dignamente el dolor en las jóvenes viudas; etcétera, etcétera. La enumeracion sería prolija, y un abuso indiscreto daría á conocer la obra ántes que su autor la publique.

De fenómenos puramente nutritivos, el autor saca en consecuencia una pequeña reforma social, que maravilla por los efectos civilizadores.

El ejército, se compondrá de jefes y soldados valerosos, empleándose en los colegios y cuarteles sustancias alimenticias, extraídas de la zoología de pelo en pecho. En los conventos, seminarios é institutos parecidos bastará usar carne ó preparados de bichos notables por su castidad. Cada profesion, cada particular, podrá escoger en el reino primero de la naturaleza comida apropiada á sus necesidades y aspiraciones. Los gobiernos sabrán atender á la felicidad de los gobernados, desarrollando en vasta escala el sistema Camacho, que la práctica perfeccionará, como es costumbre en casos análogos. La Justicia administrará á los reos, á fin de que amengüe la criminalidad, el alimento que entre los irracionales represente

en grado superior las ideas humanitarias. Y así sucesivamente, en todas las esferas de la vida social, política, familiar ó individual, habiendo en la creacion animales para todo, y disponiendo el primer animal, el hombre, de suficientes recursos con que aumentar las especies escasas, apoderarse de las huidizas, dominar las terribles y llegar hasta las que parecen inaccesibles.

No vaya á creerse que el doctor ha tenido un momento lúcido al imaginar su sistema, despues de prolongadas vigiliass. Nada de eso. El estudio de la vida le ha sido más provechoso que el de los libros, habiendo demostrado hacia éste, sea dicho de paso y en su alabanza, especial aversion desde pequeño. El libro de la experiencia contiene profundidades y revelaciones que el sábio no verá jamás desde su gabinete atestado de volúmenes.

Camacho, que en política es liberal, venía observando un fenómeno curioso en sus correccionarios, y, por ampliacion, en cuantos toman parte activa en el movimiento político del país. Venía observando que entre los directores de la cosa pública habia por grupos afinidad de ideas, sentimientos, gustos ó aberraciones, no porque tuviera cada grupo un credo

comun á los individuos de que constaba, sino porque cada grupo se nutria de igual manera. El negro pan de la emigracion, segun observaba el doctor, tiene la propiedad de avivar en los emigrados el deseo de volver á la pátria, con tal fuerza, que cuanto más pan de luto comen, más se esfuerzan en volver, llegando hasta conspirar y acudir á las armas para conseguirlo. Los liberales (sigue la observacion) tomaban siempre unánimes determinaciones cuando comian juntos, nunca cuando se congregaban para discutir. En los banquetes se acaba el disimulo diplomático, sin duda porque predominan algun vino ó alguna vianda eminentemente francos. Es indudable: las igualdades de nutricion en el poder y en la cesantía encierran gérmenes de unidad que á los de arriba y á los de abajo impelen á la consecucion del fin general á todos los del grupo y privativo de cada componente.

De este punto de partida á la *Filosofía de la nutricion* no hay más que un puente, que el doctor salva en cuatro zancadas. Si iguales alimentos producen empíricamente iguales resultados, suministrándolos teórica, crítica, filosóficamente, se revoluciona el mundo racional. El hombre comerá lo que el filósofo le

dicte, y obrará, en su virtud, ajustado á la estricta filosofía.

Conociéndose las propiedades morales (nuestro sábio las califica así, aunque no admite el espíritu) de los elementos nutritivos, queda sólo una cuestion de detalle, la aplicacion. Y como el reino animal ofrece mayor conjunto de propiedades morales que el vegetal, el médico se pronuncia desde luego por aquel.

Un chusco ignorante, de esos que nunca faltan en los pueblos, y que de antiguo trata al doctor Camacho, dice que éste come carne de caballo desde que se puso de moda en la capital de Francia.





EL DIPUTADO INDEPENDIENTE.

(CROQUIS).



s imposible.

No le concibo: nace, trata de desarrollarse, y al hacer pinitos muere: tal es su historia.

Pasan cosas inverosímiles que hay que admitir como hechos consumados, aunque en buena lógica sean aberraciones: lo único que jamás pasará, es que el diputado independiente llegue al término de una legislatura, sin dar de bruces en la artesa del presupuesto, en el pesebre de las influencias ó en el pilon de las contratas; y lo tengo por tan cierto, que no vacilo en apostar la táctica del mejor de nuestros generales contemporáneos contra la habi-

lidad del más excelente de nuestros políticos actuales, á que no se encuentra quien pueda tildarme un dia de equivocado.

Hay diputados independientes:

De activa,

De pasiva,

De relativo,

Y de gerundio.

El *activo* es aquel que, guardándose las opiniones en la cartera de viaje, se presenta en Madrid, va al Congreso, acecha la ocasion, cae sobre un negocio y le devora. Trabaja por su cuenta, se mueve, y sólo para los piés cuando tiene algo entre las manos. Este apreciable industrial muere de ministerialismo violento.

El independiente *pasivo* cree en la gloria; está convencido de que ciertas cualidades que le adornan constituyen un *carácter*; y vive, es decir, asiste á las sesiones, esperando el momento oportuno para pedir la palabra, condenar el espíritu de bandería, enumerar los males de la pátria, abogar por la política noble y franca, retumbar de españolismo, opilarse de honradez y conquistar el aplauso universal.

Mecido en tan dulces sueños, despierta al fragor de una sesion borrascosa; mas no pudiendo sojuzgar los ímpetus patrióticos, se co-

loca al lado del Gobierno para robustecer el principio de autoridad, y aniquilar los demagógicos excesos de las oposiciones, sin otro discurso independiente que un *sí* como una casa ó un *no* como un teatro, depositado humildemente á los piés del Ministerio.

El diputado de *relativo* es una pantalla colocada para amortiguar los resplandores de un agiotista.

El negocio es una de las gangas del sistema representativo falseado. A la sombra de la pátria se despluma al país, robándole por tabla.

Cuando un caballero particular, conocido por sus millones ó por su influencia en el distrito, necesita algo del Gobierno, busca un candidato en el *maremagnum* de los señores sin rentas, abogados sin pleito, periodistas sin convicciones, trápalas sin aprension; le cubre con su omnipotencia electoral, y le manda al Congreso, sirviéndose de él como de un agente de negocios en los ministerios.

El *relativo* necesita declararse independiente para que la prensa no le muerda los talones y la atención pública no le señale con el dedo; pero si el millonario que le sujeta da un tirón á la cuerda con que le trinca como á una mo-

na, se une, se adapta, se ensambla con la mayoría, pide el premio de su celo y de este modo proporciona un negocio á su señor.

Del independiente *gerundio* no quisiera hablar, porque soy enemigo de poner colas y colgajos á la sacra investidura diputativa. La fuerza de las circunstancias, empero, me obliga á hacerlo, como obliga á los conservadores del número uno á exhibir su mas forzada y melosa sonrisa cada vez que una situacion asoma la jeta por el horizonte político.

El *gerundio* suele ser rico: de la edad media por los años, y de la primitiva por las ideas. Acostrumbra á leer los periódicos sin dominar la confusion que le producen, y tiene el hábito de exclamar como los imbéciles: ¡pues, señor, lo que hace falta aquí es un buen gobierno!

Es el único padre de la patria que logra por completo su fin, sin pesadumbres, sin borrascas, sin interpelaciones; aspira á ser diputado, lo es, y no quiere ser más, ni puede ser menos.

Cuando está elaborándose su paternidad, cada elector le parece un ángel, cada papeleta una salutación angélica.

Si está dotado de imaginacion, *lo que á ve-*

gadas acontece, se figura que la urna aumenta, se extiende en el espacio, busca las armonías de la línea, y toma la forma del palacio de la Representacion nacional. Trasforma á los secretarios escrutadores en garitas y leones; imagina que el pueblo toca la marcha triunfal, y que él penetra radioso en el santuario de las leyes, siendo admirado de los viejos, dando envidia á los jóvenes, é inspirando locura á las mujeres.

Con el acta limpia, más de polvo que de paja, toma el camino de Madrid, creyendo que los compañeros de viaje ven en su semblante la etiqueta con que va facturado á las Córtes; hace luego que le conduzcan á una fonda importante, ostentando la diputacion á cada mozo y en cada parada; y se presenta á la Comision de actas, sonriendo á los notables, porque *todos como unos*.

Asiste á la sesion de apertura, turbado, atónito, sin saber en que escaño sentarse, por no comprometer su independecia con el roce de una fraccion. En las primeras votaciones opta por retraerse, danzándole el voto en el caliginoso aposento de la indecision, de acá para allá, como el monigote de médula de sauco atraído por los platillos de metal electrizado;

hasta que perdida lastimosamente su virginidad parlamentaria, entrega en una votacion personal el monosílabo que se le escapa de la garganta. Más tarde busca el *Diario de Sesiones* para leer lo que ha hablado, saber á lo que se ha comprometido, y calcular el efecto que en su pueblo causará.

Es el único votante que cede á las influencias atmosféricas, porque las borrascas le arrastran el voto.

Aunque sostengo que no hay diputado que toque á la consumacion del cargo sin verse comprometido á arrojar buen trecho sus propias ideas, estoy dispuesto á admitir que algunos rasgos de tontería pueden ser calificados de independenciam, y digo tontería, porque el diputado que pretenda ser en absoluto independiente, no sabe una palabra de política. La representacion nacional no puede componerse de individualidades aisladas, sino de personas que resuman las aspiraciones de otras muchas.



LA CASA NUEVA.



AL volver de mi excursion veraniega me encontré con que habian tirado las feas casuchas que degradaban la calle, frente á la casa en que habito. De dos solares mezquinos habian hecho uno medio regular, para construir el modesto edificio de que voy á ocuparme. Le he visto nacer, como quien dice, y es probable que ninguno de los que hemos asistido á sus comienzos le vea morir, á no ser que acabe violentamente, por incendio, bombardeo, terremoto ú otra clase de muerte imprevista. Por el hueco que dejaron las casuchas al convertirse en cascote y polvo, divisaba yo las casas fronterizas de la otra calle, al comenzar del otoño. El hueco se fué lle-

nando poco á poco durante el invierno; y á principios de primavera, cuando las auras voluptuosas podian traer sobre sus alas impalpables las suaves emanaciones de las undosas cabelleras de mis nuevas vecinas, para acariciar con ellas mi rostro, la casa se interpuso ya entre calle y calle, obstruyendo la vía de comunicacion aérea.

Cuando no existia del edificio más que el solar, el casero, el arquitecto y otros adláteres, (comprendiendo en estos al guarda, que en un periquete armó su choza de vigilancia), iban cotidianamente á tirar líneas sobre el terreno, accionando en varias direcciones, y delante de algunos chiquillos y mujeres desocupadas, que les miraban desde el arroyo. El casero es un tipo vulgar, carrik ceniciento y hongo, de esos que se ven por todas partes. Hombre de cincuenta años, tamaño comun, y vegetacion súcia, llamada pintorescamente de sal y pimienta, El arquitecto es un tipejo. Pequeño, flaco, amarillo, desnivelado, gaban verde, puro empinado sobre larga boquilla, sombrero de copa alta y fuerte baston de caña. Al verde andar á saltitos por la obra para no mancharse de cal, tan endeble y tan torcido, cualquiera supone que se han de venir abajo las casas que cons-

truya. El guarda es un pobre diablo que se pasa los días arbitrando maneras de impedir la entrada en la obra al público.

Mientras se cavaron los cimientos, aquello fué un escándalo para la vecindad. El estrépito de los carros que llevaban la tierra, la terquedad de las mulas y las blasfemias de los carreteros, armaron bataholas de imposible descripción. Luego vino el arquitecto con los planos, á cuya vista se colocaron las piedras fundamentales, alzándose los machones hasta el empedrado. La cuadrilla de albañiles era una masa de pantalones y blusas de color blanco súcio, manchada á trechos por el tono oscuro de las gorras. Los sombreros eran muy raros en el grupo. Después de pasada la lista, á las horas en que daba principio el trabajo, la cuadrilla se disgregaba, tirando cada individuo por su lado. Entonces éra la ocasión de observar que los más jóvenes, acaso solteros en su mayoría, gastaban botas con caña de color, gorrilla, bigote con guías ó barba entera; que otros llevaban alpargatas, gorrilla también, y bigote recortado; y que los más viejos solían ir totalmente afeitados, gastando casi todos gorras de pelo, de esas que tienen en medio una calva negra ó gris. Al pasar lista, el guarda decía el

nombre y apellido del obrero, y este contestaba hallarse presente. Cuando pasaba en claro un nombre, se echaba una falta.—Francisco Gomez.—¡Está!—Diego Perez.—¡Está!—Juan García.—¡Está!—Manuel Gonzalez.—¡Está!—Pedro Lastra.—¡Está!—Roque Puertas.—¡Está!—Y así sucesivamente. Todos nombres románticos y apellidos ilustres.

Levantada la sillería de la fachada hasta tres metros del suelo, los operarios colocaron de trecho en trecho basas de piedra sobre los machones. Encima de las basas pusieron postes, y sobre estos postes otras vigas horizontales, hasta formar el emparrillado de los pisos. Simultáneamente se fueron elevando andamios al exterior, sujetos á altísimas vigas, para que los albañiles construyeran con ladrillos la fachada. Una valla de toscos tablo-nes mal juntos, por cuyos irregulares resquicios miraban los curiosos, protegía el ingreso á la fábrica. Al principio, por entre los espacios del maderamen rompía la luz, pero luego que se elevaron la fachada y la pared trasera, fué creciendo la oscuridad, delatando la torpeza con que la raza humana civilizada se construye el calabozo de la vida doméstica.

Conociendo ya de vista á todos los traba-

jadores, les seguía con interés en el ejercicio de sus funciones, salvas las matinales de primera hora, en que yo permanecía entregado al sueño. Venían á la obra tempranito y trabajaban hasta las doce. Al mediodía, unos quitándose la blusa y pantalones de lona, superpuestos á los de paño, otros con el arreo del trabajo, echaban á andar en direccion á sus pobres hogares. Era de presumir, por el paso corto y apresurado, quiénes vivían cerca y quiénes léjos. Algunos se quedaban en los alrededores del edificio, esperando á la parienta, que no tardaba en llegar con la cesta de la comida al brazo. Estos matrimonios solían acomodarse del mejor modo posible, casi siempre en el sitio escogido la primera vez, para despachar su frugal comida, compuesta, generalmente, de una sopa, de un cocido abundante, volcado con garbo por la mujer sobre enorme plato comun á los dos, y de alguna friolerilla, como aceitunas negras, queso ordinario, naranjas, etc. Ambas cucharas, la una despues de la otra, retiraban acompañadas su porcion de alimento, observándose en la cuchara de la mujer cierta abnegacion y respeto hácia la del hombre; principalmente en el reparto de la carne, la esposa cedía la mejor porcion al esposo.

Después de comer, y á medida que los que se habian ido volvian á reunirse con los que se habian quedado, fumaba el concurso gruesos cigarros de Virginia, envueltos en anchos papeles.

La pipa no abundaba; el puro aparecia rara vez y por efecto de una calaverada en boca de algun jóven. Sentados al borde de la acera, ó recostados contra la valla, esperaban los albañiles la hora de reanudar su penoso trabajo, entreteniéndose con las chistosas ocurrencias ó desmanes hácia los transeuntes del gracioso de la reunion, que nunca falta en tales casos. Este gracioso, hasta cuando más enfrascado andaba en su tarea y más en peligro estaba de venirse abajo desde un punto alto ó poco seguro, tenia una broma para el compañero que asomaba, para el vendedor ambulante que llenaba con sus gritos la calle, para la vecina apetitosa que entraba ó salia en los portales inmediatos. Su lengua no hallaba momento de reposo, ni tampoco su buen humor, y á falta de víctimas con quienes tropezar entonaba cantares por lo flamenco, con aplauso de los oyentes. Era el alma de aquel grupo de cuerpos, sujetos á la fatiga, y prestaba vigor á todos, como si él no sintiera cansancio alguno

durante las largas horas de trabajo, que concluían cuando comenzaba á faltar la luz del día. Entonces se retiraban los obreros á sus hogares.

Las emociones con que los curiosos de la vecindad veíamos á los intrépidos albañiles arriesgarse en la punta de una viga ó al borde de un umbral, concluyeron el día en que uno de ellos improvisó la chimenea, á horcajadas sobre un tablon, y otro clavó á su lado el asta de la bandera española, en señal de haberse concluido el tejado. Enarbolar esa bandera es costumbre trascendental en la construcción de edificios, que siempre se celebra entre los obreros, según la generosidad del dueño de la finca y de los maestros que toman parte en la obra. Esa tela desplegada al aire significa que ya hay un refugio más donde esconder secretos de la pobre vida humana, donde librarse de las inclemencias que el cielo desata sobre la tierra, donde recoger el calor del hogar para vivir y dar vida; un nuevo escenario en que la muerte ostentará fúnebre atavío, la inocencia prodigará sus sonrisas, el amor sus ternuras, la miseria sus martirios; una casa más en que se oirán cantos y gemidos, carcajadas y gritos de angustia, los dolores pertinaces de

que padece y las alegrías momentáneas del afortunado.

El segundo período de construcción se singulariza con el adorno de la fachada y la supresión de la valla, sirviendo los trozos de esta para tapar huecos de portales y tiendas que dan sobre la acera. El adorno está reservado á los obreros de más talla artística que el resto de sus colegas. La ornamentación arquitectónica se hace con moldes que permiten dar al yeso formas elegantes, según el gusto que predomine. Así es que en pocos días ví á media docena de trabajadores dar cuenta de la fachada, haciendo cornisas y enriqueciendo jambas y dinteles, con sólo correr un pedazo de madera sobre las pelladas frescas, después de haber sido asegurado todo el balconaje y colocadas las cañerías para las aguas llovedizas.

Así como los carros encargados de acarrear tierra, piedra y ladrillo fueron sustituidos por otros que aportaban maderas, hierros, plomos, y azulejos, así fueron desapareciendo los albañiles, para dar lugar á que carpinteros y pintores ejercieran su oficio, más bien en el interior que en el exterior de la casa en construcción. Y según ántes había desaparecido la luz de entre la complicada armazón de madera, sobre

que se alzaron paredes y asentaron pisos, también fué desapareciendo el franco estrépito de la edificación al aire libre, no oyéndose luego más que algún ruido sordo de sierra ó martillo entre las oscuridades del fondo.

La fachada recibió la última mano decorativa, pintándose definitivamente sobre la imprimación. Los balcones ocultaron el primer rojo bajo una capa de pintura blanca con filetes de oro, y en las paredes desapareció la tinta amarilla bajo un aparato de líneas y franjas claras que armonizaba con los yesos modelados en estilo neo-greco. Ultimamente, se procedió á poner vidrieras y puertas, quedando el propietario satisfecho, la calle hermo세ada, y mi curiosidad despierta. ¿Quiénes serian los primeros moradores de la casa nueva? Habia que esperar á que pasara el verano, en cuyo comienzo se concluyó la obra, para que se secara y pusiera en condiciones habitables. Por lo pronto, supimos que en la planta baja iba á abrirse un café, establecimiento de primera necesidad en Madrid, aunque el barrio no era de los céntricos distinguidos.

Algunos ratos pasé contemplando el flamante edificio que nos quitaba la luz á cambio de la elegancia que dió á la calle. Suele de-

cirse: jaula nueva, pájaro muerto. ¿Quién estaría destinado á justificar el dicho? ¿Saldria pronto de aquellos portales uno de esos pequeños ataúdes, forrados de blanco, que van al cementerio en carro triunfal, tirado por caballos empenachados vistosamente, mientras una madre desolada apostrofa al cielo por arrebatarle el niño de sus entrañas? ¿Será el cadáver de una persona mayor el que yaciendo sobre lecho imperial habrá de impresionarnos cuando al recogernos á las altas horas de la noche veamos el siniestro alumbrar de los blandones en la habitación abierta? ¿Será una doncella sobre cuyo féretro colocarán sus compañeras la palma y la corona simbólicas? ¿Será un joven á quien la muerte sorprende en lo florido de la vida, ó un anciano que paga oportunamente el tributo á la madre tierra? Demasiado pronto lo sabremos, que la muerte nunca deja pasar larga temporada sin visitar todos los sitios y todas las familias del universo.

Dejemos á la imaginacion complacerse en cuadros menos sombríos, en fingirse escenas animadas y divertidas. Gocemos con la primera boda que ha de celebrarse en la casa nueva; oigamos los chistes atrevidos de los ingenios que el dia ántes respetaban el pudor de

la prometida y al día siguiente le dicen groserías que la costumbre tolera; bebamos á la salud de los novios; excitemos á los enamorados á que cuanto ántes nos den un día bueno. Comamos succulentos manjares, sentados á la mesa del jefe de la familia, que echa la casa por la ventana el día de su santo, y al despedirnos de los concurrentes, manifestemos el deseo de vernos juntos al año siguiente en el mismo sitio. Tomemos parte en la alegría del marido que acaba de ser padre mientras que la esposa sonrie en el lecho, orlado el pálido rostro de una puntilla que realza sus encantos, y el recién nacido llora que se las pela entre las limpias sábanas.

En esas habitaciones solitarias y desnudas, aún patentes á nuestra vista, ¡qué série de acontecimientos ya cómicos, ya dramáticos, en qué série de años pasarán sin trascender al público! Cuando el mueblaje cubra su suelo y paredes, cuando séres humanos de ambos sexos y diversas edades hagan vida de familia en su interior, sobre muchas debilidades y sobre penosos sacrificios caerá el impenetrable velo del hogar.

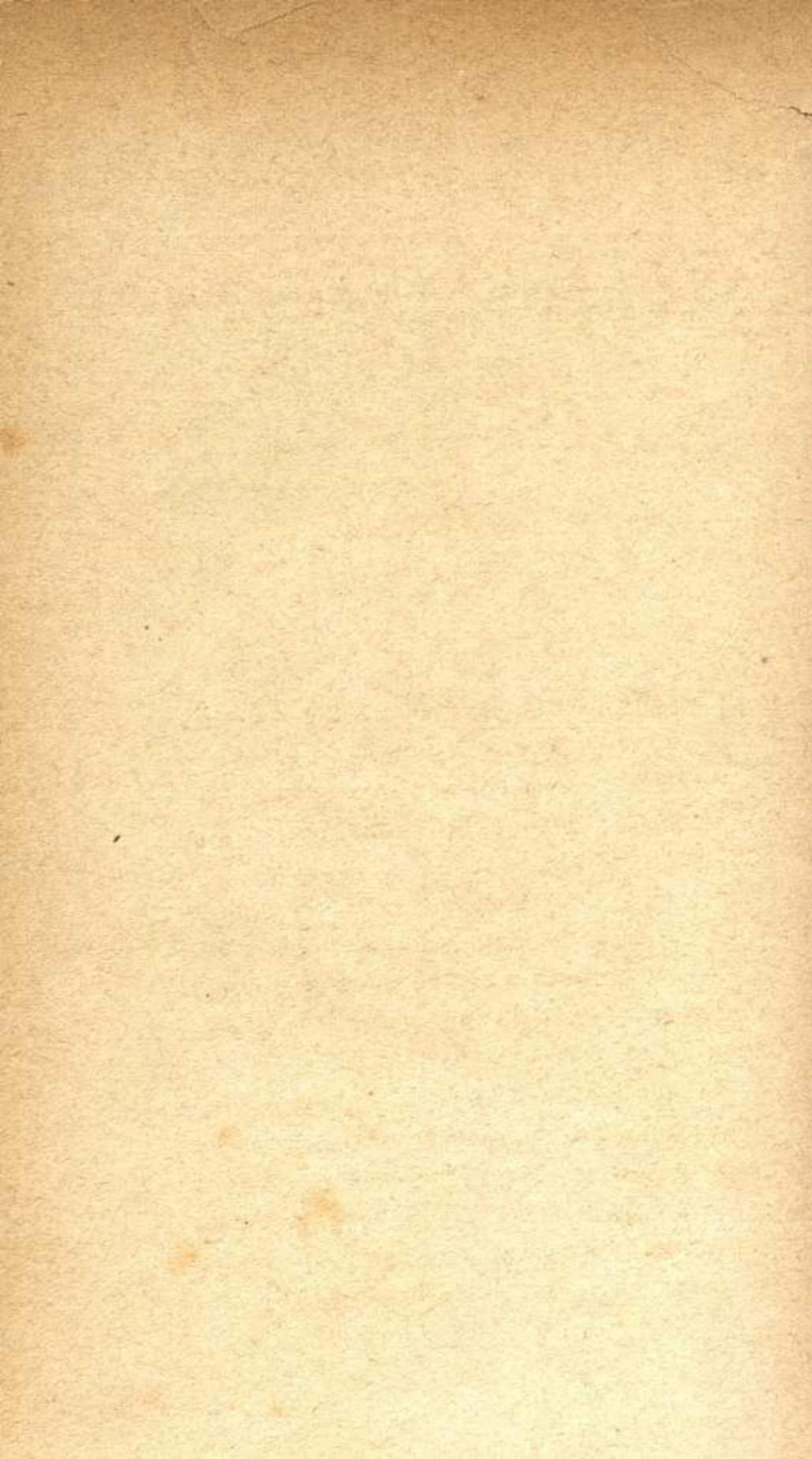
El hombre de bufete dará vueltas á la ley, buscándole la interpretacion tramposa; el de

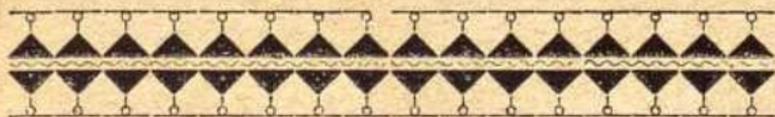
negocios y el industrial cavilarán para engañar al prójimo ó al Estado; el ocioso se aburrirá contemplando sus días vacíos de obra buena; el avaro contará su dinero en lo recóndito de la soledad; la mujer casquivana se adobará el cútis y probará perifollos delante del espejo; la buena madre se apoyará anhelante en el borde de la cuna donde se agosta su hijo enfermo. De continuo sonará la voz humana en cada compartimiento, muriendo contra las paredes para no ser oída en el compartimiento vecino. A poder oír todas las conversaciones, ¡qué variedad de asuntos y diferencias de expresión! Se comentará la noticia del periódico, la tontería del amigo, el último crimen, la marcha política, la necesidad de la casa, la gracia del niño, el novio en puerta, el empleo que se solicita, la mala suerte, y el amor que se profesen los interlocutores.

Aunque en las grandes poblaciones no es muy común el trato de vecindad, pues casas hay en que no se conocen los inquilinos, después de llevar viviendo juntos algún tiempo bajo las mismas tejas, he de suponer que entre estos correrán sus intriguillas y sus murmuraciones; que la fea hablará irónicamente de la bonita, y el aban-

donado censurará la asiduidad con que el previsor trabaja; que se sabrá las veces que el artesano de la guardilla pega á su mujer, y las horas en que la morenita sale al balcon á telegrafarse con algun estudiante, empleado ó militar de poca monta. Imposible suponer, abarcar ni describir la total existencia de los que habitarán la casa nueva. Imposible, tambien, predecir el fin que esta ha de tener. Lo más probable es que la tiren de vieja, cuando ya el tiempo se haya cansado de injuriarla, y cuando todos los átomos de nuestro cuerpo hayan verificado numerosas evoluciones en el seno de la naturaleza. Antes de que tal ocurra, y mientras aliento, lo que me contrista un poco el ánimo en presencia de la hermosa casa, es no ser yo su dueño, ni heredero forzoso si quiera.







ÉL



Un día que el padre Eterno estaba de buen humor, contempló el mundo y se frotó después las manos lleno de satisfacción, porque había visto que el mundo era bueno.

Si es cierto, como aseguran algunos metafísicos, que todos los seres, ideas y sucesos están *ab æterno* en la mente divina, porque siendo el Creador infinito nada nuevo y transitorio puede haber en el tiempo ni el espacio que no esté comprendido en la eternidad y en la inmensidad absolutas; si es cierto, repito, lo que afirman esos filósofos, también lo es que el doctor Pangloss existía en la mente divina cuando el Sér Supremo vió que el mundo salido de sus manos no tenía desperdicios.

Como el buen Dios es incapaz de hacer cosa alguna que no lleve marcado su destino, despues de sacar el óptimo mundo de la nada, formó el centro de la creacion, entidad á la que se refieren los hechos mundanales, la cual es reconocida como superior á cuantos entes dotados de racionalidad pueblan la superficie de la tierra.

—¿Y quién es *él*? me direis. ¿Quién es el centro de la creacion?—A lo que os responderé que yo le conozco, que vosotros le conoceis, que muchos le conocen, que algunos le toleran, y que la generalidad no tiene bastante paciencia para sufrirle.

Se llama Lopez, Sanchez, Garcia, Perez, Rodriguez, Gomez, Fernandez, Martinez, ó cosa parecida; pero aunque su apellido se confunda en la oscuridad patronímica, *él* se figura que cada letra componente despide haces de vívidos rayos de luz. Los Lopez, Sanchez, ó cosa por el estilo, son una ilustre dinastía que la historia injusta olvida. Segun *él*, cuantos Lopez ó cosa semejante, hacen un poco de viso son parientes suyos; y si le preguntais qué grado de parentesco tiene con los pelagatos del mismo apellido, os contestará muy picado:— ¡Esos son otros Lopez! etc., etc.—

Si su familia es rica, dice que es la primer familia del país; si goza de un mediano pasar, cree que con el tiempo será la primer familia del país; y si está tronada, cuenta que en otros tiempos fué la primer familia de país.

Su tipo físico es vulgar, se parece á la mayoría de las gentes, sin embargo de que las sugerencias de la vanidad le inducen á creer que es una persona de singular distincion. Sea en el pelo, sea en la barba, sea en el traje ó en la apostura, *él* ha de llevar el rasgo supremo, la marca de fábrica del divino origen que le aparta y diferencia de los demás mortales.

Si alguna vez se retrata, estará su imágen con la mano puesta sobre un monton de libros, para indicar que *él*, es poeta, literato ó sábio; ó bien apoyará la cabeza en actitud meditabunda, como si rodaran dentro de aquella mollera ristas de pensamientos; si es que no aparece hinchado y altanero, para demostrar que es más que nadie.

En el trato social resplandece su indisputable soberanía. ¡Cómo saluda! ¡Con qué aire de proteccion dirige la palabra! ¡Qué bien y qué pronto resuelve las cuestiones por intrincadas que sean! Lo que *él* aprende lo sabia ya por intuicion; las ideas nuevas que lee en los libros

se le habian ocurrido á *él* antes que á ningun pensador, sólo que habia tenido la inadvertencia de callarlas.

No acostumbra á hablar sino de sí mismo ó de cosas que directamente le atañen; mas si alguna vez desciende por distraccion á los demás y á los asuntos ajenos, se amaña durante breves momentos á escuchar las flaquezas humanas, con tal de volver por medio de una brusca transicion al tema de su personalidad.

Cuando *él* se dedica á los negocios es el fénix de los negociantes. Rara será la industria floreciente que no pensara *él* plantear con antelacion á los que la explotan ya. En sus manos creceria un capital como la espuma. Su crédito es universal, inagotable. La lástima es que produce poco y mal; que en la colmena humana es zángano por excelencia; y que despues de aprovecharse del afan ageno, se considera robado por cuantos le rodean.

Porque *él* no ha nacido para trabajar y dedicarse á una de esas infinitas ocupaciones que constituyen la vida del vulgo. El génio no entra en detalles; las águilas no cazan moscas.

El universo vive de las migajas que caen de su mesa. Cuando compra una cajetilla de cigarros, cree que ha librado á la Hacienda de

apuros; cuando da dos cuartos de limosna á un mendigo, es como si le sacara de pobre. Aunque tenga dos reales sueltos para pagar el café, arroja sobre el mármol del velador un duro, arrullándose con las vibraciones metálicas de la moneda, las cuales, en su imaginación, llegan potentes y claras hasta las últimas ondas atmosféricas. Y es que su duro no tiene cinco pesetas ó cien perros chicos, como los demás duros, no; su duro vale una talega, y sólo Constantinopla tiene tantos perros como él.

A veces, este ente original, para quien la naturaleza produce y los hombres elaboran exclusivamente, se vé, por altos y misteriosos designios, dejado de la mano de Dios, mirándose como un desgraciado. Si llueve á cántaros, dice:—A nadie le pasa esto más que á mi, —Si se decreta un llamamiento general á las armas, murmura:—El gobierno se ha propuesto fastidiarme.—Si aumenta el precio del pan, esclama:—¡Cómo saben que en casa se hace gran consumo!—El caso es que todo pasa por él y para él, que es la unidad única, y que el resto de los vivientes somos una coleccion de ceros puestos á su derecha para darle valor.

A pesar de sus estrepitosos éxitos como

científico, como industrial, como militar, como músico ó como bailarín, sufre espantosas derrotas en el campo del amor. Siendo preeminente entre los hombres, á quienes supera y domina en todos los terrenos, ¡fuerza es confesarlo! con las mujeres tiene muy mala sombra. *Él* lo oculta cuanto puede; pero la humanidad lo sabe de muy buena tinta.

Y es natural que así suceda. No hay ninguna mujer, por poco que suponga en el universal concierto, que ame á un vanidoso. Ir con vanidades á las mujeres, es como llevar hierro á Vizcaya.

El sexo débil, así llamado, sin duda por su afición á sucumbir en las lides amorosas, cae porque lucha con armas disímiles y aun contrarias á las de su eterno rival, el sexo fuerte; mas cuando se le pone enfrente un adversario que esgrime armas iguales á las suyas; cuando se quiere triunfar de él por la vanidad, por la hermosura, por algo que el enemigo maneja á la perfección, entonces no hay más remedio que morder el polvo ó apelar á una honrosa retirada.

Si no fuera por esta circunstancia, si le acompañara el amor de las mujeres como le acompaña el ridículo de los hombres, *él* no se-

ría *él*, no tendría naturaleza mortal. Habría que sacarle de entre los humanos; sería un dios con altares en la tierra y un puesto en la *Guía teogónica*.

Desgraciadamente, aun en este mundo del cual es centro, dueño, y mayor cabeza visible, recibe tremendos desengaños, aunque no le afectan gran cosa, y, por supuesto, ni le corrijen ni le enmiendan. La vanidad es como el yunque, que tanto se endurece cuanto más golpes lleva.

Después de verse derrotado, escarnecido, castigado, roto y maltrecho, *él* se crece, se agiganta, sigue creyendo de buena fé que procede directamente de Dios, como Viradj procede de Zyaus, según la teología brahmánica.

Es tal su presuntuosa arrogancia, que á poderlo hacer, introduciría esta reforma en el Catecismo:

P.—¿Quién hizo el mundo?

R.—Dios.

P.—¿Para quién lo hizo?

R.—Para el señor de Lopez, Sanchez, Garcia, Perez, Rodriguez, Gomez, Fernandez, Martinez ó cosa parecida.



BAÑISTAS.

DON LUIS.

Es de Murcia, emparentado con la aristocracia, y rico; pero muy llano, y no puede ver esas personas orgullosas que miran á uno y no le saludan, aunque le conozcan, sobre todo si no le saludan á él.

Tiene cincuenta y cuatro corbatas en buen uso, sin contar las que semanalmente regala á los criados. Le han hecho cuatro ternos de hilo para pasar la temporada, y va á negocios de familia más que á baños. Anda en pleito sobre un condado que irá á parar á su persona cuando ya no se estilen los condes, segun lo que tardará en fallarse. Casi nunca come en la fonda, porque está convidado por lo más princi-

pal de la sociedad escogida, todos primos suyos.

Lleva sombrero de jipijapa, quitasol, distinta corbata por la mañana, por la tarde, y por la noche, zapato con lazos, y en el bolsillo de la americana pañuelo y abanico cuyas puntas y varillaje asoman con coquetería. Gran alfiler en la corbata, gran cadena con gran guardape-lo, y gran reló. Todas esta alhajas son de oro, y á cada paso pregunta la hora que es, para lucir su repetición y ofuscar la vista del interlocutor atónito con los reflejos de las tapas.

Entra, sale, va, viene, sube, baja, se agita, rasga papeles, abre cartas, da órdenes á los criados delante de todo el mundo, y deja á cualquiera con la palabra en la boca, prestando un asunto urgente.

Es rubio, con cara y aspecto de teniente de carabineros del resguardo: de regular estatura y bastante fornido. No reconoce ley, ni hay obstáculo que embarace su marcha.

Es un mariposon de primera, que tiene palabras, sonrisas y cuchicheos para cuantas mujeres jóvenes y viejas halla á su paso. Confidencialmente me ha dicho que todas se mueren por sus pedazos, y yo les digo á Vds. confidencialmente que anda bebiendo los vientos

por una cigarrera que se quiere fugar con él, despues que sus encantos se han fugado paulatinamente.

Cada vez que Don Luis se mira al espejo, (sobre doscientas al dia) se encuentra con la imágen de un tonto; pero tonto de buena fé, divertido, feliz, que vive en un mundo fantástico por él imaginado, sin que la amarga realidad llegue á tener jamàs suficiente eficacia para presentarle las cosas como son en sí.

DOÑA ANGUSTIAS.

Desde que el istmo de Suez desapareció, juntando las aguas de dos mares, es grande el número de tiburones que arriban á algunas playas. Este fenómeno tiene su paralelismo en tierra, pues tambien es grande el número de mujeres tiburones que llegan á las playas desde hace algunos años.

Doña Angustias, que como mujer pesa nueve arrobas largas, como esposa es insoportable. Desde por la mañana hasta por la noche está llena de impertinencias que su paciente esposo, de la madera de los Job, sufre resignado. No así los que las oyen, pues de buena

gana la mandaría alguno, dentro de una bar-rica, al lugar de su procedencia.

Por su figura y por su voz aflautada la lla-man *Ocarina*, ese instrumento de barro que ma-nejan á la perfeccion los montañeses apeninos. No tiene nada, absolutamente nada, pues está sana como una manzana..... de casas, pero el médico la ha mandado á baños por quitársela de encima y verse libre de sus infinitas con-sultas.

En buena ley de galantería no debia sacar-la á la vergüenza, sino disimular sus faltas y pasarla por alto, á pesar de su volúmen.

¿Y si realmente es un tiburón?

Convengamos en que el oficio de retratista á la pluma es algo peliagudo.

Por si acaso es monstruo y no mujer, bueno será dejarla apuntada.

EL MELLAO.

Calzado de relumbron, pantalones ajustados, piernas delgadas, faja de seda, chaquetilla, ca-misa sin cuello y botoncitos metálicos; pelo echado hácia adelante por encima de la oreja, gorrilla ó sombrero gacho de anchas alas, la ca-

ra aceitunada y lisa. Sabe Dios (tambien con- vendria que lo supiera la justicia) cómo adquirió en Madrid el dinero necesario para viajar en un tren *botijo*, pero el caso es que viajó mal acompañado. En la capital se dedica á *barbian*, *pincho*, etc. cultivando el *timo* en los ratos de ocio. En el puerto no se sabe otra cosa sino que veranea.

Es muy aficionado al mar, se pasa casi todo el dia en la playa, arrojándose al agua tres ó cuatro veces.

Tiene tanto cariño á los bañistas que procura llevarse como recuerdo de cada uno de los que le chocan, alguna alhaja, ó dinero si nó las hay á mano.

Cuando está en el café se la echa de torero. Por la noche se canta y se baila en el muelle, al pié de alguna farola, en medio de una sociedad escogida de chulos y chulas. La Paca se *pirra* por él cuando le oye cantar guajiras.

De su mamá se ignora el paradero. Su papá hace estudios penitenciarios en un presidio. La policia le distingue mucho, siguiéndole constantemente los pasos; por lo que no es de estrañar que el mejor dia, desengañado del mundo y de sus vanidades, haga la última fechoria, y se encamine al retiro de papá, con el

fin de hacerle compañía para siempre. Conoció el Saladero á palmos, y tiene vocacion decidida á vivir á la sombra.

LA SEÑÁ RAMONA.

Cuando era larva vendia fósforos de carton y cerillas por las calles de Madrid. De crisálida, estuvo en la fábrica de cigarros. Una vez en la primavera de su vida, apareció trasformada en brillante mariposa.

Botinas de capricho, falda de foulard con volantes, pañolon de Manila, áureo guardape-lo al cuello, colgando de una cadenita; la cabellera hácia atrás, cubierta con añadidos que terminaban en empinado moño; fresca la boca, sonrosado el rostro, atrevida y límpida la mirada. Huyó del hogar paterno donde sólo recibia mendrugos de pan para alimento del cuerpo, alternados con bofetones para educacion del espíritu; y no se volvió á saber de ella, hasta que pasados algunos años abrió una prendería en la calle de Toledo.

Desde entónces la visita su madre con el desinteresado cariño de una madre que se lleva siempre lo que puede.

Dicen que presta dinero á ciertas infelices, exigiendo semanalmente un real por duro. Dicen que tiene gran influencia con un señor principal. Lo cierto y positivo es que lleva los dedos cubiertos de sortijas con brillantes, que gasta criada y peinadora, que permanece soltera, aunque ya se ha ajamonado, que despreció muy buenas proporciones, que tiene un capitulito en la Caja de ahorros, que se dá muy buen trato, y que nunca le faltan diez mil reales para una ocasion.

Ha ido á los baños con su criada: gusta de que la saluden, sobre todo las señoras, habla mucho, repitiendo las palabras *simpático, especialmente, supérfluo* y otras que le llaman la atencion, incurriendo en el lastimoso vicio de decir *haiga* á cada cinco minutos.

EL TIO PLÁCIDO.

Le salió un bulto en salva sea la parte, como él dice, llevándose la mano al cogote, y no ha habido otro remedio que obedecer al médico, tomando la diligencia que conduce á la estacion del ferro-carril que conduce á la capital de la provincia. Porque el tío Plácido es natural y

vecino de un pueblo del interior, siendo esta la primera vez que ha visto el mar, al cabo de sus cuarenta y nueve años. ¡Quién se lo había de decir!

En la posada no hace otra cosa que revolver las alforjas y mirar el cinto, por si le han robado algo de la ropa y los duros que ha traído. Cuando vió la bahía se quedó embobado como un chico. Cuando por primera vez entró en el baño se creyó tan valiente como el Cid. Pero un día le convidaron á ver una fragata de guerra, y lo mismo fué poner el pié en el bote, que escandalizar á la concurrencia con los apuros que le entraron, figurándose que iba á perecer. No hubo manera de convencerle á que se quedara, por lo que tuvieron que dejarle en tierra.

Desde entónces todo anda á su alrededor; se imagina que el suelo ondula bajo sus piés; sueña con oleages que le tragan.

Escribe á la familia diciendo que aquello es *manífico*; pero la verdad es que desea acabar los baños, que no se echa al agua, cuando la mar está picada, y que no vé el día de tomar el tren, despues de haber comprado en la playa unas castañuelas de conchas para sus chicos.

LOS DE LOPEZ.

Esta apreciable familia se compone del papá, calvo, barba entrecana, decidor, no siempre oportuno.

De la mamá, jamona disforme vestida á la moda, aire importante.

De Consuelo, Dolores, Fermina, tres solteras escalonadas entre los 23 y 18 años.

De Eduardo, que va á comenzar el prepaaratorio para no sé que carrera.

De Trinidad y Eusebio, familia menuda.

Y de un mamon agarrado al pecho de una enorme ama de cria con trenzas largas y delantal blanco.

Han cerrado la casa, plantándose en el puerro. El perro con que caza el amo, la cotorra con que habla el ama, el gato con que enreda Eusebio, el canario que mima Consuelo, á falta de otro ser mas inteligente, y la codorniz que Eduardo cria, han sido encomendados á los amigos ó vecinos, quedando en el desierto hogar un solo animal, el galápago que reside en la carbonera.

Llevan un equipaje de muchos mundos, todo un sistema planetario, porque se han propues-

to demostrar que saben vestir. Como su permanencia fuera del hogar se limita á quince días, toman dos baños diarios, operaciones que con las otras originadas de ellas, como el ir y venir, el vestirse y el desnudarse, reclaman una cantidad tal de tiempo que los de Lopez apenas le tienen para exhibirse en paseo, por la tarde, y por la noche. A esto ha de agregarse el que por ser muchos de familia viven en un piso amueblado, de alquiler, en cuya cocina guisan las elegantes pollas, ayudadas de la esférica mamá y de la robusta pasiega.

No obstante, el señor de Lopez tiene diariamente lugar de tirarse *El Imparcial* al colete, y á la señora le sobra un ratito para ver en la cuarta plana de *La Correspondencia* los nombres de los muertos de viso y en la tercera los espectáculos madrileños.

El objeto principal de esta familia al salir de veraneo ha sido evitar que sobre sus respetables componentes cayera la nota de *cursi*. Los fines secundarios son: robustecer con los baños las naturalezas un tanto delicadas de las niñas, y ver si pescan estas un novio, siendo los puertos tan ocasionados á pesca.

De cómo han logrado su objeto no tenemos ciertas noticias. Sólo se sabe que en la ciudad

llaman *cursis* á las chicas de Lopez, y que una de ellas bailó el wals corrido con un oficial de marina, que al dia siguiente se fué con la escuadrilla y con viento fresco á otra parte.

FLORISMUNDA.

Nació predestinada.

Es una víctima del romanticismo rural, mil veces más pernicioso que el de las ciudades.

Su madrina le puso ese nombre, rebuscado entre las actas del martirologio.

Eso de llamarse Luisa, Juana ó Micaela es propio de espíritus vulgares.

Se ha criado sin madre bajo la custodia de la suprascrita madrina y tia al par.

Ha leído varias novelas amorosas, por lo cual vé un rapto en cada esquina.

Ambicionando más anchos horizontes, va los veranos al puerto cercano, con dos mujeres del pueblo de su pueblo, infelices criaturas que se echan encima el fondo del cofre para acompañar dignamente á la señorita.

Ignórase si esta se baña.

Lo que no perdona es el paseo vespertino del muelle. Se presenta vestida completamente de

blanco, la mantilla inclusive, y con guantes hasta la mitad del antebrazo. Las dos mujeres del séquito ó acólitos hem bras, van hechas uno adefesios.

Ella resalta por su blancura y por su mal gusto. Parece la Inocencia... aldeana. Todas las miradas se fijan en ella, compadeciéndola unas, burlándose otras, mientras que la soñadora Florismunda clava los ojos en el espacio con vaga espresion, á no ser que detenga el paso para arreglarse el traje, con el ministerio de sus adláteres, en pleno gentio.

Sospecho que esta ingénua muchacha irá á parar á manos de algun truhan, de esbelto talle y puntiagudos bigotes.





LA GRUTA ANFIBIA.



os archivos de la Bohemia son de difícil consulta. Apenas es dable vislumbrar la historia antigua de los bohemios, reuniendo cuantos datos suministra la cultura greco-latina que ha podido llegar hasta nosotros. Durante la Edad Media, no hay en las cándidas narraciones en latín bárbaro, ni en los cantos de gesta de los idiomas vulgares, antecedentes de aquella raza. Varios documentos andan esparcidos por la comedia rudimentaria del Renacimiento y el rico conjunto de novelas populares en que se pintaron vivamente las costumbres semi-urbanas, semi-naturalistas de la época; pero goza en ellas de tal amplitud el tipo bohemio, que, ó habrá de negársele carta

de naturaleza, por carecer de requisitos esenciales, ó habrá que dársela á la mayoría de los aventureros que pululan en tan vasto cuadro.

En mi concepto, el parásito que comia opíparamente, aunque con irregularidad, el soldado alquilon, el sofista vacante, el escudero sin señor, el trovador errático, el histrion nómada, el hidalgo pobre, el espadachín vicioso, el estudiante hambriento, y muchos otros tipos que desaparecieron ó se trasformaron al aproximarse los tiempos actuales, no eran ciudadanos de la Bohemia. Es cierto que no tenían casa ni hogar, condicion indispensable para serlo; que sus vestimentas, por lo maltratadas ó por lo exóticas, no se acomodaban á la profesion del interesado; que su sistema alimenticio padecía soluciones de continuidad, y andaba sujeto á sorprendentes mudanzas; que el amor, como otras exigencias propias de la vida, les inducía á bajas empresas; que el ayer, para ellos, era un milagro realizado, el dia presente un problema que resolver, y el mañana una vaguedad de la fantasía loca; mas, no obstante el cúmulo de semejanzas que les acerca á los bohemios, no se les puede clasificar de tales. El bohemio moderno, el verdadero, el legítimo, á más de verse favo-

recido con todas ó casi todas las circunstancias enumeradas, tiene un privilegio exclusivo que los otros falsos antecesores no tuvieron; el de despojarse de su personalidad característica, para confundirse en la clase social que más le conviene ó le es más propia. El bohemio de hoy no es un *tipo* perceptible á la simple vista, como los honorables miembros de las diversas hampas supradichas; el arte no le puede dibujar, no le puede modelar; la literatura no le puede explotar sin falsearle; no cae bajo el dominio público; escapa á la accion de la sociología; jamás se le ha extendido cédula de vecindad; no constituye estado civil.

Es vulgar, y por vulgar tan acreditada como estendida, la creencia de que el bohemio es un literato ó un artista á quien la Fortuna aplasta bajo su rueda vertiginosa, sin dirigirle una triste sonrisa de compasion. La gente se figura que el bohemio debe ir andrajoso, greñudo, comer en los figones, dormir al aire libre, gastarse en una tasca el dinero que le ha dado el amigo, y, en su calidad de literato ó de artista, no cojer la pluma ó el pincel, porque esto sería trabajar, y el bohemio (sus pragmáticas lo determinan así), dejaría de serlo si trabajara alguna vez. Media docena de perdidos que se llaman li-

teratos ó artistas, contribuyen con su aspecto y con sus vicios en cada poblacion de importancia á que la masa comun los apellide bohemios. Algunas novelas francesas que datan de la era romántica, y en las cuales se ha dado realidad de conjunto y carácter marcado de bohemia convencional á séres y costumbres que no los tenían, han contribuido tambien á sostener el error del vulgo. Afortunadamente para las letras y para las artes en general, y para la humanidad en particular, las escepciones mencionadas no constituyen regla. Hay una ilusion desvanecida para el burgués metódico que se permite anatematizar la poesía y la plástica, creyéndolas feudatarias del harapo; la ilusion de que al bohemio se le conoce por las apariencias. Fatal engaño, manifiesta equivocacion de espíritus crasos que se agitan en el desconocimiento del mundo que les rodea.

La condicion bohemia es un estado transitorio; se va por ella con destino á lo definitivo. No es el lago poético en cuya azulada superficie se retrata el limpio cielo, sonriente á los dichosos; tampoco es el mar de borrascas donde zozobra el barco de la vida, abismado por los vientos de la miseria. Es un golfo turbulento, de incómoda travesía, en que se aventura con

inquietud el navegante, pero con la esperanza de llegar en breve á puerto de salvacion. No sólo cruzan por él los que consume la fiebre del arte, aquellos que despreciando la seguridad de una existencia ramplona en tierra conocida, se lanzan en pos de climas remotos, de inusitados lances, de naturaleza sorprendente; gran número de pasajeros vienen de la prosa y van á la prosa, decididos á pasar un rato de mal camino. En este camino se encuentran unos y otros, los soñadores con los positivistas; los que componen y los que negocian; los que pretenden y los que ambicionan; el gomoso de baratillo y el desaseado; cabelleras negras, bigotes grises, caras de hambre, ceños fruncidos; mucho pantalon con rodilleras, mucha ala de mosca, mucho tacon torcido, y poco, poquísimo equipaje, lo mismo en los camarotes de popa, que en los de proa, que sobre cubierta.

La Gruta anfibia es una de las casas de comidas económicas á que suelen asistir los bohemios en Madrid. No tiene esta casa forma cóncava, ni se vé situada entre peñascos ó riscos, ni vive en ella otro ninfa que una gallega cerril, destinada al servicio doméstico, ni cuelgan de su techo estalactitas, sino dos quinqués con aceite mineral; no obstante, se llama *gruta*

por capricho del que la bautizó, con el apelativo de *anfibia*, por extravagante voluntad del mismo. De oír al ingenioso poeta, que poeta é ingenioso es el autor de tal desaguisado, parece que tiene algun fundamento el nombre, segun le tienen los de *Quejido ahogado*, *Pote acústico*, *Pote venenoso*, *La Epopeya*, y otros con que se designan en un pequeño círculo de escritores, diversos establecimientos de comida barata; pero como juzgo prolijo enumerar la série de falacias humorísticas que el vate emplea para convencer, quédese admitido lo de *Gruta anfibia*, y pasemos á visitarla.

Se halla situada en una calle humilde, próxima al gran centro de la Puerta del Sol. Basta entrar en el portal, angosto como abertura de alcancía, para comprender, por lo aprovechado del terreno, la sóbria administracion que ha de imperar en el piso principal, donde está la *Gruta*. La parte trasera de este, con cocina, dormitorios y otras dependencias, sirve para confeccion de manjares y hogar de la dueña; en la delantera, compuesta de una sala y una alcoba, están los que se llaman comedores. Doce mesitas de pino, color de chocolate, cubiertas de limpio mantel, con una botella de agua, salero y dos vasos en salvillas encarnadas, se

adosan por lo más estrecho á los muros de ambas habitaciones. A cada mesa acompañan una ó dos sillas de paja oscura. La sala tiene al exterior un par de balconcitos, y al interior, como ornamentacion, una chimenea laminada de bronce, sobre la que posan algunas botellas de vino; un reló de pared y tres espejos de medio cuerpo, colocados por órden gerárquico, esto es: el de marco dorado, sobre la chimenea; el de ébano con clavos romanos en las esquinas, en el testero de enfrente, y el de pino pintado de negro, entre los balcones, frente al reló. La sala está empapelada de claro y con ramaje; la alcoba estucada. Junto á la chimenea hay un nicho alacena, donde el mozo guarda el pan, los postres, los cubiertos y las servilletas.

El mozo va de los comedores á la cocina y de la cocina á los comedores, en incesante movimiento, para atender al servicio, sin menoscabo del crédito de la casa ó de la paciencia del público. Es de presumir que en el trayecto, por corto que sea, su obtusa mente se permitirá alguno que otro comentario nada favorable hácia la respetabilidad del estudiante modesto, del retirado histórico, del poeta genial, del pretendiente optimista, del señorito altanero, del caballero adusto, del lector distraido, del ha-

blador inoportuno, de la dama duénde, y de otros personajes cuyo aspecto disiente del aspecto del lugar, y de los plebeyos que deberfan ocuparle. ¿Quién para la atencion en tales menudencias? La obligacion del mozo es servir á los concurrentes, sin que le sea lícito indagar el misterio que reúne al hombre de educacion y al artesano satisfecho en un mismo comedor.

Las combinaciones de platos á que preside el instinto de alimentacion (primogénito del instinto de conservacion), unido á un gran sentido económico, son varias y complicadas. Desde el único plato de sopa, que constituye la comida de algun individuo, hasta el cubierto con dos principios, soñado por el cesante crónico que adora á Espartero y creyó en *La Iberia*, hay una escala de cubiertos que crecen en razon directa del precio, y á razon, próximamente, de medio real por aumento. El líquido anejo se gradua de igual modo: empezando por el agua, pasando por la copa de vino, y llegando hasta la media botella ó hasta la botella entera, segun la capacidad del consumidor. Sopa, cocido, pan y agua, son los cuatro elementos y bases fundamentales sobre que descansa y que dan vida á la *Gruta*; el vino, los principios y el postre, adherentes que contribuyen á su esplen-

dor. Las raciones sueltas, representan el despilfarro; los abonos mensuales son indicio de cálculos previsores. Las fortunas modestas, un capital de ocho duros, por ejemplo, aseguran la comida, por abono, durante un mes; el infortunio tiene por un real la refaccion del día. El infortunio de levita, el infortunio de mantilla: porque el pobre harapiento, más feliz que el vergonzante, vive al aire libre con las migajas que se desprenden del banquete universal.

De lo dicho se infiere que en la *Gruta* hay clases; que hay aristocracia, clase media y plebe, aunque no se determine por la ropa, ni por los modales, ni por la conversacion, si no por el gasto. Entre los parroquianos que despachan su pitanza para ser sustituidos, apenas acaben, por otros parroquianos que llegan, hay copaltas, hay gabanes, y alguna cinta al ojal, como hay hongos, americanas, gorras, chaquetas y algun que otro cuello sin el apéndice de la corbata, sin ese gran símbolo, que separa á los hombres más que las diferencias religiosas, sociales, de nacionalidad ó políticas; pero, á veces, el sombrero de copalta se inclina huraño sobre un triste cocido, en tanto que la gorra se derriba con petulancia á las apetitosas emanaciones del cordero con guisantes. Y

esta desigualdad del estómago ante el bolsillo es el origen de las clases entre los parroquianos.

Por lo general, cuantos concurren á la *Gruta* gastan poca saliva en balde. El bohemio, cuando come, no es eminentemente sociable, á no ser que esté acompañado de algun amigo. Los que han adquirido el hábito de hablar en la *Gruta*, no solo de mesa á mesa, sino con el mozo que les sirve, ó con la dueña que á ratos se aparece, están predestinados á naufragar en el golfo de que se lleva hecha mencion. Miran en aquel comedor, no el horizonte que limita sus aspiraciones y que habrá de desvanecerse hasta que se pierda de vista, sino el término de su ambicion y punto en que se confunden la tierra del desencanto y el cielo de la esperanza. No hay remision en lo humano para el que gusta de concurrir á tales casas, y de hacer amistades en ellas, y de conversar con sus inquilinos. Es un pobrete que ha nacido para ochavo, que confunde los medios con el fin, que ha hecho de la penuria una segunda naturaleza, y que acostumbrado á plegar las alas para penetrar fácilmente en la caverna ha perdido la accion del vuelo y la nocion de las alturas.

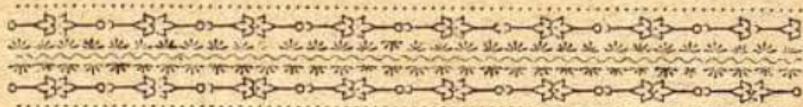
El bohemio va á la *Gruta* á alimentarse, no á gozar. Cuando sale de ella, despues de haber devorado silencioso uno, dos ó tres manjares, á lo sumo; platos de programa impuestos por la necesidad, cuyo olor, cuyo color, cuyo sabor, cuyos accidentes todos conoce de antemano, por haberlos percibido con frecuencia; platos que, como el maná, son de una monotonía insoportable, y que, al revés del maná, cuesta trabajo obtener; cuando restauradas lo indispensable sus fuerzas se ve en la calle, habiendo robado un día á las crueles garras de la miseria, ¡ay de él! sino grita en lo íntimo de su alma:—¡seré algo!—¡ay de él, sino piensa en los festines de Baltasar para cuando sea un personaje!

La legítima aspiracion al bienestar no debe, sin embargo, oscurecer la mente del bohemio hasta el punto de hacerle odiosa la vida difícil, la alimentacion económica. La *Gruta* se ha interpuesto alguna vez entre Madrid y el viaducto, impidiendo algun viaje á la eternidad.

No se me oculta que la sopa seria más sustanciosa, y el cocido más succulento, que la carne tendría más jugo, y la fruta más fragancia, si alrededor de la pobre mesa sonrieran las personas queridas, y el puchero se hubiera pre-

parado al calor del hogar doméstico. Hay en la comida casera sazónada por la mano que nos tendió el pecho, cuando niños, ó estrechó la nuestra, cuando hombres, jurándonos eterna lealtad, un sabor que diferencia garbanzos de garbanzos, y que no estriba en la calidad del género, ni en el cuidado de la cochura, sino que procede del perfume que engendran los afectos de la familia, y que ningun condimento iguala. Mas ya que el bohemio no puede gustarle, admita los rigores del presente como cimientos en que asentar una familia, á cuyos efluvios cariñosos se reanime su aterido corazón, siempre que no haya renunciado á las tranquilas dulzuras del hogar.





EL AFICIONADO



¿Qué valen las plagas del antiguo Egipto y la langosta contemporánea? ¿Qué son la fiebre amarilla ni el vómito negro? ¿Qué significa el cólera morbo asiático, en comparación de esa plaga, de esa peste que nos aniquila, de ese maldito aficionado, sobre quien deseo ver caer el fuego del cielo; á quien quisiera sepultar vivo en las abrasadoras entrañas de la tierra; para cuya odiosa cabeza pido á todos los dioses de todas las teologías, el haz completo de los rayos que las divinas indignaciones vibran contra los culpables impíos, y el estrepitoso, fulgurante desencadenamiento de las centellas que ceñudas nubes guardan entre los revueltos pliegues de sus mantos sombríos?

Polilla de nuestra ropa, carcoma de nuestros muebles, gotera de nuestras casás, filoxera de nuestras viñas..... poéticas; sarna y epizootia de nuestros ganados..... imaginarios; gota cuando hacemos vida sedentaria, carbunco cuando navegamos, mosca burreña cuando vamos á caballo; asfixiante en la ciudad, tormenta en el campo; virus de nuestra sangre, cáries de nuestros huesos, ataque á nuestros nervios, tortura del estómago, angustia del corazon, pesadilla del cerebro; dolor, agonía, muerte, condenacion del escritor; execrable aficionado: ¡Dios te confunda!

Tú intrigas en los teatros, llevando á ellos obras merecedoras de eterna silba; tú vas á las redacciones á estropear papel, y á incomodar á los periodistas; tú llevas á los semanarios, tras continuas molestias á sus directores, renglones cortos que tiran á versos, y párrafos enojosos que tiran de espaldas. Tú, y solo tú, eres el encargado por el Arihman, por el Tyfon, por el Satanás del mundo literario, de tentarnos, de torcernos al mal, de perdernos para siempre. Porque tú, y nadie más que tú, escribe incesante, universal, gratuitamente.

Mientras nosotros descansamos, tú, traicionero aficionado, consumes en la sombra horri-

bles artículos; cuando estamos de paseo, te encierras en los antros para perpetrar tremendas poesías; y si alguna vez, abandonando la obligatoria redacción, ó el poco blando lecho, ó la franca compañía de alegres amigos, espoleados por el acicate del amor, corremos solícitos al pié de una reja á escuchar de la boca de una mujer el melodioso concierto de los ángeles; á pedir de sus ojos el radiante y lánguido mirar apasionado; á estrechar entre las nuestras las tépidas manos, suaves como el terciopelo y blancas como las azucenas; á preguntarla por la milmillonésima vez si nos quiere, tú, miserable, aprovechas la ausencia para colocar subrepticamente un engendro espúreo de tu raquíptico cácu-men, que merme el derecho que á la publicidad tienen los legítimos partos de nuestra mollera.

¡El aficionado á escribir! Malhaya para nuestra condicion, que tan desgraciados nos hace, y tan por debajo nos coloca del resto de los artistas. Porque si el aficionado pinta, no quita con ello de vender al pintor; si el aficionado toca, al hacerlo, no priva á ningun músico del correspondiente peculio; si canta, no descompone contrata de cantantes, y si modela, no arrebatata el pan de la boca á ningun

escultor; pero si escribe, si emborriona cuartillas, sea con poesía lírica, épica ó dramática, pastoril ó didáctica; sea con sainetes, pasillos, comedias, dramas ó tragedias; sea con artículos, opúsculos, folletos ó libros; sea con lo que sea, y hágalo con lo que quiera, con los piés ó con las manos, es el caso que siempre ha de parecerse al perro del hortelano, que ni come ni deja comer. El lo abastece todo, él lo llena todo; con él no hay competencia posible, pues que todo lo hace gratis. Porque lo exigen las leyes económicas, lo mismo que las divinas y humanas; porque no se puede vivir con él, es por lo que debía iniciarse una cruzada para ver si se consigue exterminar al infiel.

El aficionado casi siempre está bien por su casa, circunstancia que le impide cultivar el campo de las letras con el fin de obtener legítima cosecha. Quien siembra recoge, dice el Nuevo Testamento. En literatura, no es así; en literatura suele recoger el que ara. En buena posición, y viéndose llamado á la vida pública, por puro afán de figurar, comienza su carrera el aficionado, consiguiendo insertar unos versitos ó unos apuntes, tomados de cualquier parte, hasta que poco á poco se va subiendo á mayores.

En la segunda forma de su vida literaria, bien relacionado, por efecto de su fortuna, de su familia, ó de ambas cosas, tambien por el cargo que desempeña, y muchas veces hasta por el dinero que da, logra invadir las principales Revistas é Ilustraciones, con trabajos de ligera erudicion, debidos á la paciencia, demostrando el tenaz empeño de avalorar su firma, sino con los méritos propios, con el relato ó reproduccion de los ajenos.

A fuerza de poner su nombre en buenas publicaciones, por más que no le haya leído gran parte del público, sucede lo que no puede menos de suceder: el aficionado llega á gozar de una reputacion-tinaja, de esas que suenan en proporcion directa de su hueco; que son de barro deleznable; que ocupan, como es natural, mayor espacio á medida que aumenta su tamaño, y que se ven colocadas en casas de abundancia. Mientras que nosotros, arrinconados en cualquier sitio, pequeños, templados como el metal, parecemos míseras latas de petróleo, dispuestos, cuando estamos llenos del demagógico líquido, á incendiar el orbe, y aptos tan solo, cuando nos vemos exhaustos, á alborotar el barrio donde escribimos, atados á la cola del diario que nos arrastra.

En su tercera forma, el aficionado se cree con facultad para ponerse el mundo de las letras por montera. Hay quien ha recabado tal importancia, que da á la prensa cualquier bobada, cualquier majadería, un papel viejo hallado entre los polvorientos estantes de mezquina biblioteca, y referentes á un personaje antiguo de poca talla, á un suceso histórico sin interés, ó á cosas por el estilo, que no valen nada entre dos platos. Suelen llevar estos papeles una cabeza y una cola; yo los llamo artículos-bastones, porque la introduccion me parece el puño, lo copiado el palo, y el comentario final, la contera de un baston.

¡Guerra sin cuartel á esos enemigos naturales del escritor! Óigase por do quiera la voz de exterminio, y señalamos con piedra blanca el fausto dia en que demos al traste con algún individuo de esa raza estigmatizada. El aficionado no es prójimo.



MONEDA FALSA.

ANVERSO.

EL cura liberal suele ser, por lo general, y tambien por lo liberal, un consumado majadero. Intransigente con la disciplina que le impone una vestimenta extraña para diferenciarle de los seglares; intransigente con los cánones que le imponen una vida distinta á la del hombre, es tambien intransigente en cuanto al dogma y en cuanto á los emolumentos de la profesion. Podrá estorbarle la sotana, podrá mortificarle el celibato; pero dar á la razon primacia sobre la fé, renunciar á los derechos de pié de altar, eso nunca. Dejaría de ser presbítero si tal hiciera.

El cura liberal es ambidestro para tomar; tiene un pié dentro de lo civil y otro dentro de lo eclesiástico; se viste de paisano y piensa á lo clérigo; se tapa la corona en el teatro, y la ostenta en la iglesia; perora en el café y predica desde el púlpito. Si no fuera por el sagrado carácter de que está revestido, contestaría con bofetadas á las impertinencias; y es de ver cómo, despues que se ha despojado en la sacristía de los ornamentos, corre á su casa para *secularizarse*, y echarse á la calle á gozar del mundo y de sus vanidades pecaminosas. Desgraciadamente, no puede borrar la marca de fábrica, pues, á semejanza del torero, del cómico, del mozo de café, debe llevar afeitado el bigote; pero la modifica, dejándose la sotabarba ó principios de patilla parecida al hueso de una chuleta.

El cura liberal, ó es hombre político, ó desprecupado, ó simplemente *barbian*. En el primer caso, se acompaña de sus correligionarios y bendice las banderas cuando hay Milicia nacional. En el segundo, alardea de independiente, permitiéndose el lujo de desobedecer algunas prescripciones del obispo de la diócesis; en el tercero, lleva vida desordenada, va á los toros, se canta, y se mete en honduras, cenando des-

pues de las doce de la noche, ó tomando chocolate ántes de decir misa. Esta especie de ministros del Altísimo es repugnante, áun para los que están al cabo de la calle en la cuestion religiosa; y como ellos dicen de sí mismos que son hombres como los demás, no tiene el diablo por donde cogerlos.

No obstante, ningun cura liberal tira piedras al tejado de la Iglesia católica apostólica romana. Si alguno, por inconcebible ceguera, lo hace, llegando en sus expansiones amistosas hasta el absurdo de escarnecer la religion y mofarse del culto, ese ya no pertenece al liberalismo clerical; ese pasa á la categoría de cura bandido, monstruosidad que aparece raramente.

REVERSO.

El jesuita de capa corta es un seglar que propende á afeitarse toda la barba, á vestir de negro y á la antigua, á admirar la oratoria sagrada, á asistir á las funciones de iglesia, á no poner su afecto en cosas de la tierra ni en seres profanos, á mirar la vida como un tránsito, la mujer como una tentacion, el mundo como un lazo, el placer como un crimen, el

cielo como recompensa á los pocos escogidos y el infierno como última y perenne residencia de la inmensa mayoría del género humano. Este individuo es el mejor entre los suyos. Nació para demandadero de monjas, y el ciego destino hizo de él un casado honorario ó un soltero con ejercicio de archicofrade. Se salvará por sus propios méritos. Es inofensivo.

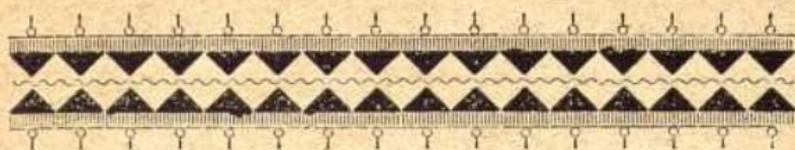
El malo, el temible, el que tiene estereotipada la sonrisa en el rostro, atraviesa el átrio del templo para que le vean. En público, dulce como la paloma; en privado, venenoso como la serpiente. Jamás se ha dejado llevar del primer movimiento. Algunos que la sociedad llama tontos, obran al primer impulso de su voluntad, entregándose atados de piés y manos á la malicia del prójimo. Otros, y estos son los listos, despues de contener el movimiento expansivo del corazon, le contrabalancean con la fuerza de la mente, procediendo en justicia, si no con generosidad. Mas los que aguardan el tercer acto de la volicion, y despues de haber visto el pro y el contra de las cosas se deciden por lo tortuoso, por lo infame, por lo egoista, por lo frio, por lo negro, esos son los malvados.

El contacto de estos séres produce desasosiego. Ni aman á su mujer, ni quieren á sus

hijos, ni estiman á sus otros parientes, ni consideran á su amigos, ni se fian de sus criados, ni creen en nadie. Como el mundo es un engaño, y el hombre se inclina al mal, y la mujer es instrumento de Satanás, en el pecho de estos desgraciados hay tan sólo una víscera, que la mano del egoismo congela al tocarla. Y no hallando en el desierto mundanal punto alguno de reposo, buscan en el terreno eclesiástico, que á ellos se les antoja reparador oásis, sitio donde ocultarse y poner á salvo su mezquino caudal. A la sombra de la Iglesia negocian, concluyendo por explotar la sombra que les protege.

Tanto el seglar clérigo como el cura profano, son el anverso y el reverso de una medalla de mala ley, cara y cruz de una moneda que el hombre de claro juicio y honrado proceder debe rechazar por falsa.





MEDALLON.



DEBE estar colocado á la entrada de la sacristía de la iglesia militante. Contiene dos bustos perfilados, dos devotas típicas en los tiempos que corremos.

Salomé representa la chupalámparas sublime. Ha leído algun místico; tiene confesor para los pecados y director espiritual para las consultas; distribuye el día en una serie de prácticas religiosas; fomenta asociaciones del ramo; gasta camándula para apuntar las faltas veniales, y no usa más que un vestido de sarga negra, con lo cual sirve á Dios, edifica al mundo, y halaga sus propios instintos de economía. Esto no obstante, para que no se la suponga reñida con el buen gusto, sepulta bajo

espesa capa de polvos de arroz las imperfecciones cutáneas del rostro.

Desde muy joven demostró la repugnante soberbia que disfraza con el manto de la humildad evangélica. Reconociéndose inferior en hermosura, en discrecion, en fama; plebeya por la cuna, por el marido; pasando inadvertida á los ojos de la sociedad, que se complace en mirar solamente lo que llama su versátil atencion, Salomé busca á Dios, por rebajar á los hombres; cultiva la virtud, por elevarse sobre las pecadoras ensalzadas; se entrega en su dormitorio á prolongados ejercicios espirituales, por huir de la gente. Pide amor divino, porque no se siente inclinada á enardecerse con ninguna criatura mortal, y cuando habla del amor al prójimo es como si tratara de la manera de hacer horchata de chufas.

Entusiasta admiradora de los jesuitas, cree que poniéndolos en los cuernos de la luna ha pulverizado las reputaciones científicas y borrado toda la sabiduria del siglo. La institucion de San Ignacio es para esta ignorante recurso eficaz que le permite dar rienda suelta al orgulloso despecho que llena su alma. Ante los hijos de Loyola, ¿qué son los míseros seglares? ¿qué es el mismo clero? Ante su director espiritual,

prudente en el consejo, suave en la persuasión, profundo en sorprender los movimientos interiores, acertado en los remedios, infalible en los vaticinios, ¿qué significan la vulgar experiencia de su esposo y el rutinario sermoneo del confesor? ¡Bendito sea San Ignacio, pues en su nombre puede despreciar á medio género humano!

Para vengarse de las mujeres, ha escogido una amiga, una simple, fanática, pobre, oscura, fea, solterona por vocacion, y vanidosilla. Alabándola incesantemente, menosprecia á las listas, á las guapas, á las ricas, á las que por sus cualidades ó por su buena suerte despierdan la envidia de las demás.

Orosia (que así se llama la predilecta de Salomé) siente una satisfaccion especial cuando ésta la compara á Santa Teresa de Jesús. Verdad que no tiene el rostro agraciado de la ilustre doctora, ni su clara inteligencia, ni su ardiente corazon, ni su carácter decidido, ni sus celestiales trasportes, ni siquiera su buen humor, y no se le parece en la vida azarosa y el continuado trabajar; pero si ambas han de ser, Salomé y Orosia, la una por soberbia satànica, la otra por simplicidad risible, superiores á las del sexo, es preciso que cada cual se lo figure



de sí misma, y lo diga de su compañera.

Salomé no va al templo cuando va el vulgo de los fieles; ni es piadosa á son de campana. Frecuenta el confesonario cuando no hay cola, frecuenta la mesa eucarística cuando no hay concurrentes; pertenece á las archicofradías aristocráticas, con el fin de desempeñar en ellas algun cargo. No le agrada, le repugna, el papel de devota al estilo de las viejas y de las holgazanas. Ella pica más alto; ella aspira á la perfeccion; tiene largas encerronas con el jefe de su alma; osa comentar el Kempis; se ofrece como víctima en aras del deber, si la autoridad conyugal reclama ciertos derechos; y á no ser por las impurezas con que el comercio matrimonial la deslustra, si su torpe esposo se decidiera á buscar el reino de Dios por el camino de la absoluta continencia, intentaría ella ensayos de éxtasis, y ¡quién sabe si despues de muerta se veneraria su imágen en los altares!

Como detalles accesorios, diré que Salomé no tiene hijos, que lleva las uñas de luto, manchas en el vestido, y que no le dura la criada un mes.

Tecla es devota perteneciente á la masa comun, de esas que llevan su silla de tijera en el

brazo para sentarse en el templo. Sobrina de un capellan, acostumbrada desde niña á que los curas amigos de casa la llamaran *chiquita*, dándole golpecitos en las mejillas, todos los señores sacerdotes son iguales ante su respeto, y lo mismo ante su charla; pues se muere por hablar con ellos de tonterias ó insustancialidades, como las que diria una calabaza á un melon.

La juventud de esta infeliz, que ha llegado á la edad madura sin un compañero que la proteja, trascurrió en devaneos que el bueno del capellan ignoró siempre. Dueña absoluta en la casa de su tio, acostumbrada al mundo y á un decente pasar, cuando la muerte de aquél sobrevino y los intereses se repartieron, Tecla se quedó para vertir imágenes, sin otro recurso que un poco de dinero y el menaje del difunto. Con ellos puso una casa de huéspedes, destinada especialmente al brazo eclesiástico.

Su mística se reduce á llevar hábito cuando sale de alguna enfermedad, á ofrecer novenas para el logro de alguna gracia ó realizacion de algun proyecto, á escuchar el mayor número posible de sermones, á parecerle buenos todos los curas y frailes de la cristiandad, á rezar el

rosario por las noches, á almacenar en su cómoda chucherías de monjas, y á un cúmulo de exterioridades que practica y dice por máquina y sin sentido.

El principal objeto de su devocion, así como la prenda de valia que conserva de su antiguo esplendor, es un Niño Jesús de talla, tamaño nutural, vestido de brocado, con potencias de plata, y metido en una urna de caoba y cristales; antes que deshacerse de él perderia una mano.

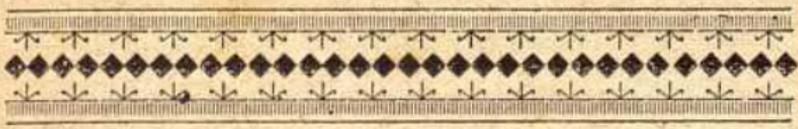
Los objetos de su cariño son: una gata muy blanca, un canario muy amarillo, y un papagayo muy verde. La gata, en determinadas épocas, alborota la vecindad con sus maullidos, á consecuencia del sistema prohibitivo que le impone su ama, con el fin de que no padezcan en la casa los fueros del pudor ni la hermosura del animal. El canario canta que se las pela, devorando lechuga y bizcochos, con detrimento del bienestar de los huéspedes. El papagayo no dice nada; está disecado, y domina la situacion desde lo alto de un armario ropero. En vida fué célebre por la claridad con que decia la oracion de San Antonio.

Es probable que, en muriéndose el canario y la gata, no tenga fuerzas la desdichada Tecla

para sobrevivirlos, y en dulce tránsito se vaya á la eterna Jerusalen, á gozar de la bienaventuranza que tantos predicadores han deseado para ella al final de sus discursos sagrados.







EVA.



UANDO Adan, cansado de las delicias paradisiacas, daba irresoluto vueltas al rededor del árbol de la ciencia del bien y del mal, Eva le instigaba á hincar el diente en la fruta prohibida.

Examinando detenidamente el texto gene-siaco que relata la punicion infligida á los desobedientes, ni de su espíritu ni de su letra se desprende que Dios condenara á Eva á la ignorancia, por el hecho de saborear un bocado de ciencia terrenal.

Este castigo fué invencion de Adan. Temeroso de que su costilla volviera á padecer veleidades científicas, y creyéndose único posee-

dor de la verdad, de la bondad y de la belleza, en sus múltiples formas, dijo á su mujer un día:—Oye, tú no entiendes ciertas cosas. Tú estás hecha para el sentimiento. La esfera de tu actividad es el hogar doméstico. Tú misión es hilar.—Era la época en que Adan, hartado de cubrirse con pieles, iniciaba una revolucion en la indumentaria.

Por aquel entonces, Adan habia averiguado que la fuerza era cualidad privativa de su sexo; mas Eva, que no le iba en zaga á su esposo en esto de las disquisiciones, puesto que ambos habian comido la misma ciencia, averiguó que lo exclusivo de su sexo era la debilidad, y la contrapuso con éxito sorprendente á la fuerza del hombre.

Andando los tiempos, Adan se dedicó á analizar á Dios, la creacion, el espiritu, la materia, lo subjetivo, lo objetivo. Mientras tanto, Eva, que hilaba rutinariamente y no tenia rompederos de cabeza, hacia tambien su composicion de lugar sobre lo visible y lo invisible. Fué cuando el primero proclamó la sabiduría del hombre, y la segunda la malicia de la mujer.

Satisfecho Adan de sus vastos conocimientos, inventó la ropa de punto. Como siempre,

se dirigió á Eva con aire entre imperativo y cariñoso, diciéndole:—Tu obligacion es hacer media para la familia; yo no tengo tiempo, ni está bien que me emplee en tan insignificante ejercicio.—

La mujer obedeció resignada, iluminando su hechicero rostro con una pícara sonrisa. Se puso á hacer medias, concluyendo muchos pares que el hombre destrozaba mientras se afanaba en estrujar el planeta, por medio de la industria, para que diera de sí todo la indispensable en una época de civilizacion. Porque es de advertir que Adan se habia creado muchas necesidades; que exploraba los cielos, examinaba los abismos, se metia en honduras filosóficas; que en los ratos de ocio cantaba, bailaba, pintaba, modelaba; y que, para feliz remate, escribia cosas imaginarias de sabroso entretenimiento.

Despues del arreglo de su casa y del cuidado de sus hijos, Eva cogia la labor; y en tanto que sus dedos automáticos elaboraban media, su insidiosa fantasia revolaba por atrevidas regiones.

Adan tenia pleno convencimiento de su absoluta prepotencia sobre la criatura inferior á quien encomendara el concierto del hogar do-

méstico. Jamás llegó á sospechar que Eva tuviese ocultas aspiraciones, ya que no á la soberanía, por lo ménos á la igualdad; y tanto es así, que complacido del buen comportamiento de su pobrecita compañera, inventó una máquina de hacer media para que la mujer descansara.

¡Error profundo, hijo de la insensata vanidad del hombre! Nunca llegó á cansarse Eva de trabajar, hasta que, posteriormente, y para ocurrir á las exigencias de la moda, se dedicó á la costura.

Cuando hilaba, su inquieta mente daba vueltas en torno de las cosas, con la rapidez del huso. Cuando hacia media, sus cavilaciones maliciosas se arrullaban con el picoteo de las agujas. Ultimamente, cuando se dedicaba á coser, ponía algunos de los cinco sentidos corporales y parte de alguna potencia del alma en lo que traía entre manos.

Y el nécio de Adan, sin comprender lo trascendental de la costura para que la mujer se rinda á la fatiga, y no tenga tiempo ni aptitud para insubordinarse con la accion ó con el pensamiento ¡acaba de inventar la máquina de coser!!!

Es el caso que el adelanto y con el la industria crecen, dando alas á la maquinaria; que la

maquinaria va que vuela, despachando las tareas en un periquete; que las complicadas operaciones del hogar se simplifican; que Eva sale á la calle, asiste al teatro, viaja, aprende lenguas (con una le basta), cultiva artes, monta á caballo, y hasta tira al florete. Las mecánicas devoran el trabajo, ántes manual, con un estrépito de doscientos mil demonios.

El enemigo malo, que al principio de la historia se metió en el cuerpo de la serpiente, se ha metido ahora en la máquina de coser, y desde ella tienta á la mujer:—Piensa, imagina, habla, escribe, le dice: continúa mordiendo el fruto del árbol prohibido, pues te sobra tiempo para todo. Ciertas compañeras mías hilan, otras hacen media, yo coso por tí. Adelante, rompe el yugo, emancípate.—

Las sugerencias diabólicas llegan como deleitosa música de los cielos al oído de Eva, que los recoge en lo íntimo de su alma.

Simultánea á los perniciosos consejos del precito, se declara la emancipacion de Eva por el orbe civilizado, y su total asimilacion con Adan, en lo referente á la cosa pública.

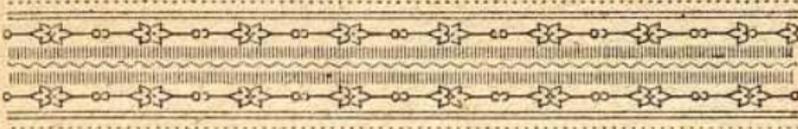
Eva se matricula, estudia y recibe la borla. Eva tendrá derecho electoral. Eva dará el nombre á sus hijos.

En el oscuro horizonte se notan chispazos del horroroso incendio del amor libre, que convertirá el mundo en monton de cenizas desoladoras.

El Señor de cielos y tierra tendrá que volver á tomarse el trabajo de crear otra humanidad para este planeta, sino prefiere dejarle rodar por el inmenso espacio, llevando un papel blanco, atado con bramante, como casa desalquilada.

Porque, no hay que darle vueltas: Eva se emancipa.





DE LOS SOMBREROS

EN SU RELACION CON LA LITERATURA
CONTEMPORÁNEA.



*** ha formado un volúmen ameno, coleccionando dos docenas de artículos amorosos, escritos á lo largo de su juventud. En ellos se refleja el carácter del escritor; un temperamento artístico que fia sus impresiones á la pluma, por lo cual la obra resulta de interés. Contento de su libro, busca un editor que le publique en buen papel y esmerada impresion. Este dice que los negocios están paralizados; el otro pretesta que no se venden colecciones de artículos. Por fin, tropieza con uno que se muestra favorable, siempre que las exigencias sean moderadas. M*** no exige más

que darse á conocer por medio de un tomo elegante; pues sabido es que el género ameno debe ir bien estampado para que guste, como la mujer hermosa debe ir limpia y correcta para agradar. El editor se obstina en comprar la propiedad absoluta del libro y el autor vé el cielo abierto, figurándose que la raza de los editores entra por el camino de la conversion.

Llega el dia de cerrar el trato. M*** pasa revista á su armario, porque de presentarse bien ó mal vestido depende que el editor le trate como persona decente ó como á un pelagatos: los hombres se pagan mucho de exterioridades. Lo único que le falta á nuestro escritor es sombrero, lo demás del traje puede pasar sin inconveniente. Toma, pues, cuatro duros que ha cobrado por una revista literaria, entra en la sombrereria y adquiere un copalta de brillo. Hecho un caballero, se persona en la casa editorial, y se sienta delante de quien es árbitrio de sus destinos en aquella hora. El editor se fascina contemplando los cambiantes del cilindro, puesto sobre la mesa del despacho. —Pues, señor, dice para sus adentros, este va siempre muy bien portado; acaba de estrenar sombrero; se ve que no le harán mucha falta los cuartos. Es posible que viva de sus

rentas y que sólo escriba por afición.—Resumen del soliloquio interno: que no da el editor más de veinte duros por la propiedad absoluta de la coleccion amorosa, esto es: ménos de un duro por artículo.

M*** acepta, firma el recibo, toma el dinero, sale á la calle, llega furioso á su domicilio, y dando rienda suelta á su indignacion, administra una soberbia pateadura al sombrero flamante. Esta pateadura significa cuatro duros menos; de modo que el libro, la propiedad del libro, le ha valido una onza nada mas.

* * *

Z*** es un poeta de inspiracion. Robusto, sonoro, castizo. Sus composiciones continuan la manera tradicional de la poesia española, sin influencias extrañas, ni formas exóticas. Dotado de escrupulosa conciencia literaria, lo que da al público tiene la necesaria elevacion, junto con las finezas de la indispensable lima. Sus admiradores son muchos y entusiastas.

En cierta ocasion pidieron á Z*** su concurso para avalorar el album de una rica cubana. Al tener entre sus manos aquella obra de arte, al ver los broches y cantoneras de oro puro, trabajados á cincel, el poeta echó el resto y escribió una oda magnífica, digna de

la reputacion del vate y de la opulenta dama. Satisfecho todo el mundo, Z*** andaba loco de contento pensando en el regalo que habria de recibir dentro de poco.

En esto pasaron dias y más dias, semanas y más semanas, sin que el poeta viera al caballero que le entregó el album. Ya daba su estro por mal empleado, cuando á principios de año recibió un paquete, procedente de la Habana, dentro del cual iba un sombrero de jipijapa. El regalo llegó con una oportunidad que podria llamarse colonial. Y como los poetas no tienen por costumbre gastar sombreros de paja en Enero, Z*** llevó el suyo á una sombrerería, le malvendió por doscientos reales, y con ellos convidó á almorzar á varios amigos, brindando por la munificencia ultramarina.

* * *

Aunque los poetas no acostumbran gastar sombreros de paja en Enero, se han visto casos de aproximacion. N*** escribia un drama bien pensado, bien desarrollado, interesante en el enredo y fluido en la versificacion, enriquecida esta con pensamientos originales é imágenes bellas. Como las condiciones de su vivienda no le permitian terminar la obra con la premura deseada, pensó mudar de casa, intentándolo

como lo habia pensado. Es de advertir que N*** descuida tanto la cuestion de sastre y cuantas cuestiones se rozan con ella, que ya es proverbial su abandono; naciendo semejante descuido, ó de desprecio hácia las vanidades humanas, ó de lamentable desnivel entre los ingresos y gastos del dramaturgo incipiente. Lo cierto es que para él las estaciones se suceden y se parecen, por aquello de continuar durante el calor con los atavíos de invierno, y durante el frio con la vestimenta usada el verano.

Era invierno, bien entrado el invierno, cuando N*** trató de mudarse. Pero, por más que ofrecia pago adelantado, y mes de fianza, y cuantos requisitos pecuniarios exigen los caseros honorables, á quien pretende honrarles la casa habitándola, no encontraba el hombre quien se la quisiera alquilar, como no encontraba tampoco quien le diera una razon, un pretexto lógico para negársela. El pagaba corriente, no tenia mucha familia, ni perros antipáticos, ni tráfico sospechoso, ni trataba de establecer una redaccion, ni un taller en que se metiera mucho ruido. Sin embargo, los caseros se cerraran á la banda, llevándole al colmo de la desesperacion.

Cierto dia cayó en la cuenta de tan pertinaces negativas. Estaba próxima la Navidad; una gran nevada se dibujaba en el espacio, y aún ostentaba N*** sobre su cabeza el sombrero de paja que se habia comprado en Agosto. Al considerar tan estemporáneo apéndice ¡nada más natural! los caseros comprendian que aquel inquilino no inspiraba confianza alguna en lo porvenir. Así lo comprendió tambien el dramaturgo, *desesterando* inmediatamente para *alfombrar* despues la parte más notable de su individuo con adecuada cubierta.

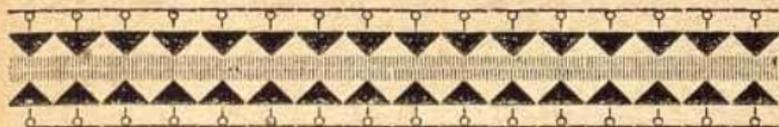
* * *

S*** es el ingenio andando. Sus gracias tienen para los literatos un sabor de estravagante originalidad que sorprende. Alambica el chiste, con tal de sostener en serio una idea absurda. A pesar de su mérito, la fortuna se muestra huraña con él, negándole lo que á cualquier tonto concede. Y aunque se le oye en broma, á veces se empeña en convencer al oyente de lo que á todas luces es un propósito descabellado.

S*** dice, entre otras cosas, que jamás compra sombrero, viniéndosele á la mano cuantos necesita. Al efecto, basta salir á la calle en dias de manifestacion, de procesion, ó de eje-

cucion, en los que indefectiblemente hay carreras. Puesto el interesado en sitio oportuno, ocurre un incidente, el gentío se avalanza, corren los asustados, ruedan por el suelo ó van por el aire diferentes sombreros, y entónces no hay más que alargar la mano y probárselos hasta que se topa con el que mejor conviene. El procedimiento es digno de recomendacion, sobre todo para literatos menesterosos.





LA ROMERIA DE S. ISIDRO.



ERÁ tachado de paradógico el siguiente concepto, y acaso es verdadero: el mortal va á las romerías á perseguir inconscientemente lo infinito.

El mortal está obligado á marchar por el carril de su vida rutinaria; siempre que descarri-la, tiende al placer, y el placer no es más que una aspiracion fallida á la felicidad, que á su vez no es otra cosa que la revelacion de lo divino por medio de lo humano. ¿A dónde va el hombre cuando se separa de su vida ordinaria para buscar las emociones de lo extraordinario? A donde quiera que lo real ó artificial, lo espontáneo ó lo creado por él, le descubren los misterios del placer.

¿Qué es el placer para el hombre? Antes de realizarle una aspiracion, despues un desaliento.

Preguntad al alegre romero si se ha divertido, y os contestará afirmativamente, mientras conserve la impresion de los sentidos; preguntádselo cuando calcule la diferencia que halla entre la dicha que se prometiera y la realizada, y os contestará negativamente, si tiene dos elementos importantes, imaginacion y corazon.

* * *

La voz general dice que en España no hay dinero; pero las empresas de ferro-carriles lo creen á medias, y cuando se acerca el dia de San Isidro consiguen, con fabulosas rebajas, arrancar á las provincias el escaso numerario que, segun fama, poseen, para que lo arrojen en Madrid, verdadera fustina en que se funden las monedas de los provincianos.

La capital hace lo posible por atraerse los viajeros en tiempo de romería; abre sus Museos, anima sus férias, expone sus gracias, arregla sus trajes, ensaya al espejo la sonrisa más incitante, y, siempre cortesana, vende lo que puede, solicita lo que se presenta, teniendo por comisionistas de sus tratos al vicio, á la intemperancia, á la novedad, al deseo.

El provinciano recorre las calles de Madrid, comprando en las tiendas, tomando en los cafés, riendo en los teatros, embobándose ante las fruslerías de relumbron, vacilando ante la desembarazada marcha de las pecadoras; con esa expresion de rostro peculiar al que admira sin análisis; de esa manera innata en el que desconoce el terreno que pisa; porque el provinciano, lo mismo que varios tipos políticos y sociales, lo mismo que el sastre, que el jugador, que el progresista, que el retirado y que el histrion, está circundado de un nimbo típico, que le distingue de los demás seres, y que es una irradiacion de su naturaleza.

El provinciano, lo mismo que los individuos que acabo de enumerar, es un planeta con atmósfera conocido en los observatorios de costumbres.

* * *

Obligado á contar lo que en mí sentir es la romería de San Isidro, paso á cumplirlo, advirtiéndome que tengo el firme propósito de no desflorar la cuestion religiosa, encerrada en toda romería. He apagado, además, las áscuas del incensario en que los escritores vulgares acostumbramos á quemar la mirra de la adula-

cion en honor del pueblo madrileño, siempre que no pasan de media docena los navajazos que se reparten durante la temporada de romería.

Para saber lo que es esta, vé, forastero de mis pecados, vé á la Puerta del Sol, no te pierdas en el laberinto de carruajes, no te marees con la confusion que las gentes producen; entremos en un ómnibus, mezclémonos con los alegres burgueses, calculemos la morbidez de la romera próxima y encomendémonos al Santo.

—¡A dos reales, caballero! ¡Eh, señora, á dos reales! ¡Al Santo! ¡Arriba! ¡Iiiiá, iiiiá! Y allá vamos todos, aturridos con el retintin de las campanillas, el trote de las mulas, los chasquidos del látigo, los apóstrofes del postillon, la trepidacion de la caja y el escarabajeo de las piernas, dejando atrás la villa, el puente, los árboles y los romeros pedestres.

—¡Sóooo! grita el mozo: paran las mulas, cesa de rodar la caja, abre un chico la portezuela, bajan los burgueses, pagamos el asiento, y mientras los socarrones averiguan qué clase de medias se gastan, los enemigos de las peanas parten en derechura á adorar al Santo, entiegándose el filósofo á las profundas considera-

ciones que brotan en su cerebro sobre lo mísera que es la humanidad cuando se dispone á echar una cana al aire.



Notarás que á primera vista todo es antitético en la romería de San Isidro. Turbas de mendigos guácharos rodean à los acomodados alegres; al pié de un cerro desolado se extiende una planicie abigarrada y exuberante en detalles; se alza en una capilla la imágen de sencillo labrador que mira á sus piés centenares de cortesanos; alrededor de un cementerio se agrupan las gentes para hacer por la vida, profanando la destemplada gritería de los vivos el silencio de los muertos; las señoras son las personas que hacen, y los caballeros las personas que padecen; llévanse las botas en las manos, y los pitos en la cabeza; la función gusta y el público silba sin cesar. Mas, como de la antítesis nace el arte, me atrevo á calificar la romería como obra de especial arte, innominado y arlequinesco, que ocupa uno de los camaranchones del palacio de la Estética, tabique por medio del arte taurómico.



Después de la primera impresión, te aturdirá ruido insoportable.

Es difícil resumir con una frase el estruendo de los diferentes gritos que exhala la romería. El vendedor pregona sus mercancías; el ébrio pronuncia discursos ante congresos imaginarios; la mujer abre la válvula de su temperamento sobreexcitado; la rústica dulzaina y el impertérito tambor atruenan con sus discordancias; los estridentes violines carraspean aires sin compás; innumerables pitos anuncian la marcha del tren-locura; las campanas de la ermita pretenden dominar el ruido del mundo, como el metal domina á éste. Yo creo que desde la región atmosférica á donde llegue tanto clamor condensado en un sonido, se oirá el tono de la vociferación de una bacante excitada con las continuas libaciones del rito báquico.



Si quieres diversiones, lánzate, querido forastero, al *maremagnum* que tienes delante.

El *Tío Vivo* te proporciona, por una futesa, viajes alrededor de un mástil, sobre pintarrajeado caballo de madera, ó en incómodo carricoche, sujeto por fuertes barras de hierro; los teatros mecánicos te brindan con las escenas

tragi-cómicas de *Pepita y Juanito*, personajes de palo, que se destrozan y acarician sobre los dedos de un juglar; en circos improvisados hallarás completa cuadrilla de funámbulos y titiriteros, con la consabida mujer gigante, la curriosa ternera de cinco patas, y la científica loba marina que habla. Panoramas, cosmorama, neoramas y esteoramas portátiles, te mostrarán tras de gruesos vidrios las más célebres batallas y las capitales más populosas, atrayéndote, para hacer boca, un cartelon informe, en que se fusila al arte con descargas de ocre y almazarron. En ahogados cobertizos de estera, puedes entregarte á los excesos que el baile moderno inventa para encanto de chulos y reconcomio de criadas alegres; y si tienes inclinacion á la guerra, á la caza, ó á las artes liberales ó voluntarias de la libertad, puedes entretenerte en el tiro de pistola y de ballesta, ejercicio de los que más competencia hacen al patriarcal é inocentísimo pasatiempo de la pesca con caña.

* * *

Si tripas llevan piés, como tú dices oportunamente, entremos en las fondas campestres á tomar algo, para que nos tomen por cándidos.

Si quieres refrescar, vamos á las botillerías, tabernas y horchaterías improvisadas. Si prefieres manjar succulento y servicio aseado, ven y nos agregaremos á una familia de mi confianza.

En el campo todo es lícito (axioma terrible que entraña una inmoralidad escandalosa): yo te presentaré, y lo demás corre de tu cuenta. El papá me adula, para poder llamarme yerno mañana ú otro dia; la mamá me califica de pícaro, porque la requiebro con premeditacion y alevosía; las tres hijas hacen que se ruborizan cuando las lisonjeo, me miran á hurtadillas y me enseñan el pié, poniéndome en camino de excursiones figurativas á los Países Bajos; el hermanito me pide charadas, y á un solteron, hermano de la mamá, le presto libros que hagan reir y poesias humorísticas; la criada me sirve algunas veces, y el perro me acaricia sin miras interesadas, por no parecerse á su amo.

Ellos han arreglado con tres dias de anticipacion el menaje, tren de batir y aparato de la obra, necesarios para gozar de la romería y trasladarse del hogar doméstico, sito en la calle de la Ruda, número tantos, piso cuarto del centro, a la pradera de San Isidro. Sobre los trajes de las niñas, el sombrero del papá, la

invitación á algunos amigos, el solomillo en fiambre, la hora de levantarse, el medio de transporte, ha habido fuertes polémicas, borrascosas sesiones, escandalosos turnos en pró y en contra, hasta que por último decidió la autoridad paterna, á la que se sobrepuso la terquedad materna, sobre la que triunfaron los caprichos filiales.

Pecho al vino y comeremos frias tajadas con excitantes condimentos; tendremos asiento incómodo, cucharizaremos y tenedorizaremos los dedos, aguantaremos los chistes impertinentes de algunos *ingenios de la córte*, para jugar despues á la *Gallina ciega*, á las *Cuatro esquinas*, y á cuantos juegos de villanos nos permita la elasticidad moral del concurso.

* * *

Pero veo que tú, como yo, huyes de la sociedad escogida, y buscas el *tipo*; el tipo, eterna pesadilla del que naciendo para más altos fines, abre los ojos en este planeta menguado, y cae en medio de una sociedad ridícula y pretenciosa.

Escoge, que hay tela cortada para un rato. Ahí tienes al que pensaba divertirse tanto, que quince dias ántes de la fiesta tenía fritos á sus compañeros con los proyectos de romería; ahí

le tienes bajo el poder de una borrachera lacrimosa, que le cogió á las cinco de la mañana en un puesto de aguardiente y que le tendrá acogotado largas horas, sin permitirle un rato de expansion.

Por allá va la jóven que pasó la noche en vela para engalanarse, pensando dar un golpe de efecto á sus amigas. Lleva el tocado descompuesto, y el traje manchado de vino, por intemperancia de su compañero de fatigas.

Acá tienes las señoritas cursis, que temiendo rebajarse hasta el vulgo, andaban con repulgos de empanada para sentarse sobre el santo suelo, y abrir la boca en el espacio inconmensurable: ahora escandalizan con zambras y chillidos, beben en bota y arremeten con los hombres, haciéndoles rodar por tierra.

Por otro lado verás á un libre-pensador de bodegon, que se traga cuartillos de agua del Santo, creyendo que su eficacia le borrará la fuerte calentura que el sol y el mosto le han proporcionado.

Acullá percibirás el calavera embrionario, que, con el sombrero en el colodrillo, el lazo de la corbata en la nuca y el chaqué al hombro, requiebra cuartelescamente á las chicas que le salen al paso.

Pero el mejor, el tipo antonomástico, el que da quince y raya al caballero gordo que baila echando los bofes, al honrado padre de familia que engaña en una peseta al vendedor de cualquier comestible, á la recatada jamona que chilla en el columpio, es el amigo de la casa, alegre, decidor y de buen tono; quien, por complacer al marido, y á despecho de la señora, que repugna verle tan prosáico, vuelve al hogar que mancilla, con un botijo de barro en cada mano, un escapulario al cuello, y un pito floreado en la boca, siendo irrisión de los transeuntes, objeto de las pullas de los amigos, y gacetilla de las personas formales.

*
* * *

Un día de bullanga pacífica ó semipacífica de este género basta para aturdir á cualquiera: sin embargo, hay romeros que apuran la copa del placer, pernoctando en la pradera, con fines más ó menos criminales.

Tornemos á nuestros lares.

Volver á Madrid desde la romería, como lo verifiqué en cierta ocasión, es poético; tiene un fondo de suave tristeza, esencialmente artístico.

Eran las diez de la noche. Innumerables lu-

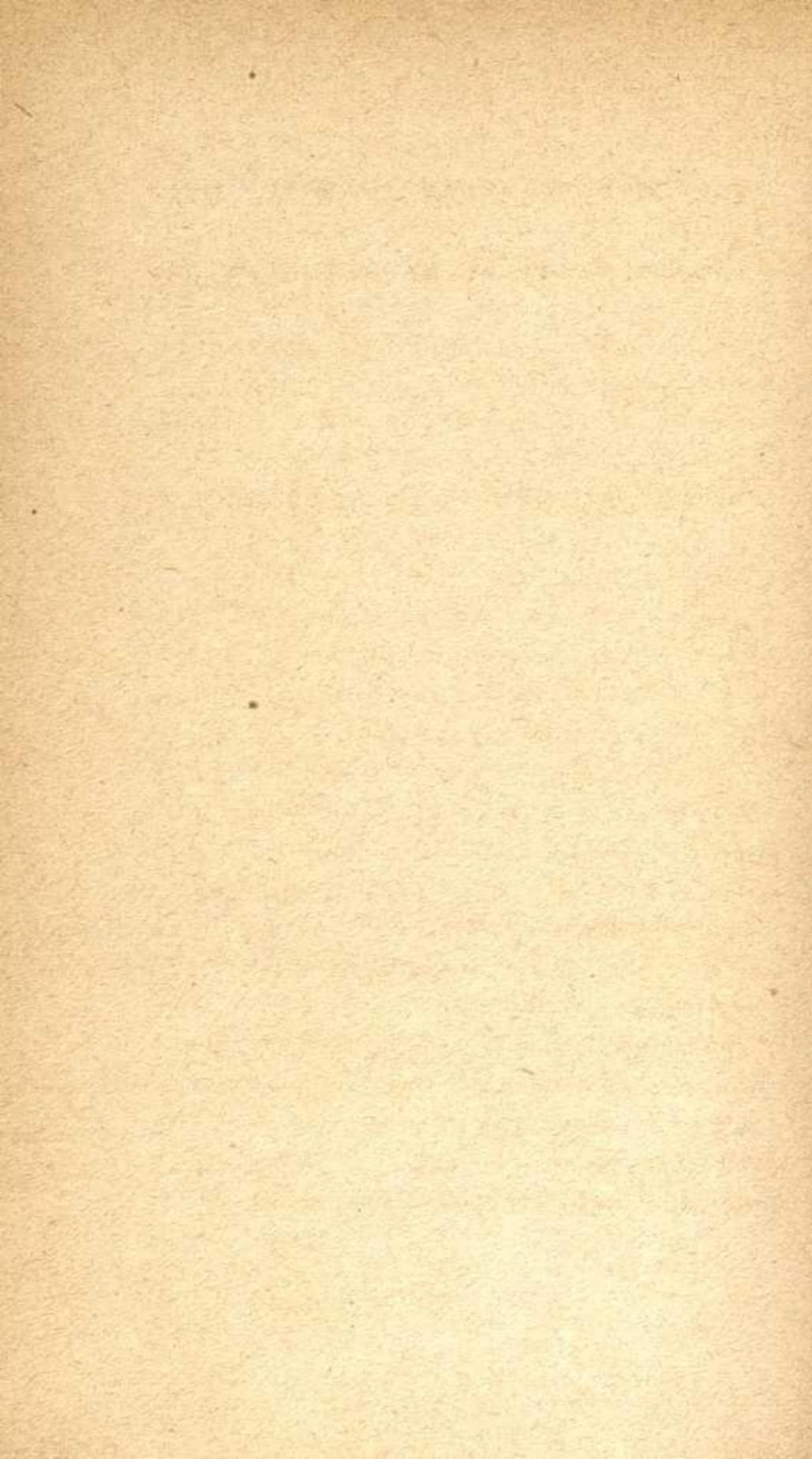
ces, colocadas al azar, permitian ver las sombras nocturnas: á intervalos venian de la pradera algunos rumores á dar la plácida despedida á una jóven alegre que se colgaba de mi brazo. Parejas sin contorno, grupos de forma vaga y fantástica nos precedian y rodeaban, apareciendo y desapareciendo en la oscuridad. Se apagaba un cántico lejano, ó brotaba otro próximo. La jóven hablaba mucho, y yo callaba bastante.

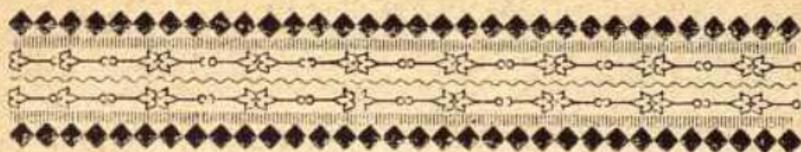
Seguimos nuestro camino, sin ganas de llegar á su término, porque la jóven parlaba ménos á medida que sentía más. La poblacion nos presentaba á lo lejos grandes masas de luz ténue, divisándose las moles de los cuarteles y cúpulas. A nuestro alrededor vagaban fosforescencias que eran nuestros deseos y suspiros, tomando forma. La jóven cesó por completo en su charla atolondrada, y con acento suave é indeciso apuntó el relato de dulces recuerdos que la situacion evocaba; yo, movido por idéntico motivo, le hice algunas confidencias, y cuando el amor tejía coronas de flores para nuestras cabezas, que insensiblemente habia juntado, se acercó la villa con su puente de Segovia, cortó nuestra conversacion, desvaneció con su soplo el magnetismo que nos envol-

via, apagó la intensa mirada de nuestros ojos, separó las manos que se oprimian, y llevó á la region de lo pasado unos momentos de inefable goce, inspirado por la oscuridad de la noche, por la confianza de la juventud, por los halagos de la fantasia y por los impulsos del corazon.

¡Qué melancólico es el fin de una romería!







AVENTURA DE UN QUIJOTE.



OR un lugar de Castilla, de cuyo nombre no quiero acordarme, transitaba yo, no há mucho tiempo, sin más fin que estudiar los usos de la bendita tierra de los garbanzos, y con mi suerte por rumbo, que allá me llevaba donde mejor era servida. No faltaba en el lugar un boticario socarron, aficionado á reirse del papismo del escribano, y un sacristan que de reajo miraba las avanzadas ideas del mancebo de botica, más inclinado á repasar las columnas de los periódicos liberales que á corroborar con el trabajo morteril los desaciertos de las recetas. Pretendia la civilizacion apoderarse por conquista del lugar, rompiendo por estensos jarales que la igno-

rancia le oponia al paso, y difícilmente adelantaba algunos sin cejar otros tantos. ¡Tanta era la resistencia que el miedo, la costumbre y la supersticion hacian!

Tentóme el diablo un dia á que averiguara el porqué de una cencerrada, cuyo ruido llegaba hasta los más apartados rincones de mi domicilio, y dí con mi cuerpo en la plaza, donde ví á casi todos los lugareños agrupados al rededor de un ciego, que puede que no lo fuera, y de un lazarillo que atribuia la ceguera á los maleficios de la gota serena. Miraban los castellanos, abriendo más la boca que los ojos, gran cartelón atado á la punta de una caña que el lazarillo sostenia y en que la inhábil mano de algun Orbaneja espontáneo habia borrajado escenas terroríficas, asunto del romance que el ciego entonaba. Acompañábase este con violin lastimero y chillón, y aporreaba el criado una pandereta, gracias á la cual el público se veia libre de los tormentos del violin.

Suspendieron amo y mozo su tarea, y aquél, con voz más vinosa que clara, pronunció el siguiente discurso, que fué escuchado con respeto por el sencillo auditorio:—Este papel explica el horroroso castigo que el Señor ha impuesto á tres mozos de un pueblo de la pro-

vincia de Oporto, los cuales jugaban á la barra á tiempo que su Divina Majestad pasaba, y cómo fueron convertidos los judíos mozalvetes en tres animales horrendos que la tierra se tragó para escarmiento de los que desoyen los celestes avisos, con lo demás que verá el curioso lector en la segunda parte.—

—A dos cuartos, —gritó el lazarillo, ¿quién pide otro?—y mientras despachaba romances, volvía el ciego á la carga con el violín y con el cántico, asustando á los oyentes con los horrores de la copla.

—Miente, dije yo levantando la voz hasta apagar la del embustero; miente el greñudo poetastro que tanto calumnia al Señor en ese inmundo papel, y mienten por la mitad de la barba todos los que dan crédito á esas supercherías, inventadas para explotar la inocencia de los ignorantes. Ni tal caso ha sucedido, ni suceder puede, ni el Dios de las misericordias castiga una irreverencia con el aparato de fuegos, sierpes y rayos traído en el romance; y me maravillo de que las autoridades no pongan á buen recaudo á ese vocinglero, que bien podía ganarse la vida más honradamente, si se lo permitiera la gota serena, que otras gotas y aún cuartillos menos serenos le produce.—

Callóse el ciego al oír mi réplica, sorprendióse el lazarillo, se espantaron los circunstantes, motejáronme de judío las viejas, y los emisarios del alcalde me agarraron por el cuello, llevándome al poco rato á dar cuenta de mi conducta, delatada por un logrero que pasaba por muy católico, aunque su profesion tenía muy poco de cristiana. Abultó el cura el hecho, apoyado en el testimonio de cuatro záfios, é instigado por el sacristan, quien de todas veras me hubiera lanzado veinte excomuniones de las de *ipso facto*, á tenerlas disponibles.

Despachaba pliegos el escribano relatando mis crímenes, sin dar paz á la pluma, y tanta fé dió de lo que no había visto, que me quitó la esperanza de salir con bien de manos de aquellos tagarotes, cuya caridad puse en duda. Purgué mi falta en la cárcel donde hice algunos estudios sobre el importante papel que las ratas desempeñan en el sistema penitenciario de España, y salí de aquella mala aventura hecho un bienaventurado, por haber padecido persecucion de la justicia.

No bien me encontré dueño de mi querida libertad, tomé el camino de la córte. Allí, decía yo para mis adentros, allí luce la candileja

de la civilizacion; allí no me veré obligado por un quitame allá esas pajas á topar con alcal-des de monterilla, curas sañudos, sacristanes cerriles, logreros hipócritas, escribas creyentes y vecinos fariseos.

Sin novedad particular llegué á Madrid, quedando desconcertado al desembocar en la Plaza Mayor. Dudé de mi personalidad, me registré por todas partes, pensando que no era el mismo, y á punto estuve de creer en Merlin y en todas las zarandajas de los encantadores; pues solo por artes diabólicas podia pasar lo que pasaba, y ver lo que no quisiera ver. El ciego, el lazarillo, el cartelon, las gentes con la boca abierta, todo habia sido trasladado por los aires desde el atrasadísimo lugar de Castilla á la córte de España; el punto oscuro corria parejas con el foco luminoso.

Acerquéme al corro, y aunque los personajes no tenian las mismas fisonomías, á tiro de escopeta se conocia que eran lobos de una camada. El romance entonado por el ciego no vomitaba llamas, ni olia á azufre, ni chorreaba pez; pero en cuestion de horrores no le iba en zaga al consabido, si he de juzgar por lo que el ciego relató despues de concluida la cantinela. Así decia el embaucador:—Nueva y lastimosa

relacion, en la que se cuenta el caso sucedido en la Argelia, costa de Orán, con una mujer viuda, que encontrándose con cinco hijos de familia, y en estado de bastante necesidad, por no tener qué darles de comer, ha llegado al trance de matar á uno de ellos para el sustento de los demás.—

Mirá á uno y otro lado, temeroso de que me agarraran por el cuello si se me iba la lengua, y me alejé del cerrillo á paso más que lijero, convencido de que entre el último pueblo y la primera villa pata es la traviesa, tocante á la facilidad con que los ignorantes se tragan milagros rebozados de sandeces, y verdaderos sucesos rellenos de patrañas y espolvoreados con majaderías.

Metióseme en el magin la peregrina idea de incitar á decididos caballeros, á que por todos los medios posibles dieran al traste con los autores, impresores y pregoneros de coplas; mas por temor de salir mal parado en mi empresa, la dí por terminada, no sin lamentar los perniciosos efectos de tanto embuste religioso y profano que los ignorantes creen, las autoridades patrocinan y los clérigos esplotan.



SU ALTEZA CHINA.

Sí, señores, Alá es grande, nadie lo niega; pero el chino Choung-Chi-Lang y muy gigante nuestro, no es moco de pavo, para haber nacido de mujer. Por mi parte, que le proclamen presidente nato de todos los granaderos esparcidos por esos ejércitos de Dios.

Decia Mirabeau á los plebeyos de Francia:-- ¿Sabeis porqué os parecen grandes los nobles? Porque los mirais de rodillas. Alzaos, y sereis sus iguales.— Levantaos, digo yo, por contraposicion, á mis contemporáneos, y aun subíos sobre una silla, si es necesario, y vereis como el chino nombrado, es digno de ser vuestro soberano.—

Si mis ideas políticas me lo permitieran, me

declaraba absolutista. Desde que tuve el gusto de admirar el grandor de Choung, se apoderó de mi vacilante chirúmen la idea del derecho divino. Le comprendo, le veo patente en ese hombre que se sale un metro de la humanidad usual. El privilegio está hablando por conducto de su corpulencia, y si los filósofos con boina, que el amor á las venerandas tradiciones abrasa, se fijaran en esa criatura vaciada por el Supremo Hacedor en un molde más capaz del ordinario, es posible que le reconocieran como una imágen del Criador, mejorada en tercio y quinto, y digno, por lo tanto, de llevarnos régicamente al bebedero.

Pero el sencillo gigante no tiene absurdas aspiraciones. Se contenta con recibir visitas de todo el mundo, y cobrarlas, en vez de pagarlas, segun ordena la cortesía, á real por cada bicho visitante.

Si le gustaran el clima y el empedrado de nuestras ciudades podria quedarse entre nosotros, con cargo á las arcas municipales. Serviria para elevar el crédito de los Ayuntamientos poniendo muy alto su nombre, y en los ratos de ocio podria sorprender *in fraganti* á las cursis que riegan sus tiestos, inundando al pacífico transeunte.

A pesar de las ventajas que el nacer en gigantesca cuna proporciona, no dejan de inspirar compasion hombres de tan descomunal estatura. Es cierto que dedicándose á la astronomía harian notables progresos, por hallarse más cerca que sus compañeros de los astros; que se libran de quintas por sobra de talla, que miran á los demás por encima del hombro, que están metidos casi siempre en camisa de once varas, que se les pasea desahogadamente el alma por el cuerpo, y que pueden entrar en casa por el balcon; pero tambien es positivo que cuando llueve son los primeros á mojarse, y que cuando están mal de fondos no pueden comprar por media onza un tercio de mezclilla en cualquier almacen de ropas hechas.

En otro país menos explotado, el gigante haria una fortuna cogiendo las brevas que los demás no pudieran alcanzar; en España se reserva esta fruta á los pigmeos, siendo rara la que numerosos enanos del arte, de la política, de la administracion, distribuidos en varias *dinastías* burguesas, dejan en la higuera pública, para regalo de quien lo merezca.

La civilizacion material pesa sobre el desventurado Choung con insolencia abrumadora. No estando él presente cuando la Industria

tomó las medidas al género humano, resulta que toda confeccion le viene chica. No puede entrar en los carruajes, no cabe en los compartimientos de los wagones, dobla la espina dorsal ante dificultades despreciables, viéndose constantemente obligado á humillar su cerviz en cada puerta y á cada paso. ¡Horror de los horrores! No haber en el mundo nada que le acomode, como no sea la santa naturaleza, que le ofrece bañera en los lagos, sombrilla en los pinos, lecho en los almiarés, y horas de paseo á media noche, bajo la protección del negro manto nocturno.

Debe ser un fastidio insoportable eso de estar echando á cada momento mano de la tabla de equivalencias, propia de los gigantes. Nuestras perdices son los pájaros que ellos meten por docenas en la tartera; con nuestras pescadas hacen sus manojillos; con nuestros sables afilan sus mondadientes; toman las sábanas por pañuelos de bolsillo, y convertirían en portamonedas nuestras carteras de viaje, si la moneda que se acuña para nosotros no tuviera el mismo valor para ellos.

Un misterio hay vedado, en el pecho de los gigantes, á la mirada escrutadora de la sociedad que los rodea. Su modo de amar. Aún no

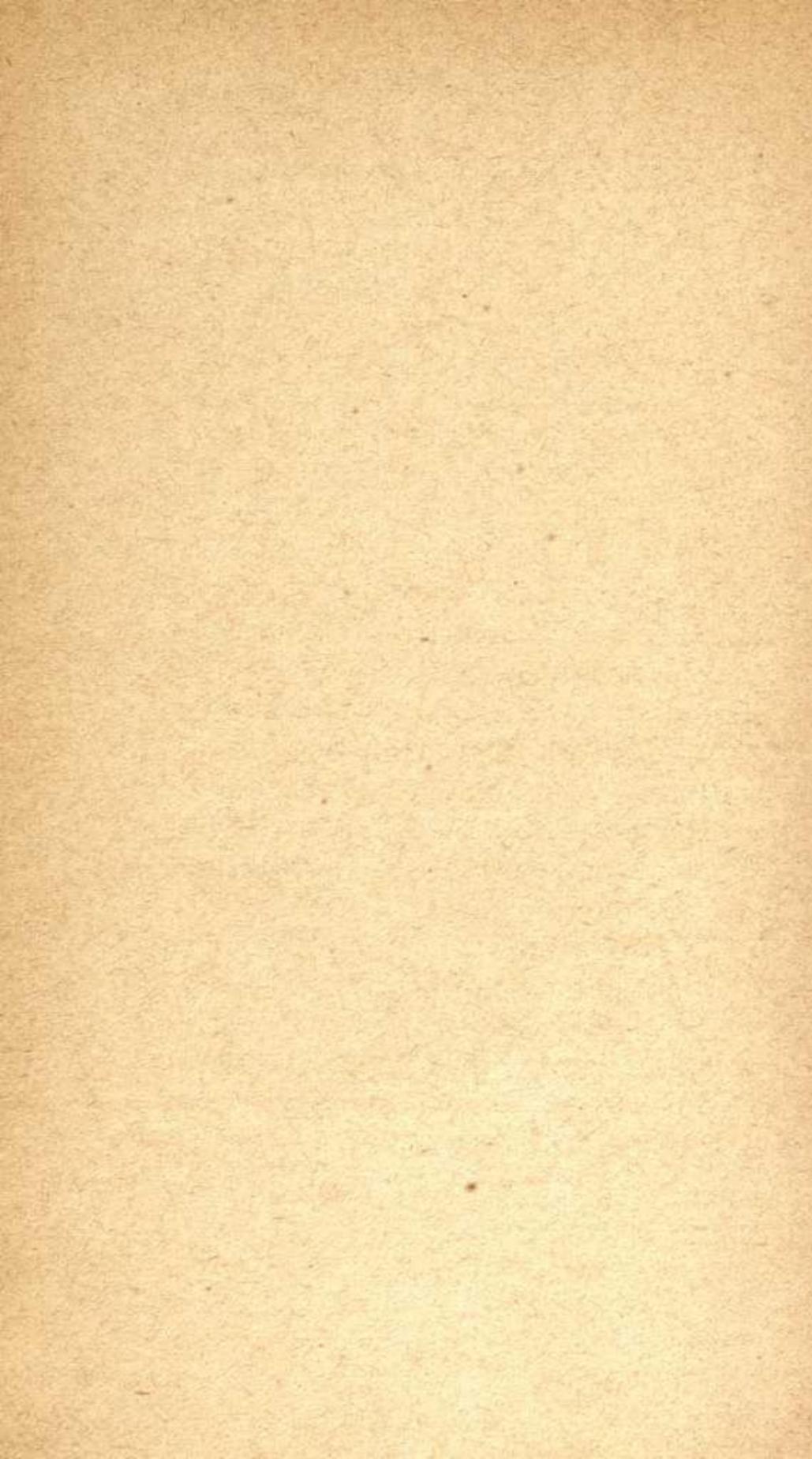
se ha averiguado si usan cristales de aumento para contemplar al sér amado, como le finge el deseo, ó si les gusta la homeopatía aplicada á las debilidades del corazon. Misterio profundo, al rededor del cual se abstiene mi pluma de caracolear, por no incurrir en el desagrado de Choung-Chi-Lang. Corramos un velo, ó una vela, sobre la magnitud de sus pasiones.

Una observacion de ultra-tumba se me ocurre, despues de haber dado cuenta del coloso. ¿Cuando muera, le encerrarán en un féretro, tamaño como el que Heine queria para sus pesares, ó será adquirido su esqueleto para enriquecer algun museo científico?

Triste destino entónces el suyo, haber sido mirado en vida, por fuera, y despues de la muerte, por dentro.

Respetemos los designios del Altísimo, padre y señor de todos los gigantes habidos y por haber.





VÉNUS Y MERCURIO.



Es una lucha la suya más propia de nuestra sociedad que de otras en que el corazón predominaba sobre la cabeza.

Es de advertir que en esas sociedades la cabeza no servía más que de adorno. En las señoras, para sostener peinados y tocados colosalmente laberínticos. En los caballeros, para relleno de enormes pelucas.

De la Edad Media no hay que hablar. En aquellos benditos siglos, los hombres tenían la cabeza en buen estado, tal como hoy, y al día siguiente la ofrecían ya, *partida por gala en dos*, á la ciencia de un curandero que no sabía palabra de anatomía y terapéutica.

Después de los paganos, la verdad es que no

ha funcionado la cabeza, con todas sus consecuencias, y entre la generalidad de los hombres y mujeres, hasta nuestra época.

Una rubia contemporánea, esbelta, graciosa, jóven; una Venus actual, sabe perfectamente para qué fines ha sido creada, y cuál es su misión sobre la haz de la tierra.

Sabe que el lujo la llama con sus seducciones, la comodidad con sus halagos, el oro con su fulgor satánico, el mundo con sus adulaciones y falaces triunfos.

Por lo tanto, esta jóven, cuando se encuentra por ahí al Niño amor, al divino Cupido, que de ella se origina, en vez de acogerle en su regazo, le pega un puntapié.

La cabeza manda no tener corazón.

Pero si se encuentra á Mercurio, le coge, le mima, le oprime contra su pecho, y á veces le estruja para que dé de sí y arroje cuanto contenga.

Mercurio da ricos encajes, suaves terciopelos, crujientes sedas, coloreados tafletes, artísticas joyas, deslumbradores brillantes.

Da muebles caprichosos, tupidas alfombras, lindos carruajes, y diminutos *grooms* con varias carreras de botones dorados en la airosa chaquetilla.

Da abono en el teatro, abundante despensa, fresca y provista bodega; variada, comfortable y placentera vida.

Porque es dios del comercio, y el comercio lo proporciona todo.

Al efecto vende y compra.

¡Compra!

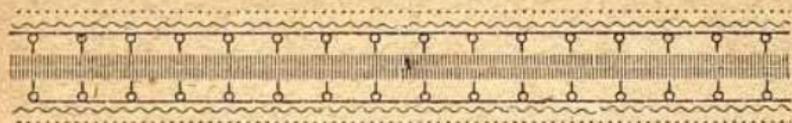
Para que la jóven rubia, una de nuestras primeras Vénus, obtenga, estrujando á Mercurio, cuanto su vanidad ó su sensualismo exige, es necesario que Mercurio le haya comprado antes, para su propio disfrute, el matiz de los cabellos, el brillo de los ojos, el carmin de los lábios, la morbidez del busto, la flexibilidad del talle; la correccion, en una palabra, de todas las formas, y los atractivos reunidos del cuerpo.

Item: ha comprado tambien Mercurio, y Vénus se lo ha vendido, las ilusiones de los quince años, la ternura del sexo, los encantos de la debilidad, la franqueza de la sonrisa, las revelaciones de la mirada, los incitantes sobresaltos del pudor, y la gloria de la derrota en la suspirada lid amorosa.

La mujer vendida, siempre es una hermosura del mundo; mientras que el tipo del caduceo, es, por lo comun, un viejo repugnante ó un estúpido vulgar.

En ambos casos, Vénus merece la execración, no ya del Olimpo, cuyos rientes dioses pasaron de moda, con gran dolor de los que aun los amamos, sino de toda criatura que conserve en el corazón algo de lo que dignifica y levanta sobre las miserias de la sociedad en que vivimos, que no son pocas, por lo que toca á la vida del sentimiento.





¡SOLTEROS, Á DEFENDERSE!

SABIDO es que la sociedad, entre un soltero y un casado, opta siempre por el último, tratándose de acompañar á alguna jóven, de proveer un destino vacante, ó de nombrar un albacea. Y si el casado tiene la fortuna de haberse reproducido varias veces, entónces no hay soltero que le tosa, por muchos que sean los dones que la Providencia haya amontonando sobre su célibe individualidad. Seis hijos son media docena de argumentos que se llevan de calle á toda la porcion del género humano masculino que usa palma. Esto es inconcuso.

Pero que el matrimonio sea bueno para el cuerpo, para el alma y para el bolsillo, para vi-

vir correctamente en este mundo, y para realizar varios de los fines que al soltero no es dado realizar sin abierta infraccion de las leyes divinas y humanas, no significa que tenga influencia directa ni indirecta en la gestacion del génio, ni mucho menos en sus extraordinarias manifestaciones, á cuyo favor la sociedad entrevé lo que jamás habia vislumbrado.

Dicha afirmacion está hecha en letras de molde y concebida en los siguientes términos: «Ha habido algunos célibes génios; pero son escasísimos comparados con el número de los casados génios. En cambio los grandes perdidos de todos los tiempos han sido solteros.»

Temerarias proposiciones que, por incluir á los señores casados entre los tipos nobles y á los míseros solteros entre los tipejos de poco más ó ménos, reclaman dilucidacion justa, aunque sea en las últimas páginas de este libro.

Antes de proceder á rebatir tamaño sofisma, cumple á mi propósito dejar sentado que yo, en vez de enemigo del matrimonio, soy, acaso porque no tengo ninguna facultad genial, acérrimo partidario de tan santa institucion. Si todavía no me he casado, la verdad sea dicha, ha sido porque no he tenido novia; y no he tenido novia, habiendo tantas mujeres de

sobra, porque me ha faltado tiempo para buscarla. Mi opinion es que el hombre debe escoger la que llegará á ser su compañera, depositaria de su honra y madre de sus hijos, si el cielo bendice el tálamo nupcial. Me parece absurdo tomar una novia hecha, y casarse con ella. *Bien fol est qui s'y fie*, como dijo oportunamente el *Rey caballero*, Francisco I, quien, á pesar de haberse casado con Ana de Bretaña y con Leonor de Austria, fué un gran perdido, con permiso de lo afirmado rotundamente por el autor que combato.

Hecha mi profesion de fé en la materia, pasemos á definir lo que es génio. Humildemente pienso que el génio es la condensacion del talento. La Academia Española, autoridad de algun peso, dice que hoy se llama génios «particularmente á los talentos de primer orden, que tienen la facultad de crear, inventar ó combinar cosas extraordinarias», con lo cual implícitamente afirma que el génio se sale del orden de las cosas, que equivale á tanto como decir que los hombres de génio no hacen lo que el comun de los demás hombres, y no se casan, por ende, como ellos, en un dos por tres.

No es mi ánimo convertirlo todo en sustancia, que sería señal de poco convencimiento so-

bre cuanto digo y de falta de razones para probarlo. El primordial objeto de estas líneas, es sostener que los célibes génios no son escasísimos, comparados con los casados génios, y deducir, por lógica consecuencia, que nada tiene que ver lo uno con lo otro.

En cuanto á pruebas, considero como la mejor una lista de génios, proclamados como tales por la universalidad de la crítica histórica, científica, literaria y artística. Salvo error de memoria, ú omisión involuntaria, apunto los siguientes en la era cristiana:

Mahoma, Dante, Boccacio, Petrarca, Colon, Maquiavelo, Camoens, Cervantes, Rabelais, Lutero, Lope de Vega, Shakespeare, Rafael, Miguel Angel, Descartes, Spinoza, Milton, Molière, Racine, Corneille, Calderon, Velazquez, Rembrandt, Quevedo, Swifit, Newton, Buffon, Mirabeau, Danton, Goethe, Pascal, Schiller, Voltaire, Rouseau, Mozart, Kant, Beethoven, Bellini, Kean, Byron, Leopardi, Hegel, Balzac.

No se incluyen en esta lista los génios anteriores á Jesucristo, pertenecientes á la Ley antigua, como Job, Isaias, Moisés; ni los paganos, como Homero, Aristófanes, Platon, Sócrates, Esquilo, Fidias, Juvenal, Virgilio y otros, por

diferir esencialmente el matrimonio, en las sociedades á que pertenecieron, del matrimonio en las sociedades cristianas, elevado á base social, gran institucion y sacramento eximio.

Tampoco se mencionan los nombres de los grandes Padres de la iglesia, porque desde San Pablo hasta el Papa Hildebrando, dos célibes génios, tolerante el uno con el matrimonio, y defensor ardiente el otro del celibato clerical, parece que el espíritu cristiano, exacerbado por el ideal de perfeccion, no concibió más que injurias para la mujer, ni la elevó al rango que la posterior cultura le concede en el universal concierto. Omision que patentiza la buena fé con que discurro, por cuanto me privo de una buena falange que oponer al aserto que combato.

Citar á los que desde muy jóvenes fueron dedicados á la iglesia, que alguno habrá, desde que el concilio segundo de Letran sentó, en el siglo XII, como doctrina disciplinaria, el celibato eclesiástico, seria impropcedente, pues que sucumbieron á un fatalismo que se impuso á su albedrio. Tan impropcedente lo considero como suprimir de la lista á Calderon y algun otro sacerdote, porque estos pudieron muy bien casarse, y no lo hicieron ántes de la crecida

edad en que vistieron la sotana. El diablo harto de carne, como dice el proverbio, se metió á fraile.

De los reyes y personajes que por razon de Estado hubieron de contraer matrimonio, hay que prescindir, porque tampoco fueron dueños absolutos de su voluntad, siendo la posicion y no la falta ó sobra de talento, la que los casó. No obstante, Enrique VIII pudo haberse casado menos veces, y no creo que fuera un génio por haber tenido ocho mujeres.

Mas no basta haber distribuido unos cuantos génios en las casillas de *soltero* y *casado*, negando así que el matrimonio tenga absoluto influjo benéfico en la facultad creadora; es preciso alambicar la cuestion, sacar partido de los datos, á fin de que nuestros rivales no tengan escapatoria, y á los pobres solteros nos quede siquiera el consuelo de saber que nos aburrirnos en compañía de muchos grandes hombres.

Para que se vea cuán distintos han sido los génios en lo referente al sentimiento del amor, y cómo estando sujetos á las flaquezas que la masa comun de los hombres padece, no hay para qué afiliarlos en este ó en el otro bando, haciendo que su nombre pese en determinado

platillo de la balanza, ha de permitírseme nueva revista, conducente al propósito que me guia.

Hay génios para todo. Célibes cuya virginitad ha sido parangonada con la de San Luis Gonzaga y la de San Estanislao de Koska, como Newton y Leopardi. Célibes que han amado platónicamente: Dante á Beatriz Portinari, Miguel Angel á Vittoria Colonna, Petrarca á Laura, con la singularidad de que este último tuvo el don de bifurcarse, por decirlo así, entregando el alma á su ideal, y logrando sucesion en más imperfectas mujeres.

Conocidas son las elocuentes *Cartas á Sofía* de Mirabeau; pública se ha hecho una correspondencia amorosa de Lope de Vega; Voltaire mantuvo aristocráticas relaciones, mientras que Rousseau se reprodujo democráticamente; Rafael disipó sus fuerzas en brazos de la Fornarina, amada con delirio; y Swift, durante su prolongada soltería, se dejó querer de Stella y Vanessa, dos mujeres á las que dió muerte con su egoismo, las cuales no le sirvieron sino para satisfacer su inmenso amor propio, y como tema de lucubraciones poéticas. Conócese tambien de Bellini la organizacion apasionada, la alegre juventud de Calde-

ron, el desórden de Kean, el cinismo pasmoso de Rabelais, la austeridad de Spinoza, lo morigerado que fué Pascal. ¿Puede sacarse alguna consecuencia de tan abigarrado conjunto?

Echemos ahora una rápida ojeada al grupo de los casados, y veremos cómo nos da un resultado negativo. Basta nombrar á Mahoma para que todo creyente en las virtudes del matrimonio se escandalice. Tampoco Lutero es gran autoridad en pro de la coyunda. El olímpico Goethe recibió impasible la humarada del incienso quemado en el ara de su importancia por varias adoradoras. Quevedo y Cervantes se casaron á última hora. El venerable Milton, casi sexagenario y ciego, no vaciló en unirse á una pobre jóven de veinte años para que le sirviera de guía, casándose por tercera vez, y fué tanto lo que descuidó la educacion de sus hijas, que la primera no sabia leer ni escribir, la segunda apenas trazaba su nombre, siendo la tercera la única que firmaba regularmente. Este caso se presta á muchas y muy serias consideraciones en pro y en contra. Para Byron fué el matrimonio una mortificacion; para Shakespeare una desgracia; para el infortunado Molière fué cruz en que le en-

clavaron la lascivia y la ingratitud de una mujer miserable.

¡Doblemos la hoja! Quiero decir: pasemos al asunto de los grandes perdidos, que es otro de los puntos que abarcan las palabras copiadas testualmente. «En cambio los grandes perdidos de todos los tiempos han sido solteros.»

Algo se echa de menos en esta proposición para que tenga cierto valor, por aparente que sea. Ya que se trata de probar que el estado matrimonial es para el hombre la plenitud de la vida, en todas ó en casi todas sus funciones, con lo cual estoy conforme; y puesto que se indicó, en corroboración de ello, que los célibes génius son escasísimos comparados con los casados génius, lo cual hemos visto que es una afirmación temeraria; se debió terminar añadiendo que los grandes perdidos, á más de solteros, habian sido tontos, como contraposición y complemento á la idea de que el matrimonio es tan apetitoso que casi todos los hombres de talento se han casado.

Pues, no señor; se dice resueltamente que todos los grandes perdidos han sido solteros; pero no se atreve el autor á llamarlos tontos, porque los grandes perdidos han sido génius,

en mayor ó menor escala, y entre ellos los ha habido casados, con hijos naturales, y célibes á palo seco. Ejemplo Alejandro Médicis, Marlowe, Juan Holbein, el Aretino, el Españolito, el Regente de Orleans, Edgard Poe, y Boccage, que en este momento acuden á mi memoria.

Considerando suficientemente discutidos ambos extremos erróneos, doy de mano á la tarea de desarrollar argumentos, y dejo en el tintero los siguientes:

1.º Que los genios lo han sido ántes, en y despues del matrimonio, sin que este importante acto de la vida les aumentara un ápice la potencia genial.

2.º Que los grandes hombres, lo mismo que los medianos, y al igual de los pequeños, se casan cuando pueden, cuando deben, ó cuando les da la gana, sin que la condicion de grande, mediano ó pequeño, entre para nada como causa determinante del acto.

3.º Que lo que más inclina al hombre, sea chico, de tamaño regular, ó coloso, á tomar estado, son los años, la pureza de costumbres, ó la posicion social. A cierta edad casi todo el mundo piensa en casarse; el hombre de buenas cosutmbres da en lo mismo; el cortesano, el

leguleyo, el que ejerce cargos públicos, lo verifican porque anejos al cargo van el respeto y confianza que los casados recaban de la sociedad, en el mero hecho de casarse. No todos los artistas, filósofos y poetas han tomado esposa; pero puede asegurarse que la inmensa mayoría de los alcaldes, tanto pedáneos como constitucionales, lo han hecho.

4.º Que el medio ambiente social en que se vive contribuye en gran parte á que las gentes se casen, lo mismo que la cultura de las épocas.

No he de concluir sin hacer una concesion, llevado como me dejo llevar en todas mis cosas por una exquisita buena fé, norma á que el hombre probo debe ajustar sus acciones. Confieso que ha habido un hombre que llegó á la categoría de génio solamente por casarse. Si no se hubiera casado, más de una, más de dos, y más de veinte veces, su nombre no traspasaria las fronteras del olvido, entrándose á galope por tierras de la posteridad. Hablo de Brigham Young, el profeta de los mormones, el único, el que absolutamente fué génio por razon de su estado.

Solteros, abandonemos esa gloria á nuestros rivales. Mientras tanto, vivamos en el culto

de aquellos grandes hombres que permanecieron célibes, hasta que sucumbiendo al yugo matrimonial, nos dediquemos al culto de los grandes hombres que renegaron del estado honesto.

El cual, según graves opiniones, ó es el menos honesto de los estados ó es el más santo, y por ende el más acepto á Dios. ¡Pasmosa antítesis!

Dice San Pablo:—mejor es casarse que quemarse;—esto es: considero imperfecto el estado matrimonial, tan imperfecto, que sólo le admito como recurso para librarse de las penas del infierno, del fuego inextinguible.

Y dice un amigo mio, tan franco como escamon, cuando le hablan de casamiento:—La verdad es que no veo claro en el asunto.—

Por una parte, tenemos esta picaresca anécdota, cuya moraleja tira de espaldas á cualquier formidable enemigo de la sábia naturaleza:

—¿Usted es casado? pregunta la señora mayor al caballero jóven:

—No, señora.

—Pero, al menos, pensaré V. en casarse.

—No, señora.

—Pues, si todos opinasen como V. se acabaría el mundo.

—No, señora.

!!!! (Signos que espresan la estupefaccion de la dama ante la imperturbabilidad de su interlocutor).

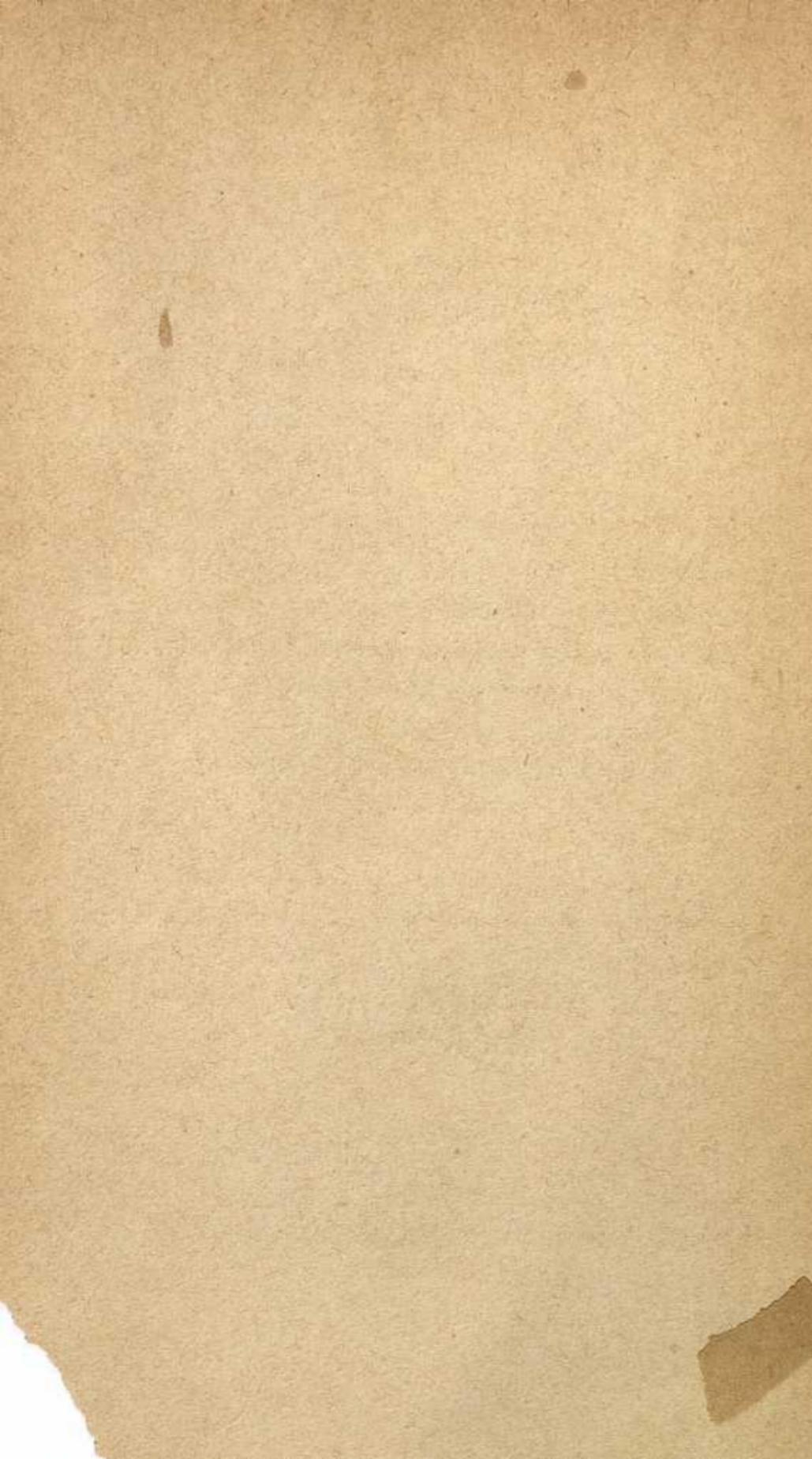
Por otra parte, tenemos la religion, las leyes, la historia, la sociedad; las grandes ideas, los grandes intereses, las entidades-quicios del mundo, ó al menos, las sonoras palabras en que se encierran esas entidades, como el gas en el aeróstato.

Ó Locura ó Santidad.

Por ambos caminos, el del celibato y el del matrimonio, puede llegarse al manicomio ó al altar. ¿Cuál de ellos conviene elegir?...

Rompo la pluma, por no hacer traicion al título de este capítulo.





ÍNDICE

PÁGINAS.

Cualquiera	5
Piratas callejeros.	13
Lepe, Lepijo y su hijo.	23
Reverbero, poeta <i>a nativitate</i> . . .	37
El décimo de Navidad (Confidencias de un jóven pobre).	45
En Invierno.	61
Hombres de órden.	73
Clowns	83
Un asesino de corazones	89
Los de pueblo.	95
El Paraiso del Real.	111
De las Bellas Artes entre las con- temporáneas.	125
Garcia (estilo cortado).	133
El Retiro.. . . .	141
El tren de la vida.	149

Inocencio.	161
El Doctor Camacho	177
El Diputado independiente.	185
La casa nueva.	191
Él.	205
Bañistas.	213
La Gruta anfibia.	225
El aficionado.	237
Moneda falsa	243
Medallon.	249
Eva	267
De los sombreros, en su relacion con la literatura contemporánea.	263
La Romería de San Isidro	271
Aventura de un Quijote.	285
Su Alteza China	291
Venus y Mercurio.	297
¡Solteros, á defenderse!	301

Obras del autor.

ALEGORIAS, con un prólogo de Miguel Cervantes Saavedra.

EL CLUB DE LOS SOLTEROS, semi-novela humorístico sentimental.

LA CAMA DE MATRIMONIO, idem, idem.
NOTAS DE VIAJE. (Italia).

EL DUO ETERNO.











F. MOJA

TIPOS
Y
TIPEJOS

FAN
XIX
519